

El Evangelio en Génesis



HENRY LAW

I. LA LUZ

"Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz." GÉNESIS 1:3.

El que habla es Dios. La época en que habla es antes de que existiese el tiempo. Su palabra es omnipotente. Y como resultado, se origina el más grande de los dones. Las tinieblas lo oyeron y se desvanecieron. "Dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz."

Esfuézate, lector, para imaginar aquella escena cuando la primera voz creó la primera bendición. Este mundo de tantas delicias era entonces una masa disforme de materia dispersa. No tenía forma, y por consiguiente carecía de belleza. Estaba vacío, y en el vacío falta todo lo que es grato. Inhospitario, porque una noche impenetrable cubría el vacío sin vida.

De esta agreste cantera, sin embargo, saldrán los materiales para construir la morada del hombre. Este desierto va a ser poblado con seres cuya edad será la inmortalidad. Va a ser el campo del cual se suministrarán los graneros del cielo. Por consiguiente, lo deforme debe asumir una forma; el desorden debe ser ordenado; y lo imperfecto ha de ser moldeado en amor.

¿Cómo será esto? Dios no tendría más que desearlo para que en un instante la creación apareciera en toda su perfección. Pero no es así como ocurre. Dios obra mediante un proceso gradual. Él obra. Aprendamos de ahí la sabiduría y la necesidad del esfuerzo. Dios obra por un proceso gradual. Esto nos enseña que la diligencia paciente es el sendero que nos lleva al bienestar.

Pero, ¿cuál es la primera maravilla que logra introducir la armonía y la gracia? La luz. ¿Preguntáis cuál es el lugar de su alumbramiento?; ¿o el arte que la produce? La respuesta es: "Dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz."

Es imposible saber más. Y es imposible precisamente porque más conocimientos sobre el particular no nos aprovecharían ni nos harían bien. Hay, sin embargo, verdades relacionadas con la luz abiertas a nuestra sincera investigación. Son algo así como un cofre lleno de perlas evangélicas. En su forma más bella vemos las más hermosas características del Señor de la luz. El Espíritu Santo, guía seguro, proclama: "Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, vino a este mundo." También el profeta, vislumbrando el fulgor de Cristo, canta: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz." El apóstol, hablando de Jesús, exhorta: "Alabad al que os llamó de las tinieblas a su luz admirable." Cerraríamos, pues, nuestros ojos a los altos propósitos de la luz, si no acertáramos a ver las trascendentales bellezas de salvación que emanan del primer día.

La luz es pura. No hay en ella, ni puede haber, mezcla o contaminación. Su misma naturaleza excluye lo impuro. Atraviesa inmaculada todo ámbito sucio. La nieve es brillante, no hay blancura que la sobrepase; pero la huella del hombre la mancilla. El agua salta brillantemente de su fuente; pero la mano humana puede ensuciarla. Pero nadie puede hacer menos pura la pureza de la luz. Así es Cristo. Como hombre en la tierra era tan puro como Dios en el cielo. Pasó por un mundo de pecado cual rayo de sol iluminando una choza. Tomó la forma del pecado, para poder llevar su merecido, pero nunca conoció su mancilla. En el pesebre de Betlehem era el Niño santo. Y volvió al cielo en santo triunfo, como el santo Conquistador.

Estudia, lector, la santidad de Jesús. Es una de las áncoras de nuestra esperanza evangélica. Cristo tiene que ser santo como Dios es santo, de lo contrario no podría ser el Mediador entre Dios y los hombres. Él mismo necesitaría de la expiación si tan sólo una sombra de una sombra de pecado se hallase en su Persona: tendría que salvarse a sí mismo. Y nosotros no podríamos ser salvos. Pero Cristo es todo-suficiente para redimirnos, porque es el santo compañero de Jehová.

Estúdialo también como el modelo del alma regenerada. Salvación implica conformidad a Su imagen. "El que tiene esta esperanza en Él se purifica, como también Él es limpio."

La luz es brillo. De hecho, ¿qué es el brillo sino el resplandor más claro de la luz? Cuando las nubes no ocultan el sol, el día es brillante. El panorama brilla cuando refleja los rayos del sol. Es brillante la esperanza libre de presagios sombríos. Así es Cristo. Él es el resplandor de la gloria de su Padre. Él encarna, como en una constelación, todas las perfecciones divinas. Irradia el esplendor de los atributos de Jehová. El tiempo más luminoso es aquel en que el Señor está más cerca. Y la página más brillante es aquella en que encontramos más de Cristo. El sermón más brillante es aquel en que se oye más acerca de Cristo. Y la vida luminosa es aquella en que más puede verse de Cristo.

La luz es hermosa. La belleza no puede prescindir de ella. Excluidla, y desaparecerá todo encanto; el sol se ensombrecerá y los colores se desvanecerán. "Eres el más hermoso de los hijos de los hombres", "el único entre diez mil, y todo tú perfecto." ¡Qué plenitud de belleza hay en esta persona que es Dios y hombre al mismo tiempo! ¡Qué armonía de gracia hay en esta obra que une a Dios con el hombre! ¡Qué encantos contienen estas preciosas Escrituras que muestran Su valor! Ver Su variada excelencia es una antesala del cielo. Así como toda luz hermosa embellece, así Cristo engalana a todos aquellos sobre los que descienden sus fulgores. Hermosea a los humildes con la salvación.

La luz es libre. Las riquezas del rico no pueden adquirirla. El arte del artesano no puede aprisionarla. El trabajo del obrero no puede ganarla. La pobreza del pobre no le priva de ella. Adondequiera que llega lo hace volando sobre las alas de la libertad. No puede comprarse. Ilumina el palacio sin precio, llega hasta la choza graciosamente. Así es Cristo.

Pecador, ¿anhelas tú este precioso tesoro? Abre la puerta de tu corazón y es tuyo. "Venid, comprad vino y leche, sin dinero y sin precio". No perdáis el tiempo buscándole un precio. Los mismos ángeles comparados con Él no son de ningún valor. Todos tus supuestos méritos no son más que defectos. Lo mejor que hay en ti es pecado ¿y ofrecerás pecado a Jesús? Reconoce tu miseria y acógete a la gracia. Lloras tus tinieblas y Cristo te dará su luz. Todos los que ven en sus luminosos rayos concuerdan en su testimonio. Todos cantan que lo que tienen lo han recibido de amarme, me llamó pura gracia: me amó por que quiso porque quiso llamarme, me bendijo porque quiso bendecirme, me salvó porque quiso salvarme, brilló en mi alma porque así le plugo. Cuando yo estaba en tinieblas, Él dijo: "Sea la luz; y la luz fue", y la luz era Él mismo.

La luz lo revela todo. Tan pronto como las tinieblas arrojan su manto, nos movemos inconscientemente entre enemigos y lodazales. Abismos se abren a nuestros pies, y cada contacto nos tizna, pero aunque el enemigo mortal se dispusiera a atacarnos no nos daríamos cuenta. Si permitimos que la luz se apague, la ruina y la suciedad se nos echan encima. Pero cuando la luz sale, pone de manifiesto las tinieblas. Así también Cristo. Por sus rayos detecta el pecado que hay en cada escondrijo de nuestro corazón. Y el mundo que tanto amamos es desenmascarado como un monstruo cuyo abrazo es concupiscencia, y cuya mano sostiene la copa de la muerte.

Lector, ¿disciernes la corrupción del pecado y del veneno que engañan al mundo? Si no los disciernes es que la luz no ha visitado tu conciencia. Cristo no está en tu corazón. El lamento que produce la fe tiene siempre una nota que confiesa: "He aquí, estoy sucio". Hay siempre en su boca este ruego: "Lávame, y seré más blanco que la nieve".

Pero del mismo modo que el sol es visto por la propia luz que él mismo proporciona, así Cristo, no solamente revela los peligros, sino que se revela a sí mismo. Muestra su cruz, la gloriosa prueba de su amor insondable. Nos descubre los tesoros de su Palabra. Entonces, profundos llamamientos, testimonios, promesas y dulces notas de consuelo y paz se convierten en vida brillante, como los fulgores de luz en una puesta de sol. Abre las cortinas de sus cielos, y vemos a un Dios reconciliado con los hombres, al mismo tiempo que vislumbramos los destellos de Su gloria.

La luz es la madre de la fertilidad. Las regiones en que el sol apenas brilla son áridos desiertos. La vegetación languidece en las sombras, y los árboles se secan. Perpetuo invierno significa desolación perpetua. Pero observad el cambio cuando vuelve la luz. El jardín, la viña y los campos son pronto cubiertos de fragancia y abundante vegetación. Así es Cristo. En Su ausencia, el corazón se llena de maleza y hierbajos nocivos. Pero cuando sus fulgores vivifican, las semillas de la gracia fructifican y el árbol de la fe ofrece su fruto dorado.

La luz es el carruaje que transporta el calor, sin el cual el corazón se hiela y se hace tan duro como una roca. El suelo parecería de hierro si los cielos estuvieran siempre oscuros. Igualmente, los corazones sin Cristo son hielo. Pero cuando Él entra se enciende una llama que ya nunca más puede morir. Arde el amor en cada cobijo del hombre interior. Es la chispa que centellea heroica en el ministro fiel y en el intrépido misionero. Ver y amar a Cristo da calor al corazón. Calor en el corazón es fuego en los labios. Y fuego en los labios es llama que prende en los oyentes. De este modo, muchas congregaciones endurecidas se derriten en corriente de santo celo.

La luz es asimismo heraldo del gozo. Egipto estuvo cubierto por las tinieblas durante tres días; falló la vista y cesó toda actividad. Tiempo sombrío aquél. En uno de los viajes más tempestuosos que efectuó el apóstol San Pablo, ni el sol ni las estrellas aparecieron por muchos días. Fue un tiempo sombrío para el gran misionero. Mientras Cristo no levante su semblante, no puede empezar la mañana feliz que no tendrá noche. La luz actual, sin embargo, no es más que la estrella de la mañana de la gloria venidera. El cielo es un Dios al que no ocultan nubes ningunas. Y allí, con los nuevos cuerpos celestes, en vestidos de luz, los redimidos reposan en una ciudad de luz, "que no tiene necesidad de sol ni de luna para alumbrar, porque la gloria del Señor ilumina, y el Cordero es la luz allí."

Lector, ¿estás tú viajando de la luz a la luz? No te engañes. Hay la frágil vela de la razón. Pero no conduce a ningún cielo. Hay las muchas luces falsas del error. Nos llevan a las rocas y a los pantanos de destrucción. Vanos meteoros relumbran desde muchos púlpitos y en muchos libros. ¡Tened cuidado!; hay un solo sol en el firmamento, como hay un solo Cristo en la Biblia: un Cristo y un Espíritu, un Cristo del Padre, un Cristo de los salvados.

Pregunto de nuevo. ¿Se han desvanecido tus tinieblas? Tu contestación será afirmativa si puedes ver al Sol de justicia y odias el pecado, crucificas la carne y pisoteas el mundo; si te gozas en sus fulgores y tienes sed de más conocimiento y de una senda más brillante. Pero quizá tú ames la tinieblas más que la luz, porque tus obras son malas. ¡Piensa, sin embargo, cuán sombrío es el camino amplio de la perdición! Va directo al abismo, en donde sólo hay oscuridad

y en donde sólo se oye el llanto y el crujir de dientes. Párate por un momento y medita: ¿No quieres volver a "la verdadera luz"?

Creyente, contempla el lugar soleado de tu hogar. En tu gozo colmado recuerda que este jardín del Señor es un puesto de trabajo y no de ocio. Has recibido la luz para que brille y la pongas bien en alto. Tú eres luz para que otros puedan ser también luz por medio de ti. No digas: No soy yo quien puedo crear y dar luz. Ciertamente, pero es tu deber reflejar la luz. El planeta devuelve los rayos que recibe. El espejo devuelve la imagen. Tú no viste nada hasta que Cristo dijo: Recibe la vista. No descanses hasta que su voz resuene en tu familia, en tu vecindario, en tu país, y en el mundo entero. Sea la vista, y será la visión. Sea la luz y será la luz.

2. ADAN

"Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra." GÉNESIS 2:7.

La vida de Adán es una página muy breve. Pero cada línea nos ofrece material para un volumen más grande que el de los libros creados por la mente humana. Hallamos en ella la clave de esta maravilla que tanto nos asombra: el Hombre. Los innumerables seres humanos que pueblan actualmente la tierra, los incontables que ya están en gloria, y el inmenso número de los que se han perdido eternamente, todos tienen su origen en Adán. Y todos los que tienen todavía que nacer para brillar en el cielo o para arder en el infierno, todos fluyen de él como de su fuente madre.

Cuando consideramos su nacimiento nos preguntamos: ¿Cómo ocurrió? ¿De qué material hizo Dios al hombre? El orgullo pronto deducirla que tal ser no pudo sacarse de ninguna cantera común. Pero el orgullo debe doblegarse ante la palabra infalible que afirma: "Eres polvo".

Medita esta primera verdad. El monarca más poderoso y el pobre Lázaro son hechos de lo mismo. Su común parentesco es el de los gusanos. La carne de ambos es inmundicia despreciable. ¿Quién, pues, blasonará de hermosura o de fortaleza? Parece como si el polvo se burlara de semejante locura.

Pero el hombre es algo más que un montón de barro. El caparazón del hombre alberga una joya de incalculable valor. Dios "sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente". La carne es terrena, el espíritu es del cielo. La una es materia, el otro es un rayo de Dios. La una pronto se derrumba en vileza, el otro tiene un principio eterno. La una se rebaja al mismo nivel de las bestias, el otro despliega las alas de la inmortalidad.

Siempre será poco lo que pienses de tu alma. Nunca puede cesar de ser. El tiempo pasa sin producirle arrugas. No se marchita ni decae. Su duración es la eternidad y es por tanto inextinguible.

Dios formó al hombre. Un maravilloso jardín constituía el palacio del rey de la creación. Las fragancias de las flores y los frutos acariciaban cada uno de los sentidos. La comunión con Dios fluía con toda naturalidad. Vivir era una delicia constante. La sonrisa de la inocencia se abrazaba con la sonrisa del cielo. El corazón estaba lleno de amor, la adoración era una alabanza continua. Pero el hombre era una criatura, y una criatura debe obedecer. En el cielo, los ángeles no hacen más que la voluntad de su Hacedor. Dios es el que está sentado en el trono y gobierna. Pero la obediencia no es un yugo pesado. Y así un solo mandamiento y una sola prohibición le fue dada a Adán: no debía comer del fruto de uno de los árboles del Paraíso. La trasgresión de este mandamiento acarrearía la muerte. "Y mandó Jehová Dios al hombre diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás." ¿Quién puede escuchar estas palabras y seguir pensando que el pecado es algo sin importancia? El más leve pecado coloca el alma en abierta rebelión. Arroja a Dios del corazón. Es una manifestación del impío principio de la independencia. Demuestra que el yo ha levantado el ídolo del amor propio.

¿Puede Dios consentir el mal? ¡Ah, no! La Divinidad lo detesta. Por consiguiente, la trasgresión es muerte. Esta es la pena. Mas, quién puede calcular las profundidades de miseria que acarrea esta condenación? Implica, la expulsión instantánea de la presencia celestial. Se marchitan de pronto todas nuestras facultades y percepciones espirituales. Nuestro cuerpo se siente herido de muerte y el alma gusta la muerte espiritual. Todo esto demuestra que el pecado tiene su morada únicamente en los eternos lamentos de la conciencia acusadora y en los estremecimientos eternos en el lecho de la ira condenatoria.

Es el día más negro de la tierra. Se acerca el tentador. No discutiremos con los que preguntan si esto no hubiera podido ser conjurado. Aprendamos que la piedad no probada es piedad incierta. La trampa es colocada sutilmente. Se pronuncia la primera mentira. Nuestros padres se pondrán a pensar. ¿Sucumbirán? El hombre perfecto no es más que una caña vacilante. Se rompe el único mandamiento impuesto por Dios al hombre. Entra el pecado. Desaparece la inocencia. Se extingue la vida de Dios en el alma. Adán inclina su cabeza, caído y culpable, en una tierra maldecida a causa de su pecado.

Debemos considerar las miserias provocadas por este hecho trágico. Es la clave para entender toda la confusión universal que nos aturde y la desazón personal que nos humilla. El universo no gira sobre un eje de orden justo. La espina, el cardo, el huracán, el terremoto y las pestilencias proclaman el disgusto de los cielos. Todas las cosas tienden a su propio decaimiento y muestran que la muerte ejerce un señorío implacable. Las lágrimas, los suspiros, los lamentos y toda la secuela de pesares que brotan del camino del dolor y el sufrimiento, evidencian que un Dios airado obra airadamente. Pero no es esto todo. Lo más amargo de la condenación cayó sobre nuestro corazón. ¡Qué jungla de hierbajos odiosos! Leemos, y la conciencia devuelve el eco de estas palabras, "que todo designio de los pensamientos del corazón del hombre es de continuo solamente el mal." "Dios miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno". La mente es vana, la inteligencia entenebrecida, la ignorancia soberana y los sentimientos justos han huido. Se adora y se sirve más a la criatura que al Creador. El testimonio fiel de la Palabra Santa así lo afirma. Y la conciencia lo confirma. Los relatos de la caída lo explican. Todos los males vinieron de la mano del pecado.

"En Adán todos mueren". Observa seguidamente, querido lector, cómo toda la raza humana participó en el primer pecado. Adán estaba frente a Dios, no como una persona aislada, sino como una representación comunitaria. En su simiente estaban todas las generaciones. Toda la familia humana yacía, en potencia, en aquel primer hombre. Y así como una semilla contiene toda la potencia de un bosque, así todas las naciones de todos los tiempos estaban implicadas en esta única primera cabeza. Del mismo modo que todos los rayos se originan de un mismo sol, así también todos los descendientes estaban en aquel padre. De ahí que la acción de Adán afecta hasta el último de sus hijos, como una fuente sucia contamina todas las gotas de agua que fluyen de la misma.

Se sigue, pues, que en Adán todos quebrantamos el pacto de las Obras. Pecamos en su pecado. Ofendimos en su ofensa. Transgredimos en su trasgresión. Somos culpables de su culpa. Y en él nos hemos alejado de Dios. En él nos hemos aprisionado en las cárceles de la condenación. En él recibimos una herencia infernal. El orgullo que encuentra todos los elementos buenos en el yo, ¿se atreverá a desmentir esas afirmaciones? Que nos muestre primero por qué los niños mueren, y por qué los primeros pensamientos no son más que gérmenes de maldad. No hay

mejor prueba de la pecaminosidad y ceguera de la naturaleza humana que sus vacilaciones en el pantano del engreimiento antibíblico.

Hasta aquí, nuestra visión de Adán ha sido como una nube sombría y esparcidora de tinieblas. Pero observemos de nuevo. Hay en el fondo rayos brillantes. Mientras nosotros nos sumimos en el llanto, el Espíritu vuela en alas de amor para cambiar el espectáculo. Se oyen dulces voces: "Adán es figura del que había de venir" (Romanos 5:14). "Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante" (I Corintios 15:45). "El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo". "Y así como en Adán todos murieron, así también en Cristo todos serán vivificados". ¡Benditas nuevas! ¡Bendito privilegio poder trazar esta semejanza! Que el Espíritu Santo nos ayude ahora a elevar nuestra mirada del Adán que trajo el pecado al Adán que lo cargó sobre sí.

¿No es Adán el padre de toda la familia humana? Así también Cristo es el padre de toda la familia de la gracia. Está escrito: "Verá su simiente"; "Su simiente le servirá". Él es el "Padre Eterno". Como Adán es el manantial de la corrupción y la muerte, Cristo es el creador de una nueva vida. Él es Espíritu vivificante. Si los que son nacidos de la carne son carnales, los que son renacidos del Espíritu son espirituales. Sus energías y facultades son como luz en medio de las tinieblas. Hubo un tiempo cuando fueron una masa muerta. Ahora, sin embargo, tienen oídos para oír su llamamiento, ojos para ver su hermosura, y boca para cantar las alabanzas de Dios y adorarle. Tienen también manos para agarrarse fuertemente de la cruz y pies para subir al monte Sión. Antes sus corazones eran de piedra; ahora sus latidos son pulsaciones de amor. Antes su gusto sólo apetecía lo bajo y sórdido de la tierra; ahora anhelan lo alto y puro de los cielos. El mejor de los libros es su más dulce pasatiempo. El mejor de los temas es su más feliz conversación. Nuevas inclinaciones les demuestran que han nacido de nuevo. Tales son los felices hijos de la gracia. Se sientan en armonía alrededor de la mesa del Señor, y le adoran como el autor de su vida y de su gozo. Así en el jardín de Cristo crecen las plantas para el Paraíso celestial, como en la selva de Adán las malezas para ser quemadas.

Pero aún hay más contrastes. Adán sucumbe y con él cae todo el mundo. Cristo vence y en Él toda su simiente levanta la cabeza. Aparece en la carne como el Jefe común de sus hijos adoptivos. Y como tal resiste triunfalmente todos los asaltos del diablo. Actúa dentro de una perfecta e inmovible línea de pureza y amor. La más completa voluntad del padre es el único deseo de su corazón. Y todos sus miembros redimidos participan con ti de la victoria y la justicia de quien es la Justicia misma. Cada creyente verdadero puede exclamar: "El Señor es mi justicia", y puede llamar a la puerta de los cielos con esta garantía. En Cristo tengo la misma justicia de Dios. Si grande fue la pérdida de Adán, mucho más grande es el beneficio otorgado por Cristo.

Corno una persona cualquiera pendió de una cruz. En Él sufre su pueblo hasta la muerte. En Él apura la nona de la ira divina. En la prueba los más amargos dolores que merece el pecado. En Él paga todo lo que se debe a la justicia. En Él lo soporta todo hasta que no pueda atributo de Dios que no haya sido satisfecho. Y todo hijo de fe exclama: "Estoy crucificado juntamente con Cristo". ¿Quién puede cargar a aquel por quien Cristo ha cargado todo? En Adán merecemos toda la ira divina. En Cristo la experimentamos.

Cristo se levanta de entre los muertos. Nada puede detenerlo. Pero aún sostiene a los suyos. En Él cada uno ve un anticipo de la mañana de resurrección, en la cual esto corruptible será vestido de incorrupción y la muerte será sorbida en victoria. En Adán descendemos a la

tumba. En Cristo descubrimos la puerta de la vida. En Adán sufrimos la postración en lechos de tinieblas. En Cristo nos vestimos de luz como de vestimentas para la eternidad.

Habiendo terminado la obra de redención, Jesús vuelve a los cielos. ¿Ascendió desligado de sus miembros? ¿Puede el Cuerpo vivir sin la Cabeza? No. Con Cristo entran los miembros en los cielos y toman sus sillas ante el trono de Dios. No está escrito en vano que "nos resucitó juntamente con Él y nos hizo sentar en lugares celestiales con Cristo Jesús". Cada silla celestial ha sido preparada desde toda la eternidad, y a los ojos de Dios no hay vacante.

¿Decís que esto es misterioso? Lo es. Pero es tan cierto como profundo. Y se nos ha revelado para consolación del creyente. Porque, ¿qué consuelo mayor que el de saber que somos uno con nuestro Señor en todo lo que ha hecho y en todo lo que está haciendo? Es la simiente de la santidad, porque ¿quién, viviendo en el espíritu, en medio de las glorias celestiales, puede siquiera rozar las vanidades de la tierra?

Querido lector, es un hecho claro que el nacimiento natural te trajo al viejo mundo del pecado. Cuán importante es, pues, la pregunta: ¿Has sido trasladado por el nuevo nacimiento al nuevo mundo de la gracia? Lo has sido si eres de Cristo y tú eres de Cristo si Cristo es tuyo; y Cristo es tuyo si mora en tu corazón por la fe verdadera, y la fe es verdadera cuando sólo confía en él y se entrega a Él completamente, amándole, escuchando su voz y sirviéndole.

Si no tienes estas evidencias, te hallas todavía en la tierra de desolación. ¿Vas a demorar tu desgraciada ruina? ¡Clama a Él, quien siempre ayuda al que le suplica desesperadamente! Busca la vida en quien es el Señor de la vida. Clama por tu resurrección espiritual al que es Espíritu vivificante.

3. EL NOVIO CELESTIAL

"Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne." GÉNESIS 2:23.

Nuestra Biblia es un verdadero Paraíso de hermosas flores y dulces frutos. Pero el creyente se encuentra más a gusto, sobre todo, en aquellos parajes escogidos poblados de señales de la ternura del Salvador. Nuestra felicidad se eleva hasta el cielo cuando, apoyados en la Escritura, y bajo la luz del Espíritu Santo, el alma discierne que Jesús ama con amor eterno.

Lector, este humilde tratado te visitará en una hora afortunada, si te lleva a las fuentes profundas de ese gozo.

No podemos andar mucho por las páginas de la Palabra sin que pronto escuchemos la voz que nos dice: Prestadme atención, quiero hablaros de mi amor. Con este propósito, cada imagen de ternura habla en su turno. ¿Ama un padre con la fortaleza del amor varonil? Jesús es nuestro Padre Eterno. ¿Es una madre amorosa en sus dulces caricias? El Señor es más constante todavía, pues aunque padre y madre te olvidara "yo no te olvidaré nunca". ¿Es generoso el afecto del hermano? Cristo es el primogénito entre muchos hermanos. ¿Es la unión de las hermanas tan tierna como las fibras del corazón? La Iglesia es "su hermana, su esposa". ¿Es noble la simpatía de un amigo? Leemos: "Ya no os llamaré siervos..., pero os he llamado amigos". ¿No bastan estos paralelos? No, si no se les añade otro. Así como para formar la luz más pura se precisa la combinación de todos los colores, así todos los matices deben juntarse para darnos el retrato completo de un amante Salvador. Falta el cariño perfecto que fluye de un corazón a otro corazón en el enlace nupcial. Pero, llamará también Jesús a su pueblo con el calificativo de "novia"? Si, así es como lo llama. Y ello constituye la delicia del Espíritu. Encontramos este trato en el jardín del Edén. Camina a nuestro lado a lo largo de todos los verdes pastos de la Palabra. Nos deleita solamente cuando el Apocalipsis ya no escribe más. "El Espíritu y la Esposa dicen: Ven." Un eco responde a otro eco: "Como el novio se goza de su amada, así Dios se regocija en ti". "Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia" (Oseas 2:19).

Siguiendo esta dirección santa, vivamos en busca de Tesis con aquellos sentimientos puros que inocentemente se albergan en el corazón de Adán, antes de que el pecado entrara y lo profanara. La narración es simple: "Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre" (Génesis 3:21, 22). Pero el misterio de esta porción es profundo. Uno mayor que Adán, el primer esposo, se encuentra en esta historia de unión sin pecado. A la fe se le ha enseñado, y lo ha aprendido rápidamente, que el novio espiritual y la esposa mística se hallan en esta narración. Los primeros esposos terrenos no son más que una sombra del amor celestial. El segundo Adán duerme un sueño, el sueño de la muerte, sobre el duro altar de su ignominiosa cruz. Su costado es atravesado. Y de allí fluyen los medios para constituir la Iglesia. Hay sangre para expiar cada pecado, y agua para lavar cada mancha. El Padre presenta la esposa a Adán. El mismo Padre entrega a Cristo su favorecida esposa. Adán la recibe como parte de sí mismo. La palabra de Cristo otorga la misma bienvenida: "Miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos."

Nos sentimos grandemente animados a trazar las semejanzas con reverencia. Los matrimonios entre personas de muy distinta posición social resultan difíciles de realizar. Aquí se trata de una novia muy baja en cuanto a sus orígenes. Está formada de barro. En cambio Jesús mora en el brillante palacio del cielo, glorioso, con todos los atributos de su deidad. ¿Cómo podrá efectuarse semejante unión? Deja su alta morada. Un velo cubre su poder omnipotente. Y desciende a nuestra choza. No se mofa de nuestros harapos. Nace como hombre en Betlehem. Vive en naturaleza humana el Hijo del Hombre. ¿Oh, alma mía! ¿Se ha detenido el Señor en tu camino para hacerte suyo para siempre? La distancia es infinita, pero vino con la velocidad de la luz sobre alas de amor y no paró hasta que posó en nuestro hogar lejano.

El novio tiene por pocos todos los esfuerzos para ganarse una mirada de la novia. ¿Es posible que Jesús luche para ganar nuestras desagradables almas? Sí, Jesús batalla para ello. Él vive cuando nosotros amamos. Apenas parece reinar si no le presentamos el corazón para que haga de él su trono. Ahí, en las Escrituras, envía carta tras carta solicitando y ardiendo en la pura llama de la ternura divina. Nos sigue con el clamor constante: "Vuelve a mí, vuelve a mí, quédate conmigo". Por esto envía a sus fieles ministros, los amigos del novio, para pleitear su causa, para suplicar en su lugar, para buscar en su Nombre, para presentar sus inmaculados encantos, para mostrar que su amor es fuerte como la muerte y puro como la luz, tan infinito como la eternidad.

Ese ministerio es tanto más fiel a Cristo, más rico en frutos eternos, cuanto más vívidamente presenta a Cristo.

Pero aún hay más. El Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo. Revela al Señor en todas las bellezas de su persona, todas las maravillas de su gracia, todas las glorias de su obra. Derriba todos los prejuicios, tuerce la corriente de la voluntad opuesta y enciende una flama ardiente en los oscuros rincones de nuestra alma. Así es consumada la unión. El alma fiel olvida a su propio pueblo y la casa de sus padres. Echa lejos los antiguos pretendientes que cautivaron sus pensamientos. Sale afuera y se separa del mundo que antes tanto amaba. Lo deja todo y se une a Cristo.

Los lazos nupciales anulan los antiguos documentos en cuanto al estado y, a veces, el domicilio. Un nuevo apellido y una, nueva dirección muestran que la novia ya no es independiente, que ya no se pertenece a ella sola. Lo mismo ocurre en la unión espiritual. La persona de Cristo proclama su divinidad, y ésta es la diadema de la Iglesia. ¿No está escrito así en jeremías 23:6 y 33:16? Se nos dice primeramente que "El Señor, justicia nuestra", es su nombre. Y la misma porción es para la esposa, porque añade: "El Señor, justicia nuestra" es el nombre de ella también.

El novio busca la comunión íntima. Igual ocurre con Jesús. Por su Palabra, y por medio de sus mensajeros, lleva a su pueblo a su lado. Abre delante de él los propósitos de su gracia y los secretos de su Reino. Le anima a que le cuente sus necesidades, temores, deseos y esperanzas. Invita tiernamente: "Déjame oír tu voz..." ¿Quién puede describir el cariño de un novio? Y, sin embargo, es como una gota de agua comparada al océano de una caricia del Salvador. "No tenemos un Sumo Sacerdote que no puede compadecerse de nuestras miserias". ¿Quién os toca, toca la misma niña de sus ojos". "Él es afligido en todas nuestras aflicciones". Aún no han dañado a uno de sus miembros sufrientes y ya la Cabeza llora en los cielos: "¿Por qué me persigues?" pregunta a un enemigo de su Esposa, la Iglesia.

Querido lector, tú has escuchado quizá a menudo estas verdades. ¿Han vibrado en ti de manera que han hallado una respuesta en tu corazón? Si no es así, no tienes el espíritu de la novia.

El novio trae su dote. ¿Y no nos enriquece Cristo con toda suerte de dones? Los mismos ángeles pueden maravillarse y sorprenderse al contemplar las riquezas de la Iglesia. Cristo no le esconde nada. Todos Sus atributos, con su gran herencia. Su sabiduría está lista para su dirección. Su poder para su socorro. Su amor para consolar. Su fidelidad y Su verdad son su cayado. Su Espíritu Santo es vertido sobre ella sin medida, para enseñarle, enlazarla y bendecirla. Suya es la justicia de Cristo, para ataviarse con ella en las moradas celestes. Sus cielos son los cielos de la Esposa Mística. Su trono es el suyo también. Y Su gloria y Su corona. La misma eternidad es para ella, para que pueda gozarse siempre. ¡Feliz el alma que responde a esta invitación amorosa!

El novio no rehuye fatigas para poder traer sostén y abundancia a su amada. Así Cristo vive una vida de trabajo vigilante. No descansa ni día ni noche. Sus manos horadadas están siempre intercediendo y derramando siempre suministros de gracia nos del cielo, para que nada que surgen necesidades, Él pido para satisfacerlas.

Las reuniones terrenas conocen a menudo la pena de la separación. La severa voz del deber puede ordenar a veces: Vete. La necesidad puede obligar a partir lejos. Pero nada en el cielo ni en la tierra, ni en el infierno, puede abrir el abrazo que se ciñe en torno al Novio divino. En cada momento se halla más cerca que la misma sombra del que la proyecta. La vida se apoya en sus manos. La muerte sueña en su pecho. Ningún lazo puede fallar en el mundo de seguridad celestial: "Nunca os dejaré ni os olvidaré."

En este frío mundo los afectos suelen enfriarse. El día que amaneció con el amor puede terminar con odio. Los gustos cambian y producen cambios. Los temperamentos discordes no concuerdan. Pero muy distinto es el "matrimonio celestial". Siempre es verdad aquel texto: "El que se une con el Señor un espíritu es". Cuando el Señor llama con amor, cambia por su Espíritu. Imparte una nueva naturaleza, cuyas pulsaciones van al unísono con las del Esposo. Es la misma armonía del cielo cuando Cristo es el todo.

Aquí, en este mundo, un hogar tiene que llorar a veces por causa de la impiedad que del mismo brota. Muchos han tenido que lamentar: "¡Oh, Absalón, hijo mío!" Pero de la unión Celestial no surge más que simiente celestial. Los creyentes son desposados con Cristo para que lleven fruto a Dios (Romanos 6:22). Aparte de Cristo, el corazón es un nido de maldad. Unido a Él, es el progenitor santo de cada gracia santa.

Pero, al presente, la Iglesia ve a su Novio solamente con los ojos de la fe. El velo de la carne impide la visión clara. Pero aún un poco y el día de la gran boda manifiesta llegará. Un mundo sorprendido oirá la llamada: ¡He aquí viene el Novio! Se escucharán las voces de una gran multitud, como voz de muchas aguas y como voz de truenos que prorrumpirá en exclamaciones: ¡Aleluya, porque el Señor Omnipotente reina! Alegrémonos y gocémonos y demos gloria a El, porque han llegado las bodas del Cordero y la esposa está aparejada. Entonces Cristo brillará y será admirado en sus santos y glorificado en todos los que creen. La novia será traída delante del Rey, con alegría y gozo entrará en el Palacio del Rey. El cántico nupcial será un incesante Aleluya. ¡Feliz el alma que responde a esta invitación amorosa!

Lector, ¿es tu feliz privilegio el conocer esta unión, que dura siempre, que cimenta tu corazón en Cristo y Cristo en ti? Recuerda, pues, que esta bendita relación erige tu fidelidad. El

Señor es celoso del amor de su pueblo. No debes alejarte de Él ni un solo momento ni en un solo pensamiento. Hay que ir con cuidado, porque ya son llegados los días cuando vienen extraños profesando ser los amigos del Novio. Incluso se levantan en púlpitos, y dan instrucción en Su nombre. Pero podréis conocerlos por esta señal: Exaltan más a la novia que al Señor. Enaltecen más sus ordenanzas que al Señor mismo. La incitan a contemplarse a sí misma, a apoyarse en sí misma, a confiar en sí misma y a decorarse a sí misma con los disfraces de la falsa humildad y la superstición. Id con cuidado, el terreno es resbaladizo. Puede parecer agradable a nuestra naturaleza egoísta, pero ello desliza hacia el Anticristo.

Quizá alguna alma mundana cuya vida está ligada a otro señor lea estas líneas. ¿No querrá volverse atrás y romper sus lazos? ¡Oh, el príncipe de este mundo! Sus promesas son mentiras. Su porción angustia, su abrazo la muerte, su morada la oscuridad, su lecho las llamas del fuego, su unión un grito angustiado de agonía. Hombres y mujeres sumidos en la mundanalidad, apodéis amar a semejante consorte?

4. LA SIMIENTE DE LA MUJER

"Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañal." GÉNESIS 3:15.

Éstas son las primeras palabras de gracia a un mundo perdido. ¿Cuándo fueron pronunciadas? ¿Por quién? ¿A quién?

¿Cuándo? Después que el pecado hubo entrado en el mundo, la inocencia había desaparecido y el hombre se había convertido en una criatura culpable delante de Dios. Había sido dado un mandamiento con el propósito de ver si el hombre amaría, temería y serviría a su Hacedor. Este mandamiento, sin embargo, había sido pisoteado.

Detente aquí por unos momentos y piensa Hay quien piensa ganar la vida eterna haciendo la voluntad de Dios. Pera se trata de un método que ya ha sido probado. Y falló. El resultado fue la ruina más catastrófica. Nuestros primeros padres eran inocentes, y no temían inclinaciones hacia el mal, y sin embargo se hundieron en él. Nosotros nacemos con corazones corrompidos, completamente inclinados hacia el pecado, ¿y pensamos poder mantenernos santos y sin mancha por nosotros mismos? Es un pensamiento vano. Echémoslo lejos. No podemos seguir sin reproche. Nuestra naturaleza impía nos aparta continuamente del recto camino de la piedad. No hemos podido mantenernos irrepreensibles un sólo día ni una sola hora de nuestra vida. Esto es la pura verdad, y toda conciencia sincera lo ha de confesar.

¿Quién pronunció estas palabras? Leemos: "E1. Señor Dios dijo". ¿Qué prueba tenemos aquí de que Dios es misericordioso! ¿Piensa cuán grandemente fue ofendido! ¿Medita con qué innoble ingratitud fue tratado! El hombre confió más en la mentira de Satanás que en la verdad de Dios. Rompió el yugo suave como si hubiera sido una cadena inaguantable. El lenguaje orgulloso del corazón humano había sido: "No queremos que Dios gobierne sobre nosotros".

Y, sin embargo, Dios condesciende. No hay ningún látigo en su mano. Ni le acompaña ninguna legión de ángeles vengadores prestos a lanzar a los rebeldes a la perdición. La voz que se oye es una voz de misericordia. Las nuevas que son anunciadas, son nuevas de libertad.

¡Oh, alma mía! Puedes considerar la voz del que habla y no exclamar: Verdaderamente, Dios es bueno? ¡Él no quiere la muerte del pecador! Razona como la mujer de Manoa: "Si Jehová nos quisiera matar, no nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto" (Jueces 13:23).

¿A quién fueron dichas las palabras que nos ocupan? Solamente había allí tres personas. En primer lugar, la pareja culpable. Observad su situación y aprended de ella que el primer paso en el camino de la salvación es dado por Dios. Tenemos evidencias decisivas ante nosotros. Dios quiere salvarnos cuando nosotros queremos perecer. Dios obra para salvar cuando nosotros hacemos todo cuanto está a nuestro alcance para morir. Ante Dios se hallan nuestros primeros padres, formando una imagen de todos los pecadores caídos que nacieron de ellos. Es decir: de todos los hombres. Como ellos allí, así nosotros por naturaleza. Pecadores, ciegos e insensibles. Esto somos todos nosotros. Digo ciegos porque sus ojos no están abiertos a la terrible condición en que se encontraban, en la sórdida miseria a que estaban abocados. Digo insensibles porque no

confesaron su pecado, ni se humillaron, ni lloraron, ni siquiera oraron pidiendo misericordia. Tales son la ceguera e insensibilidad naturales del hombre, desde entonces hasta hoy. Y aún así, este mismo Dios viene con palabras de amor, habla de un restablecimiento a Su favor y a Su Reino.

Querido lector, medita con calma sobre esto. Verás como cuándo el hombre se desentiende de si mismo, Dios C', nudo preocupación por él. Cuando el hombre no puede hacer nada, Dios lo hace todo. Cuando el hombre no merece nada, Dios lo da todo. Desde el principio al fin, la salvación es una obra de gracia. El hombre se hunde en el infierno y Dios lo llama al cielo.

Pero, además de la pareja culpable, había otro ser allí. Mas no había esperanza para él. Se le dijo solamente que no podía esperar otra cosa que ruina. Tenemos aquí una prueba de que Dios hace diferencia entre los culpables. No preguntemos vanamente por qué la gracia gana al hombre y da la espalda a los ángeles caídos. Solamente puede haber una respuesta: "Sí, Padre, porque así te agradó". ¿Y podemos luego dejar de cantar las alabanzas de Dios, que tanto se ha apiadado de nosotros, tan pecadores, ofreciéndonos una provisión tan perfecta por el pecado? ¡Oh, alma mía! Piensa en estas cosas.

¿En qué consiste esta provisión? Tenemos la respuesta en una palabra: "Su simiente". He ahí la promesa de que vendrá un libertador a este mundo, el cual nacerá de una mujer. Si se nos preguntara: "¿Quién es la simiente de la mujer?", nuestra rápida respuesta será: El Señor ,Jesucristo, el bendito Salvador. El único Redentor. El único Hijo unigénito del Dios Altísimo. La voz de Dios promete aquí que Jesús, señalado para venir a salvar, se hará hombre -igual a nosotros- hueso de nuestros huesos y sangre de nuestra sangre.

Esto se dice pronto. Pero, ¿te has detenido, lector, a ponderar las grandes y preciosas verdades que ello implica? ¡Observa bien! El Dios todopoderoso, sin dejar de ser Dios, se hace hombre para redimirnos. ¡Maravilla de maravillas! Nada parecido hay, ni ha habido m habrá. Si el más grande rey se convirtiera en el más miserable de los pobres, o el más rico de los príncipes dejara su palacio por una choza o una celda de la más vil cárcel, no sería nada comparado con lo que hizo Jesús cuando dejó el cielo para llevar sobre si los andrajos de nuestra mortandad. ¡El Creador de todas las cosas apareciendo como criatura! ¡El Todopoderoso convertido en un bebé! ¡El Eterno hecho un hijo del tiempo! ¡Lo infinito constreñido dentro de los límites de esta pobre carne nuestra! ¿No es esto la maravilla de las maravillas? ¿No es esto gracia sin limites? Querido lector, ¿crees seriamente que Cristo se ha humillado a sí mismo, incluso por ti? Si así lo crees, no puedes menos que sentir que no hay deuda como tu deuda; y que así como los cielos están muy por encima de la tierra, del mismo modo tu deuda estaba mucho más allá de tus posibilidades de pagar.

En las pobres costumbres de este mundo, el nacimiento de un príncipe o un noble despierta señales de alegría y gozo. Ondeán las banderas. Suenan las trompetas. Se reparten suculentos manjares. ¿Pediremos al mundo de la naturaleza que celebre con alabanzas este portento inefable? ¡Imposible! Aunque el sol pudiera prestar mil sillones de luces, a cual más brillante; aunque cada gota de los océanos pudiera elevar un coro de aleluyas; y aunque todas las hojas de los bosques pudieran repicar como campanas, sería todo ello indigno todavía y manera vil de celebrar el nacimiento del Salvador.

Pero hay un testimonio delicioso que busca Jesús. Cristo se considera pagado cuando los corazones agradecidos abren de par en par sus portales para recibirle, y cuando alabanzas de

bienvenida ensalzan Su nombre salvador. ¡Oh, alma mía! ¿No ofrecerás todo lo que hay en ti para prorrumpir en cánticos de adoración amorosa alrededor del pesebre de Belén?

Cuando Abraham vio de lejos el día de Cristo, nos dicen las Escrituras que se regocijó y fue feliz. Cuando Juan el Bautista todavía estaba en el vientre de su madre, no pudo contener la emoción de presentir cerca a Jesús, quien tampoco había nacido aún (Lucas 1:41).

La estrella de luz que dirigía a los sabios en su viaje, os llenaba de gozo. La multitud de los ejércitos celestiales, quienes no participan de las gracias de la redención, hicieron que las bóvedas de los cielos devolvieran el eco de sus alabanzas. ¡Oh, alma mía! ¿Puedes estar callada? ¿No oyes los cánticos de los ángeles? "Os traigo nuevas de gran gozo". ¿No beberás tú también con gran gozo la delicia de estas nuevas? "Os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor". ¿No lo traerás, con el mismo espíritu del anciano Simeón, al corazón de tu fe, y elevarás un himno de alabanza?

Has considerado seriamente alguna vez con qué propósito Jesús se convirtió en la Simiente de la Mujer? Nuestra paz y felicidad depende del exacto conocimiento de este punto. Fue con este propósito: para que pudiera tomar nuestro lugar, el lugar de los pobres pecadores, y pudiera representarnos. Tú ya sabes que la Palabra de Dios ha dictado sentencia, y esta Palabra no puede volverse atrás: "El alma que pecare, ésa morirá". Tú también sabes que morir, en esta frase, significa sufrir eternamente los tormentos de los perdidos. Por causa de nuestro pecado, tú y yo somos llevados a esta condenación. Tú y yo debemos sufrirla, a menos que Dios se dime aceptar la muerte de Uno que es sin pecado en lugar de la nuestra. Jesús está dispuesto; está dispuesto a sufrirlo todo por nosotros, pero ¿cómo podrá, no siendo hombre? Es menester que tomara nuestra naturaleza humana. Y así lo hizo. De modo que, cuando la Verdad y la justicia de Dios dicen: Debo tener la vida de este hombre, Jesús prontamente responde: Soy de su misma naturaleza, he aquí mi vida en vez de la suya. Notad, pues, que Cristo es la Simiente de la Mujer para que pueda dar su vida y su sangre en rescate por nosotros. Ved claramente que Jesús toma la carne del hombre para poder redimir con su muerte a todos aquellos humana, acuden y confían en El.

Así también, como hombre, Cristo obedece todos los mandamientos de Dios. Pero la justicia de tal manera adquirida no es en su propio beneficio. La ha ganado realmente que Jesús toma la carne del hombre para poder pecador se presenta a las puertas del cielo, puede exhibir como pasaporte una justicia perfecta que le ha sido dada por Jesús. No necesita nada más; pesado en la balanza de Dios no es hallado falto.

Yo repito estas verdades porque son la base de la verdadera fe. Jesús era la Simiente de la Mujer. Como nosotros, humano. Pero sin pecado. Su muerte vale por la nuestra, su justicia para nuestra justificación.

Lector, ¿eres un pobre pecador, sintiendo tu miseria a temiendo la ira eterna? Acude al que es Simiente de la Mujer. Hay perdón en él para lavar todas las iniquidades. Los fieles del antiguo mundo no le conocían por otro nombre, pero creían que Dios, a su debido tiempo, vendría y pagaría por ellos. Miraban al que había de nacer. Miraban, y nadie mira en vano.

¿Buscas una justicia que te sirva para entrar en los cielos? Está lista en el que es Simiente de la Mujer. Extiende la mano de la fe; tómalala y es tuya para siempre. 'Podo lo que tú necesitas está, en abundancia, en quien es Simiente de la Mujer. Entrégale tu vileza y toma su pureza; entrega tu pobreza y toma sus riquezas; arroja sobre Él tu nulidad y toma de Él su plenitud; entrégale tu maldición, y recibe su bendición.

¿Vacilas? ¿Temes acercarte a quien es tan grande,,ente Santo? Bien podrías temer, y temblar, si tuvieras que acercarte a Dios en su gloria. Pero éste que te llama es tu amigo, es de la Simiente de la Mujer, es de tu misma raza.

¿Sigues vacilando? Habiendo venido Jesús de tan lejos para ti, ¿no vas a dar tú ni un solo paso para acudir a Él? ¿No subirás hasta el que tan bajo descendió por amor de ti? Se te ofrece a tu misma puerta, en forma humana, ¿y no le abrirás y recibirás? Ciertamente, hay suficiente en la Simiente de la Mujer para quitar toda incredulidad, suficiente para ganar y conquistar cualquier corazón. Vemos en Cristo cómo el cielo baja a la tierra, para que la tierra pueda elevarse a los cielos. Vemos al Hijo de Dios haciéndose hombre, para que los hombres puedan ser hechos hijos de Dios. ¿No satisface esto? ¿No convence? ¿No inspira? Ciertamente, Dios no podía hacer más. El hombre, pues, no puede añadir ni una palabra más.

Cierro con esta ferviente súplica: lee estas breves líneas una y otra vez, hasta que halles la llama de la fe y tu alma se encienda de amor divino. Y entonces, sobre las rodillas postradas de gratitud, ora: Te bendigo, Padre Celestial, por la promesa que hiciste en el Edén, acerca de la Simiente de la Mujer. Te bendigo, por haberla enviado venido el cumplimiento del tiempo. Te bendigo, oh Señor Jesús, por haber venido a salvarme como la Simiente de la Mujer. Te bendigo, Espíritu Santo, por haber revelado a mi alma la Simiente de la Mujer.

5. EL QUE HIERE LA CABEZA DE LA SERPIENTE

"Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañal." GÉNESIS 3:15.

Miramos alrededor nuestro y vemos un mundo lleno de pecado. Miramos dentro de nosotros mismos y nos encontramos con corazones llenos de la misma plaga. Es un hecho terrible, y anhelantemente preguntamos cómo ha podido el mal conseguir tal dominio. Solamente la Palabra de Dios puede darnos la respuesta. Leemos allí que uno en forma de serpiente engañó a nuestros primeros padres y, cautivándolos, cambió su naturaleza.

Pero, ¿quién es esta serpiente? Más adelante aprendemos que se trata del Diablo. Se disfrazó de esta manera para poder engañar mejor. No se cierra la Biblia sin ante; dejar esta verdad fuera de dudas. Dos veces se dice: "la serpiente antigua, que es el diablo, Satán" (Apocalipsis 12:9; 20:2). La causa, pues, de que nazcamos en pecado, y vivamos en él, es el diablo.

Obtuvo primeramente el poder sobre nuestra raza mediante el engaño. Continúa este dominio engañando todavía. Su arte y sus mañas principales tienden a cegarnos tanto por lo que respecta a él como al gran Libertador. Estoy seguro de esto, pues veo a muchos cuyos días transcurren sin dedicar ni un solo pensamiento al adversario que, siempre cercano, busca su miseria. Oyen hablar del diablo, y hasta quizá ellos mismos hablan de él, pero lo hacen como si se tratara de un nombre vado, y no de un poder maligno y terriblemente eficaz. Lector, este puede quizá ser tu caso. Si es así, no dejes estas líneas. Humildemente te requiero a que prosigas la lectura que, por la gracia de Dios, puede alumbrar tu oscuridad y puede liberar tu alma cautiva.

Considera la naturaleza del diablo. Sus mismos títulos la ponen de manifiesto. Es el príncipe de este mundo, según el Evangelio de Juan 12:31. Su imperio es mundial. Todos los millones nacidos de nuestra raza humana, sin una sola excepción, vinieron al mundo como sus esclavos. Nacieron a la vida con estas cadenas alrededor de sus manos, y con el trono del maligno erigido en sus corazones. Pueden obtener la libertad por sí mismos? No. Sus guardianes son demasiados y sus grilletes demasiado fuertes. Pero, ¿es que acaso desean la libertad? No. Al contrario, son servidores del Maligno por su propia voluntad. Jesús afirma: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y las obras de vuestro padre hacéis" (Juan 8:44).

Es el dios de este mundo (II Corintios 4:4). Levanta los ídolos de la fama, el placer o el dinero, y los hombres se inclinan y los adoran. Abre sus templos y los adorna con toda suerte de ornamentos, y allí ministra la halagadora copa del error, y las multitudes acuden para aprender su credo.

Es el dirigente de innumerables ejércitos. No hay un solo lugar en el mundo, ni un solo hogar, que él no haya visitado. ¿Queremos huir? NOS acorrالا. ¿Buscamos la soledad? Nos sigue. En las cortes de Dios, y en las asambleas de las multitudes, sus vasallos hormigean alrededor nuestro. Leemos de alguien que estaba invadido por una legión de ellos. ¡Cuán vasto debe ser, pues, todo el ejército en conjunto! En un sentido podemos decir que la ubicuidad le pertenece, ya que no hay sitio en que no se halle algún emisario suyo. También podemos decir

que tiene omnisciencia, porque nada ocurre sin que algún oído suyo se entere. Observa todas nuestras acciones; escucha todas nuestras palabras.

Es espíritu (Efesios 2:2). Tiene por consiguiente fácil acceso a los secretos lugares del corazón. Puede plantar la semilla de toda maldad en nuestra mente. Aun cuando cerremos las puertas de nuestros sentidos, aún así halla una entrada, y ensucia nuestros pensamientos tornando hasta la misma imaginación tan vil como él.

Entró en judas Iscariote (Lucas 22:3). Llenó el corazón de Ananías (Hechos 5:3). Querido lector, ¿no se ha albergado a menudo en tu alma? Piensa, pues, si no tienes tú también parte entre sus huestes.

Es tan ingenioso como fuerte. Raras veces son descubiertos sus verdaderos propósitos, hasta que el cebo ha atrapado sus presas. Sus trampas son apenas vislumbradas hasta que nos encontramos enredados en su maraña. La fosa se extiende invisible a nuestros pies hasta que hemos caído dentro de ella. Ha estado ocupado en el mismo empleo desde hace miles de años. Por consiguiente, sabe ya cómo manejar sus armas; ha adquirido experiencia. Estudia cuidadosamente nuestros temperamentos. Y así como nosotros sabemos muy poco acerca de nosotros mismos, él nos conoce perfectamente bien. Ve nuestro punto flaco, espera la hora oportuna y tiende cautelosamente la red.

Poco pensaba Giezi que la visita de Naamán sería la trampa del tentador. Poco pensaba Ezequías que la embajada de Babilonia desenmascararía su vanagloria. Pedro es lanzado a la cobarde culpabilidad de su negación por la pregunta de una sirvienta. Lector, vigila siempre, ora siempre, si quieres escapar a la tentación.

Cuadro muy sombrío es éste. ¿Quién puede verlo sin temblar? Pero, con todo, y por más sombrío que pueda parecer, no es más que un pálido reflejo de lo que realmente es el poderoso y cruel enemigo de nuestras almas.

Presta atención ahora a las nuevas que he de proclamar. Aunque el diablo es fuerte, hay uno que es más fuerte que él. Aunque es grande, hay uno todavía más grande que él. Aunque es poderoso, hay todavía uno más poderoso que él, el Omnipotente. Aunque es listo, hay uno que es Omnisciente. Aunque es el cautivador, ha sido hecho cautivo. Aunque es el esclavizador, ha sido hecho esclavo. Aunque forja cadenas, él mismo ha sido encadenado. Aunque es conquistador, él mismo ha sido conquistado. Pues el bendito Señor Jesucristo vino como Conquistador, Libertador, Redentor y Salvador. Vence al diablo, y da libertad, redención, salvación a todos los hijos de los hombres que se acogen al estandarte de su victoria.

Lector, quizá tienes un espíritu ansioso y no desconoces muchos temblores al pensar en la suerte que te espera si pereces en manos del Maligno. Pides, solícito, pruebas de que Jesús haya aplastado el poder de este tirano. Gracias a Dios, y a su gracia, porque las pruebas son abundantes.

Escucha la voz de Dios en el Edén: "Ésta -la Simiente de la Mujer, o sea, el Señor Jesús- te herirá en la cabeza". ¿No sabía Dios lo que iba a ocurrir? Ciertamente que lo sabía. ¿Hablará Dios y no se cumplirán sus palabras? Imposible. Este hecho es, pues, cierto: la cabeza de la serpiente debe ser herida por Jesús. Toma aliento y ánimate. Apenas había sido arruinado el hombre, cuando el que le arruinó a él fue condenado a perpetua ruina. El gozo salvaje de tener encadenada a toda la Creación fue pronto convertido en rabia desesperada. Su éxito se trocó en

desesperación. Huyó del jardín, después de haber apartado su pie del cuello del hombre, con el constante eco de la voz de Dios en sus oídos: "Te herirá en la cabeza".

Tal fue la segura sentencia de Dios. Tomemos ahora un ejemplo que demuestra cómo el poder de Satán está en realidad por debajo de otro poder.

Ya conoces la historia de Abel. Vino al mundo como ser caído, igual que nosotros. Odiado por Satán, como nosotros. Expuesto a todas sus maquinaciones, como nosotros. Pero confió en la Simiente prometida para su salvación. Satán no pudo nada contra él. Su temprana muerte, en manos de un asesino, lo llevó, no al reino de las tinieblas, sino al reino de Dios. De modo que la primera alma que dejó su cuerpo mortal en la tierra, demostró que Jesús podía arrebatar al diablo sus presas.

Conoces también la historia de Enoc. Era un hombre igual que nosotros, de la misma naturaleza: nacido en corrupción. No podéis dudar que Satán lanzó sobre él sus flechas. Pero su alma no recibió ninguna herida fatal. Fue guardado por la fe en el Salvador que había de venir. Por su fe en la promesa divina, ancló con Dios. Por fe subió a los cielos. Otra joya en la corona del Conquistador.

Y del mismo modo, todos los santos hombres del mundo antiguo hallaron cobijo y seguridad bajo las alas del prometido Conquistador. Bastó una promesa para convencerles, y a ella entregaron sus vidas. ¡Cuántos y cuán bellos testimonios de liberación! ¡Que sus enseñanzas legadas a nosotros no sean en vano!

Pero, en la plenitud de los tiempos, aparece el Conquistador en forma humana. Satán lo conoce muy bien. Oyó la voz del cielo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." Hace un desesperado intento para hacerse dueño de la situación. El bendito Salvador sabe hacer frente al conflicto. Se le dan al adversario todas las ventajas de las circunstancias externas. Saca de su aljaba sus mejores y más probados dardos. Prepara su fuerza y entrena su habilidad. Su imperio depende de aquella oportunidad. El infierno hace cuanto puede. Pero todo es en vano. Cada embate se estrella impotente ante la Palabra del Señor. El Diablo debe abandonar el campo de batalla humillado y abatido. Se halla atado por la cadena de palabras que resuenan en sus oídos: "Te herirá en la cabeza."

Hace todavía un esfuerzo final. Incita a hombres impíos a que prendan y claven sobre la cruz al bendito Salvador. Cuando Aquel que es la profetizada Simiente de la mujer inclina su cabeza y expira sobre la cruz del Gólgota, el Enemigo parece haber triunfado. Pero el final del combate muestra de qué lado está realmente la victoria. Si Satán es el más fuerte, que retenga a Cristo en la tumba; que la cárcel detenga a su prisionero. Pero no puede. Jesús quebranta las puertas; se levanta de entre los muertos; se muestra vivo; y asciende triunfal a los cielos. Así que la victoria es ganada para siempre. El destructor queda destrozado para siempre bajo los pies de Jesús. Y cuando el Señor mismo descienda otra vez de los cielos con poder y gran gloria, el Diablo será echado en el lago de fuego y azufre y será atormentado día y noche para siempre jamás (Apocalipsis 20:10). Hay un fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41). Estaba profetizado: "Te herirá en la cabeza".

La cosa queda clara. Dios es veraz. Jesús es el Conquistador. El Goliath del infierno ha sido vencido.

Lector, se ha luchado esta batalla y se ha ganado esta victoria para que pobres pecadores puedan ser salvos. Que el Espíritu Santo te ayude a buscar tu torre de seguridad y hallar refugio

en ella. Satán no hace más que odiarte; su nombre sólo ya es odio, del mismo modo que Dios es amor; el diablo quiere tenerte en sus garras, para zarandearte como trigo. Pero si eres hallado en Jesús estas mucho más allá de su alcance. Atacará. Luchará. Intrigará. Pero Jesús será tu escudo.

Estudia las narraciones de la Palabra de Dios. Es la historia de la larga guerra entre los hijos de luz y el "poder de las tinieblas". Verás cómo Satán ha probado trabajar con todas las armas del arsenal del infierno. No tiene ya otras en reserva. Pero todas han fallado. No puede herir más que el calcañal, la planta de los pies. La cabeza está a salvo con Cristo en Dios. Considera, asimismo, cómo una mano más poderosa guía sus propias embestidas contra él mismo. El mismo reino satánico es el que resulta perjudicado de los ataques del Maligno. Persigue a los primitivos cristianos, y la verdad se extiende rápidamente por todo el mundo. Echa a Pablo en el calabozo de Filipos, y el carcelero se convierte junto con toda su casa. Lo envía prisionero a Roma, y sus cartas parece que tengan alas para enseñar y confortar, no sólo a su época, sino a todas las edades de la Iglesia.

No temas, pues, creyente. La maldición pesa sobre tu adversario. El polvo es su alimento. No puede arrebatarte las joyas de la corona de Cristo.

Podrá tentarte con muchas cosas atractivas para los sentidos, pero mira a la cruz, y todo se desvanecerá. Te infundirá pavor con rugidos como de león, pero encárate a él y muéstrale las heridas del Cordero y huirá. Ante el trono del juicio se presentará para acusarte, pero si has sido lavado con la sangre de Jesús, no podrá hallar nada contra ti, ni podrá exigir nada de ti, pues no le perteneces. Está seguro: si estás unido a Cristo por la fe, el triunfo completo es tuyo y "el Dios de paz herirá pronto a Satán bajo tus mismos pies." Si éste es tu caso, levanta tu cabeza con gozo y canta la canción santa: "Tu diestra, oh Jehová, ha sido magnificada en poder; tu diestra, oh Jehová, ha quebrantado al enemigo. Y con la grandeza de tu poder has derribado a los que se levantaron contra ti. Enviaste tu ira; los consumió como a hojarasca" (Éxodo 15:6, 7).

6. LA VESTIMENTA DE LOS CULPABLES

"Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió." GÉNESIS 3:21.

Existe un Dios y un acceso hasta su sonrisa. Existe un cielo y una puerta para llegar a él. El Salvador que había de venir, y que ya vino, son un solo Cristo. La fe de Abel y la de Juan el Bautista miraban al mismo Cristo. No predicó Noé una justificación y Pablo otra. Los patriarcas no se regocijaron en una esperanza y los apóstoles en otra. Desde el principio al fin, todos los peregrinos del Monte Sión se apoyaron en un mismo brazo. Todos los viajeros que cruzan el mar de la vida, camino del descanso eterno, son guiados por la misma brújula.

Cuán importante es, pues, para nosotros pensar lo siguiente: ¿Hemos escapado de los múltiples caminos tortuosos que llevan a la destrucción? ¿Viajamos seguros por la única vereda que conduce a la vida?

Cristo Jesús es este único camino.

Los rayos de su amor redentor brillaron tan pronto como hubo un pecador que iluminar. El jardín del Edén fue testigo del sombrío espectáculo de la inocencia destruida; pero fue también testigo de algo más que la mera inocencia restaurada. Los padres de nuestra raza no fueron expulsados al salvaje desierto de la tierra sin una promesa alentadora, sin un fuerte consuelo, sin una preciosa perspectiva y sin una imagen clara de plena restauración. El camino de regreso al cielo les fue trazado en un mapa muy claro. Sobre el mismo estaba representado, con vivos colores, el Señor Jesús.

Hasta los vestidos que les fueron hechos, y les fueron puestos, les predicaban el Evangelio. Considera la situación. Estaban conscientes de su propia vergüenza y se ruborizaban de la misma luz del día. En su turbación trataron de ocultarse. Idearon lo que más bien eran sombras de vestidos; no podían humanamente hacer más. ¡Cuán endebles, cuán harapientos y cuán andrajosos aquellos ropajes! Pero Dios, por su misericordia, vino en su ayuda. Suplió toda su necesidad, hizo "túnicas de pieles y los vistió".

Tal vez hasta aquí no hayas visto nada en estas prendas, a no ser calor para el cuerpo y protección contra la intemperie. Pero puedes estar seguro de que el significado es mucho más amplio. Es espiritual. Nos habla del ropaje de justicia que Dios ha provisto para adornar y hermosear nuestra alma desnuda. ¡Quiera el Señor mostrarnos, por su Espíritu, esta maravilla!

Recibimos más luz sobre el particular si examinamos la materia de la cual fueron hechas las vestimentas. No eran hojas puestas juntas, ni fibras entretejidas, ni raíces trenzadas. Eran pieles de animales muertos. La muerte, pues, había empezado su obra desoladora en el jardín. Pero, ¿cómo se acercó a sus primeras víctimas? No con el paso lento del decaimiento gradual. Era la mañana de la existencia. El tiempo estaba en su infancia. Los desperdicios de las épocas estaban todavía muy lejanos. Estas bestias del campo deben haber caído por mano de la violencia.

Pero, ¿por qué? No para proveer al hombre de comida. Antes del diluvio, los vegetales tan solo bastaban para nutrición. Fue Noé el primero en oír la concesión más amplia: "Todo lo que

se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os "he dado todo" (Génesis 9:3). Aquellos animales fueron muertos, pues, con otros propósitos.

No hubo propósitos impíos, pues Dios no miró con agrado aquella muerte. Testifica de ello usando las pieles. Si, pues, murieron de acuerdo con la voluntad de Dios, queda solamente una conclusión lógica: fueron ofrecidos en sacrificio. Así representaron al Cordero "ordenado desde antes de la fundación del mundo". De ahí: aprendemos que hubo víctimas que derramaron su sangre *en* el Edén. ¡En efecto! La primera gota de sangre que ensució la tierra, y el primer gemido mortal, proclamaron los términos más inteligibles que "la paga del pecado es muerte" y que "sin derramamiento de sangre no hay remisión". La doctrina de estos ritos es la doctrina de la cruz.

No hay dudas en cuanto a las pieles que suministraron las primeras prendas de vestir al hombre. Fueron tomadas de las ofrendas por el pecado. Así que, para la visión de fe, cada sacrificio es el signo doble de la salvación plena. Cada altar proyecta una sombra, no solamente de la sangre que nos libra del infierno, sino también de la justicia que nos gana el cielo.

Tal es el cuadro. Admirable por su simplicidad. Mas, quién puede expresar la amplitud y la profundidad de verdad que encierra. Una verdad que es la misma llave del cielo y el alimento del alma. Hasta que aprendamos esto, nos encontraremos en la antesala del Evangelio. ¿No querréis, vosotros, acercaros conmigo e indagar, y buscar el pleno consuelo del conocimiento perfecto?

No puedo dudar que vuestro más grande deseo es entrar alas gozosas mansiones de los benditos una vez que esta breve vida haya pasado. Pero, ¿tenéis vosotros el ropaje adecuado para tal ocasión? Estar en el cielo es estar con Dios. Todo allí es hermoso. Todos brillan con pureza. Todos tienen la blancura de la perfección inmaculada. La mirada de Dios descansa sobre ellos con deleite. No halla defecto ni reproche en ellos. Los considera dignos de sentarse en tronos de gloria. Mas, ¿cómo han obtenido tales vestimentas? NO puede ser obra de hombres. Las manos manchadas únicamente pueden lograr suciedad. "Somos como pedazos de inmundicia". Está claro que si pudiéramos morar allí donde sólo la justicia reina sería porque traeríamos con nosotros a la misma justicia. Igualmente cierto es que podríamos hacernos fácilmente dioses, si consiguiéramos vestirnos con ropas inmaculadas. ¿Quién, entonces, puede ataviarnos para que seamos hallados dignos?

Nuestro razonamiento nos lleva a las buenas nuevas del glorioso Evangelio. Todo se ha provisto en el Salvador Jesucristo. La justicia que necesitamos, y que nos es ofrecida, es su misma obediencia. Él hace por nosotros lo que nosotros nunca hubiéramos podido hacer. En Él nos convertimos en lo que nunca hubiéramos sido sin Él. Él obra una dignidad infinita, a fin de poder ser para nosotros todo lo que su nombre implica "Jehová justicia nuestra."

¡Cuán precioso es este pozo de verdad! Saquemos de él refresco más profundo en gratitud y fe. He aquí, una y otra vez, el hecho glorioso. Uno, hecho de mujer, ha pasado por la vida humana sin apartarse ni una sola vez del camino de Dios. La tierra ha visto a un Hombre tan puro como Dios, tan santo como Dios, tan perfecto como Dios, tan impecable como Dios. Corrió toda la senda de la ley sin desviarse un solo paso. Con fuertes alas se remontó y las alturas, y no vaciló ni flaqueó. El ojo escudriñador de Dios siempre sobre él, no pudo hallar ni por una sola vez la ausencia del amor celestial en su pensamiento, en su palabra ni en sus hechos. El suelo, a menudo, fue resbaladizo, pero él nunca resbaló. Permaneció erguido delante de Dios, sosteniendo con sus manos una plena y perfecta obediencia, realizada y completada hasta el

último detalle. Y todo esto fue por nosotros. Lo trajo para dárnoslo; y lo ofrece a todo pecador desnudo que, por la fe, corre a cobijarse.

Lector, acaso te preguntes: ¿Me confirma el Señor con sus palabras esas nuevas? Si, Él las confirma. Escucha sus palabras: "La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él" (Romanos 3:22). Confía completamente en estas palabras y para ti la paz perfecta. Es para todos, como pago a su favor en el libro de contabilidad. Así que, cuando Dios cuenta, al lado del creyente, y exige el cumplimiento de la ley, he aquí que aparece a favor del pobre pecador una obediencia inmensa que cumple las más pequeñas exigencias de la misma. Es el obsequio de la mano de Cristo. Dios ni desea ni puede recibir más. Así que es sobre todos, para todos los que creen. Por consiguiente, cuando el creyente llama a las puertas del cielo, lo hace vestido con el ropaje celestial: la justicia de Cristo le cubre. ¿Qué más puede exigírsele? Aparece tan brillante y glorioso como Dios mismo.

Desearía que hallaras satisfacción en este punto. Y con este deseo os ruego que consideréis otro pasaje de la Escritura: "Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él" (II Corintios 5:21). ¡Bendito el hombre en cuyo corazón calan hondo estas verdades! Le son más preciosas que diez mil mundos. ¿No nos dicen ellas que nosotros, que no somos mas que vileza, si solamente estamos unidos a Cristo somos hechos justicia de Dios? Que se nos considerara justos sería ya mucho. Pero mucho más es que se nos considere justicia de Dios. Gozaos en tan grande consolación. El creyente humilde hace eco a las palabras de la Escritura cuando dice: En Cristo soy hecho justicia de Dios.

Es manifiestamente la voluntad de Dios que esta provisión por el alma estuviera siempre presente ante nuestros ojos adoradores. Resultando así que el objeto más familiar a nuestros sentidos, aquel con el que cubrimos el cuerpo, está planeado para tal fin. Estudia esta lección. Es comprensible a toda inteligencia. Es tan clara para el ignorante como para el letrado.

Hallo, sin embargo, que las sombras terrenas no aciertan a describir las realidades celestes; es como la criatura que comparada al Creador no es nada.

Admiramos el ropaje de la inocencia de Adán. Puro y delicado, pero era humano. No así esta vestimenta. El Dios-hombre, Jesús, es su autor. Pronto fue mancillado el vestido de Adán, pronto se echó a perder. Lo tocó Satán, y se deshizo. Pero la nueva vestimenta está guardada en lo alto de los cielos; y el destructor no la puede alcanzar. Las pieles traídas a Adán pronto se harían viejas y se estropearían. La nueva vestimenta es justicia sempiterna (Daniel 9:24). Una edad sigue a otra edad, pero ella no ve corrupción; su novedad es siempre joven. Los vestidos terrenos son a veces de impresionante esplendor. Pero, aun las mismas vestiduras regias de Salomón, ¿qué serían junto al ropaje celestial? Pálidos trapos, como la más débil estrella colocada frente a los rayos del sol al mediodía.

Me detengo aquí, creyendo que la eternidad no acabará con las alabanzas por este vestido. Y no habré escrito en vano si estas breves palabras hacen más preciosos a alguna alma los preciosos vestidos de la justicia divina.

Lector, ¿quieres tú vestirte de ellos? Pide, y se te darán. Busca con fe sincera y serán tuyos. El hijo pródigo vuelve y el padre le dice: "Traed el mejor vestido y ponédsele" (Lucas 15:22). Acude contrito el pecador y las mejores galas de los cielos le son colocadas encima. Sé,

pues, sabio y escucha la voz que desde arriba te dice: Os aconsejo que adquiráis de mi vestiduras blancas, para vestiros con propiedad.

¿Qué más puedes desear? La dignidad de Cristo para nuestra indignidad. Su impecabilidad para nuestra pecaminosidad. Su pureza para nuestra impureza. Su belleza para nuestra deformidad. Su sinceridad para nuestra hipocresía. Su verdad para nuestra falsedad. Su humildad para nuestro orgullo. Su constancia para nuestra apostasía. Su amor para nuestro odio. En una palabra, su plenitud para nuestro vacío; su gloria para nuestra vergüenza, y su justicia por nuestras muchas injusticias.

Feliz el hombre que contesta: ¡Me escondo en ti, Bendito Jesús! Te recibo tal como Dios te hizo para mí, como mi justicia. Esta alma canta dulcemente: "Me regocijo grandemente en el Salvador, mi alma se siente gozosa en mi Dios, porque me ha vestido con las vestimentas de la salvación, y me ha cubierto con el ropaje de la justicia" (Isaías 61:10). Añadiendo humildemente la nota triunfal: "Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (II Timoteo 4:8).

7. EL SACRIFICIO MÁS EXCELENTE

"Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda.» GÉNESIS 4:4.

Han pasado muchos años desde que la tierra embebió la sangre de Abel. La suya fue la primera de las tumbas. Pero no ha quedado en silencio. Su fe ha adquirido una voz eterna. El tiempo no puede acallar su eco de admonición solemne. "Y muerto, aún habla por ella" (Hebreos 11:4).

Esto es lo que nos narra el cielo. Seguramente debe haber mucho de gran valor en este testimonio, cuando resuena de edad en edad. Sus temas deben ser de gran importancia. Lo son, nada puede comparárseles: proclaman al Señor Jesucristo.

Este es el propósito de su llamamiento a todos los hijos de los hombres: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". Confía en su sangre. No presentes otra cosa delante de Dios mas que su muerte expiatoria. Haz de su cruz tu única esperanza.

Lector, quizá tú no has encontrado nunca todo este Evangelio en la breve vida de Abel. Pero allí está. Abre su sentido conmigo; y hagámoslo en humilde oración, para que el Espíritu pueda enseñarnos según su gracia. Porque sin su ayuda, nadie verá al Señor.

Abel se presenta delante de nosotros con el noble carácter de uno cuyo espíritu se regocija en Dios su Salvador. Ésta es la característica prominente de este cuadro. Escoge el primogénito de su rebaño. Lo presenta como ofrenda. Lo coloca sobre el altar. Levanta su cuchillo. Y quita la vida, como una deuda debida, a Dios.

Ésta es su actitud y conducta. Pero, ¿qué le movió a prestar esta adoración? Debía tener algún gran propósito. Indaguemos.

¿Le había convencido la razón de que era pecador? ¿Comprendió por ello que su propia vida estaba perdida? ¿Albergaba la esperanza de que podría recobrase dando otra vida en su lugar? Tuvo la idea de que una víctima sin mácula podía ser la liberación de un alma condenada? No podía ser eso. La ceguera del pecador no ve nunca el verdadero desierto que representa el pecado; mucho menos puede imaginar una propiciación a base de sangre. Dios tiene que hallarse en este pensamiento.

Mientras así indagamos, la Escritura levanta el velo y nos expone el principio que vivía en el alma de Abel. Era la fe. "Por fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín" (Hebreos 11:4). Esto aclara la cuestión. Porque fe es confianza en Dios y humilde dependencia de su Palabra. Dios habla; la fe escucha, cree y obedece. La fe es algo que se respira solamente en la atmósfera de la Revelación. Se sostiene únicamente en la roca de las divinas promesas. Sólo tiene oídos para las nuevas celestiales. No sabe leer otra cosa aparte de lo que el dedo de Dios escribe. Siempre está presta para dar la razón decisiva: "El Señor lo ha dicho".

Estamos seguros, pues, de que toda vez que Abel ofreció su ofrenda con fe, estaba siguiendo las direcciones positivas de Dios. Somos conducidos así a vislumbrar muchos de los trabajos de su alma en este culto que rindió al Señor. No puede ser de otra manera: sus padres le

hartan saber, en términos que traducirían su vergüenza, la enormidad de su caída. De ahí que supiera lo ocurrido, que supiera que él mismo era un hijo de ira y heredero de una naturaleza corrupta. Pero, ¿se detuvieron aquí sus padres? ¡Oh, no! En actitud de adoración agradecida, le contarían además que había sido prometido el perdón y que un Redentor sería provisto, un Redentor plenamente cualificado y poderoso para salvar, el cual ofrecería su vida en expiación. Le enseñaría también que había sido ordenado un rito por Dios mismo y mediante el cual podría ejercer su fe y mantener viva la expectación del Cordero salvador.

Esta era la Biblia de Abel. Así leía él las principales lecciones del Evangelio de la salvación. No vaciló en la incredulidad. Abrazó completamente la verdad para vida eterna. En el alba del mundo, vio el Sol de justicia.

Lector, ¿no acarrea esto mismo la condenación a las multitudes que, inmersas en el mismo resplandor de la luz, nunca consiguen la fe salvadora?

Obtengamos así una visión de la intimidad espiritual de Abel. Allí, en aquel altar, está este hombre humilde, con fe y amor.

Tiene pleno sentido de su nulidad. Se humilla en el polvo y la ceniza. Su actitud confiesa que se ve perdido y arruinado. Que es un pecador. Comprende que su remuneración ha de ser la eterna ausencia de Dios. Se da cuenta de que no tiene poder en sí mismo para ayudarse.

Pero está lleno de fe. Al no mirar más a sí mismo dirige su vista a otro. Sabe que en los cielos de los cielos vive un Salvador listo para descender con sanidad en sus alas. En la sangre de su víctima ve una prenda segura de la sangre preparada para limpiarle hasta los más íntimos pliegues de su alma.

Abel está lleno también de amor santificador. Porque ningún hombre puede confiar en gracia tan plena, tan inmerecida, tan necesaria, tan efectiva, sin sentir que al ser perdonado de tal modo de la perdición de se debe vivir una vida de sacrificio voluntario para su Dios misericordioso.

En aquel tiempo había alguien más al lado de Abel. Si bien un gran abismo los separaba. Era su hermano Caín. Él también había nacido con igual culpabilidad. Sin duda, compartía la misma instrucción paterna. En lo que respecta a ventajas externas no había diferencia. Pero, ¿era el mismo su carácter espiritual? En absoluto. La verdad que moldea al uno, solamente endurece al otro. Uno recibe la bendición. El otro se abate bajo la maldición. Sus caminos para con Dios los ponen de manifiesto.

Es un panorama triste. Pero no debemos desviar nuestra atención. Veamos cómo Caín se descubre a sí mismo. Parece que acude a Dios. Esto es bueno. Pero, ¿qué trae? "El fruto de la tierra". A primera vista, parece que todo está en regla. Pero el disfraz cae, y vemos las odiosas señales que prueban que "era malvado".

Descubrimos el "yo" en la misma raíz de la religión de Caín. Dios ha ordenado la manera como tiene que ser invocado. Caín piensa que puede seguir un camino más de acuerdo con la majestad de los cielos y la dignidad del hombre. Coloca su mezquina razón por encima de los consejos del Omnipotente. Se aparta de la voluntad revelada para palpar en la oscuridad de sus propios planes.

¿No es éste un caso lamentable, lector? Sin embargo, es el engaño en que caen muchos. "Profesando ser sabios, se hicieron fatuos." El "yo", la voluntad propia del hombre, hace primeramente un dios, luego una religión y finalmente cava una fosa para su propia destrucción.

Vemos en segundo lugar el orgullo de Caín. Así ha de ser, pues suele ser el primogénito de la razón no iluminada. La creación ha hecho salir al hombre del polvo. El pecado lo convierte en el más vil polvo. Pero, aún así, sigue andando orgullosamente, lleno de vanagloria, hasta que la gracia abre sus ojos y lo vuelve al lugar más bajo de su propia natural humildad. Así ocurrió con Caín. No siente ni el pecado ni la necesidad de perdón. Por consiguiente, con orgullo pisotea una ofrenda que le habla de la corrupción de la naturaleza. Altivo, no quiere lavarse en la sangre del Redentor, para purificarse. De modo que viene a ser el modelo de esta clase de personas que, en todo tiempo, dicen: "Somos ricos, no tenemos necesidad de nada; y no saben que son unos miserables, unos pobres y ciegos y desnudos".

Había incredulidad también en la actitud de Caín. Dios había expuesto claramente la redención por Jesucristo. Había sido prometido por medio de promesas y tipos. ¿Qué más podía hacer? Pero Caín no cree. La incredulidad cierra sus ojos; no desea mirar a Jesús. Cierra su mano, no quiere apoyarse en Él. Cierra su boca; no anhela clamar a Él. Cierra su corazón; no lo abrirá nunca a Él.

¿Os maravilláis de su locura? ¡Tened cuidado! La conciencia puede deciros: "Tú mismo eres este hombre".

El final se nos describe rápidamente. Lo malo se vuelve pronto peor. La incredulidad se desliza veloz por la pendiente hasta llegar allí donde el Evangelio nunca es predicado y no hay esperanza. Dios alterca. Caín no se somete. Ve la justicia que es por la fe, solamente para odiarla más.

Mediante el asesinato de su propio hermano piadoso, busca apagar la luz que todavía brilla sobre él. Se hunde en la desesperación. Y desde sus prisiones eternas clama: "Ve con cuidado y no rechaces el más excelente sacrificio".

Lector, puede ser que, cuidadoso de muchas cosas, hayas sido sin embargo descuidado en lo que debería ser el principal cuidado del hombre. Escucha por unos momentos. Te lo ruego. ¿No oyes una voz que te formula una pregunta basada en esta narración bíblica? Una voz que te dice: ¿Eres de Abel o de Caín? En términos más sencillos: ¿Recibes o rechazas al Señor Jesús? ¿Fíjate que digo al Señor Jesús. Viste es el punto importante. Él fue el fin del "más excelente sacrificio" que Abel trajo y que Caín desechó. Cristo es el Cordero señalado por Dios, aceptado por Dios y llevado hasta nuestra misma puerta por medio de nuestras Biblias.

¿Quién puede apreciar en todo su profundo valor, los poderosos motivos que impulsan al pecador para apropiarse este sacrificio? Son más numerosos que ices momentos de la eternidad. Cada uno habla más alto que los truenos del Sinaí. Cada uno tiene clamor estremecedor, como la trompeta de Dios.

Considera solamente su poder real. Es éste: Salva eternamente a todas las almas de todos los pobres pecadores que lo presentan a Dios por la fe. ¿No es preciosa tu alma? Más allá de todo pensamiento. Necesita redención de la ira y de la ruina. ¿Estás preparado para ofrecer su valor equivalente? Imagínate que las balanzas de los cielos hicieran la prueba. ¿Qué podrías presentar como contrapartida en el otro platillo de la balanza? No tienes nada, lo que tienes es más ligero

que la vanidad. Pon ahora el "más excelente sacrificio". Su valor está por encima de todo precio. Ofrecelo y eres salvo. ¿Serás como Caín y rechazarás "el más excelente sacrificio"?

Son muchos tus pecados. La arena del mar es poca en comparación. Pero cada uno de ellos ha de ser borrado, o perecerás eternamente. Un pecado no perdonado no puede entrar en el Reino de los cielos. ¿Qué harás entonces? Una cosa es clara: No puedes hacer nada. No puede; deshacer el pasado. Pero he aquí "el sacrificio más excelente". Limpia de todo pecado. Por él, toda clase de pecados son perdonados a los hijos de los hombres. Torna lo escarlata tan blanco como la nieve, y lo marque sí como la blanca lana. Cambia lo más vil en perfecta pureza. Sus méritos pueden hacerte a ti sin mácula. ¿Queurrás ser tú como Caín y rechazar "el más excelente sacrificio"?

Tú necesitas paz. Satanás aturde. La ley te condena. La conciencia te acusa. Tus heridas son profundas. Tus cargas pesadas. Tu memoria trae ante ti horribles espectros. El corazón se derrite. Andas taciturno y pesado. Te miras a ti mismo y te desesperas. Miras el mundo y se burla de tu problema. Buscas una reforma y resulta una cisterna rota. Vuelas hacia los actos externos de la religión y son como cañas, te apoyas en ellas y te hieres las manos. ¡Cuán distinto es el "sacrificio más excelente"! Nos habla de que Dios está satisfecho, el pecado remitido, y todos los acusadores enmudecidos. Trae paz, perfecta paz, que sobrepasa todo entendimiento. ¿Serás como Caín y rechazarás el "más excelente sacrificio"?

Deseas santificación. Anhelas ser conformado a la imagen de Cristo. Esto está bien, porque es eterna ley de Dios que sin santidad nadie le verá. Pero la ¿santidad tan sólo puede aprenderse en ese altar. Es la visión del Cristo muriendo por nosotros lo que mata nuestra concupiscencia. Es la sombra de la cruz lo que hace temblar al enemigo. Un amador de la iniquidad no puede morar en la gloria. Pero no hubo jamás un hombre santo que no viviese en la gloria, al apoyarse en "el más excelente sacrificio". Si deseas andar con Dios en verdadera justicia, no debes ser como Caín que rechazó "el sacrificio más excelente".

Pero recuerda que este sacrificio es único. Se realizó una sola vez. Jesús, por la ofrenda de sí mismo, hecha una sola vez, "perfeccionó para siempre a los santificados". Descúidalo, y no lo podrás hallar en ninguna otra parte. Descúidalo hoy, y tal vez mañana lo buscarás en vano. Escucha, pues, la voz de Abel que te llama sin descanso para que te apresures a acudir al altar de tu salvación.

Lector, no dejes estas líneas sin antes decir en verdad: Me gozo verdaderamente en el Señor Jesucristo, y Él es para mí "el más excelente sacrificio".

8. LA CONSOLACION

"*Éste nos aliviará...*" GÉNESIS 5:29.

Así nos habla el patriarca Lamec. Ésta es su exclamación de gozo al recibir a su primogénito Noé. Él solo trabajaba aquella tierra endurecida por la maldición, la cual únicamente producía cardos y espinos. Pero ahora se le da un hijo para que comparta los sinsabores de su labor diaria, y, animado por esta esperanza, le llama Noé, que significa descanso o alivio.

Lector, en estas páginas sólo se busca una cosa: el máximo bienestar de las almas imperecedera, y, por esta razón, no voy a examinar la posibilidad de que este nombre haya sido dado como un rayo anunciador del Salvador que había de venir. Prefiero ir en busca de realidades. Prefiero indagar las buenas nuevas que relucen en el Evangelio.

En primer lugar debo afirmar una realidad que es tan antigua como la caída, y tan extendida como la humanidad; la siguiente: Un mundo pecador es, por necesidad, un mundo de lágrimas. Dondequiera que estemos, nuestra sombra es la aflicción. Fue así antes de: diluvio y lo sigue siendo ahora. En todos los ambientes y categorías la mente está exhausta y el corazón enfermo.

A continuación declaro una verdad que vino, como una hermana gemela, con la primera promesa. Es ésta: Tenemos una consolación. Dios ha enviado a Cristo Jesús del seno de su amor para ser la Consolación de este mundo maldito.

Mi ardiente *deseo sería* que este conocimiento celestial derramase, más abundantemente, su bálsamo reparador. Gimo porque los hombres beben las heces de la amargura, teniendo torrentes de sanidad que fluyen veloces por su lado. Permitidme, pues, que os invite a que entréis conmigo, por unos instantes, a los recintos de la pesadumbre terrenal. Allí os mostraré que Jesús es como una almohada para la mente febril, un reconstituyente para el espíritu débil, una tabla para el naufrago, un descanso para el atormentado.

Apenas es necesario decir que el corazón de la miseria es la miseria del corazón, y que el alma de la, angustia es la angustia del alma. Pero, ¿dónde reside este sufrimiento intenso? Con toda certeza, en el pecho de aquel cuya conciencia está despierta para discernir la naturaleza, la maldad y la retribución de sus pecados. Su propio engaño se convierte en un lecho de espinos. A sus ojos, Dios aparece enojado en Su terrible justicia. La ley retumba en sus oídos con una maldición espantosa. Si quiere avanzar se encuentra al borde del infierno, y no se atreve a moverse pues el próximo paso puede precipitarle en las llamas; y tampoco quiere dormir por temor a despertarse entre los condenados.

¿De dónde puede venirle el consuelo a un alma atormentada de este modo? De la tierra no puede surgir porque ¡cuán pobres son los encantos que el mundo ofrece! El mundo no posee nada excepto para un hombre cegado por el pecado. Cuando las cosas se ven como son en realidad, todos los caprichos terrenos vienen a ser como burbujas vacías. Para que el alivio tenga valor ahora, debe venir del cielo. Todo es una burla si no me habla de la reconciliación con Dios, del perdón del pecado, de la salvación del alma. Sólo Jesús puede sacarla de esas profundidades

terribles y guiar al alma temblorosa hasta Su cruz. Allí le revelará al Padre celestial revestido con las glorias de Su amor eterno. Su propia agonía constituye la muerte de la ira divina. Él puede mostrar la espada justiciera enfundada en Su propio corazón, las llamas vengadoras extinguidas con Su propia sangre, la mano que antes se alzaba para castigar extendiéndose vara bendecir. El infierno cargado sobre el Inocente, y el cielo dado gratuitamente a los culpables.

¿No es esto consolación? Lo es, ciertamente, y la derrama por sus manos taladradas y su costado abierto. ¿No es esto, repito, consolación? Pregúntale al que la haya probado. Pregúntale a aquel carcelero que, atacado por el pánico, se precipitó en la celda sabiendo que su castigo sería terrible. Allí oyó de Jesús, la paz calmó sus temores y se regocijó creyendo en Dios con toda su casa (Hechos 16:29-31).

Pero ocurre muy a menudo, por desgracia, que los que se han refugiado en esta roca, como marinos perdidos, se desasen otra vez. Cesan de velar y orar, y el tentador encuentra una puerta abierta. Descuidan los medios preservativos de la gracia, y el enemigo se introduce. El Espíritu, entristecido, se retira, y la corrupción vuelve a ganar todo su poder.

¡Ay de los apóstatas! ¡Cuánta miseria hay en ellos! Vuelven a tener la sensación de su situación peligrosa y además la amargura de sus propios reproches. Se dan cuenta de su bajeza al traicionar al Amigo que les había dado vida cuando aún estaban llenos de sangre.

Tal vez sea ésta tu propia agonía. Si antes tenías descanso en Jesús y ahora ha desaparecido, es sólo por tu culpa. Él no te separó de Si, tú te marchaste. Y ahora suspiras: ¡Oh, si todo fuera como en los días cuando el Sol de Justicia brillaba sobre mi senda! Lloro, porque tu caída es dolorosa, pero ten esperanza porque Jesús está cerca aún, y su voz te dice: "Vuélvete... no haré caer mi ira sobre ti..." (Jeremías 3:12). Nunca se muestra su ternura tan tierna como cuando calma los sollozos de los que, penitentes, lloran ante Él. Vuelve, pues. El Señor continúa extendiendo sus brazos de misericordia. Es Médico y bálsamo de Galaad. No puede permanecer silencioso ante el que clama: "Vuélveme el gozo de tu salvación".

Hay otros que, aunque andan cerca del Señor, viven intranquilos. Con gratitud dicen: "Hasta aquí nos ayudó Jehová", pero el cielo les parece muy distante, la peregrinación larga, los adversarios numerosos y su propia fortaleza se tambalean. Miran los vientos y las olas y se sobrecogen de espanto; como David, creen que un día perecerán a manos de Saúl.

Lector, tal vez tengas también tales sentimientos erróneos. Si Jesús no fuera quien es, podrías desmayar; pero te invito confiadamente a que te levantes y te sacudas el polvo. Abre los ojos y lee en su corazón. Te habla con palabras de aliento. Te habla de la fidelidad de su amor que, de igual modo que no tuvo principio, no puede tampoco tener fin. Te lleva al abrigo de sus alas y allí apaga todas tus dudas con promesas tan grandes como generosas, tan tiernas como innumerables. Te dice: "...porque yo vivo, y vosotros también viviréis." "...vuestra vida está escondida con Cristo en Dios." Si pides consolación más rica, pides más de lo que Dios puede dar.

Pero las aflicciones romperán sobre ti como una marea incesante. Hay que esperarlas así; es nuestra suerte común. No hay hogar tan humilde cuya puerta no halle la aflicción, ni palacio tan altivo por cuya escalinata el dolor no suba. La fe no protege de esto. "En el mundo tendréis aflicción." Pero recibe la aflicción con los brazos abiertos, si con ella viene Jesús. El verdadero creyente siempre lo hace así.

La salud puede marchitarse como una flor; la debilidad y la enfermedad se pueden cebar en nuestro cuerpo; puede haber intranquilidad hasta el alba. Pero Jesús apacigua con sonrisas la frente contraída por el dolor, y tranquiliza con silbo apacible la noche desvelada.

Las posesiones terrenas pueden derrumbarse y la pobreza reinar donde la abundancia imperó. ¿Puede faltar también el sustento del creyente? ¡Oh, no! Todos sus tesoros se encierran en esta frase: "Jehová es mi pastor; nada me faltará".

Los amigos nos pueden abandonar, y sus miradas huidizas nos hacen estremecer. La traición y el odio pueden entrar donde un día el amor triunfó. Jesús pasó por esta prueba en su forma más amarga. Por eso está pronto a demostrar que no cambia en este mundo mutable, y aumenta Su amor estando más unido a nosotros que un hermano. Su propia presencia llena con creces todo vacío interno.

Pero la muerte se acerca con pasos veloces. Sí, pronto recorrerá la cubierta de tu cama para sacarte de allí con mano helada. Entonces necesitarás un consuelo fuerte, pues un puntal gastado ya no puede resistir. A solas pasarás por el valle de sombras. ¿A solas? No, porque Jesús murmura: "Yo estoy contigo. Te llevo a mi casa de muchas moradas". Así que la última prueba es la mejor consolación.

Creyente, te ruego que vivas y mueras haciendo de Jesús tu consolación, y que seas ducho en este arte feliz. Habitúate a meditar diariamente en Él, en sus promesas y en sus obras. Mantén una comunión estrecha con Él. Mide la anchura, la largura, la profundidad y la altura de su obra y su misión. Asegúrate de que todo lo que es y tiene, todo lo que ha hecho, hace y hará, es tuyo. Nunca has estado ausente de su corazón, ni puedes estarlo, porque eres un miembro "de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos". Permanece siempre en Él, y siempre tendrás abrigo. Golpea, también, la roca de las promesas con la vara de la fe. Las aguas dulces manarán y fluirán con amplitud y hondura por este canal: "Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios".

Paséate a menudo con los fieles peregrinos de la antigüedad. Su compañía es preciosa. Aunque estén llenos de pesares, siempre están gozosos. Aunque, como Jacob, sean vagabundos sin hogar, siempre están consolados. Aunque para salvar su vida tengan que huir y ocultarse en las cavernas de la tierra, como David, están consolados. Si, como aquellos tres jóvenes cautivos, tienen que pasar por el fuego de la persecución, están consolados. Si tienen que enfrentarse a todo peligro, aúnalas tormentas más furiosas, como Pablo, o si tienen que dar fiel testimonio ante la chusma burlona o ante tiranos altivos, como este apóstol, están consolados. Si mueren la muerte del mártir bajo una lluvia de piedras, como Esteban, están consolados. Aunque lo pierdan todo, nunca pierden la consolación, porque ésta es en Jesucristo mismo; la obra de su espíritu; el don de su gracia; la prueba de su presencia; la degustación de su cielo.

Quizás algunos ojos que pasan por estas páginas no conocen este profundo manantial de consolación. ¡Pobre! Tu corazón está desconsolado. Has sembrado vanidad y, ¿qué vas a segar? Has hecho del mundo tu todo y, ¿qué te ha ofrecido? El que obtiene mucho codicia más, porque las posesiones no contentan. Si esta hora asusta, la próxima es como un abismo temido. Vagas por los campos de la ansiedad y no hallas donde reposar. La sociedad es un vacío insípido, y tu soledad es como una lúgubre negrura. ¿Dónde están tus consolaciones? No te acuerdas de ninguna, ni las posees ahora, ni se asoma ninguna por tu horizonte.

En tu interior una voz te condena diciéndote que es verdad. No te apartes, pues, de la voz implorante de esta página. Convéncete y consiente; consiente en ser feliz. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado." "Llevad con vosotros palabras." Ampárate en su misión: "Cierta-

mente consolará Jehová a Sión." Ampárate en su oferta: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." Ampárate en su título: "La consolación de Israel." Ampárate en su tierna voz: "Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros." Ampárate en la terrible separación entre los salvos y los perdidos: "Pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado." Ampárate en el mandamiento celestial: "Consolaos, consolaos pueblo mío, dice vuestro Dios." No ceses de suplicar hasta que puedas decir de Aquel que es mayor que Noé: "Este nos aliviará..."

9.EL ARCA

"Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca." GÉNESIS 7:1.

La historia del arca nos es familiar desde la infancia, y prestó interés a nuestras primeras lecciones. Su nombre solo, hace revivir en nosotros las tiernas instrucciones de la madre o de un maestro diligente. Nos hace recordar las primeras páginas de nuestra primera Biblia y nos vuelve a llevar a los bancos de la clase de nuestra niñez.

Así, en un país cristiano, casi todos han ponderado en su juventud el trágico fin de aquel mundo miserable. Muchos repasan con cuidado cada detalle del relato hasta que cobra el realismo de una escena presenciada. Pero no se adentran más y juguetea caprichosamente con la historia. Ponen los pies en el umbral del palacio de la verdad, pero no penetran en las amplias cámaras donde Dios da la luz. Son como Agar: el pozo de agua está cerca y aunque tienen sed no lo pueden ver.

Lector, no te engañes. La Biblia es como un espejo en tus manos para que en él veas el corazón de un Salvador amante, y las obras de un Salvador poderoso. Cristo es el tesoro que encierran las Escrituras, y si lo ganas serás, para siempre, sabio y rico. Pero si no lo tienes, toda riqueza es penuria y todo conocimiento locura insólita. Sigue este principio y nunca cierres las páginas sagradas hasta obtener la sonrisa de Aquel que es el gozo del cielo.

Ven con un deseo santo para recibir la luz de la vida, juntos, contemplemos el arca. Jesús está allí con toda la gloria de su amor redentor.

"Hazte un arca de madera de gofer." Esto no es premeditación humana sino voz del cielo. Y si se pregunta para que para qué es, se debe responder que es para que los mazos hermosos de la gracia de Dios iluminen un fondo negro.

"Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal." El pecado desmedido, triunfador, incesante, era el vapor que se elevaba de la tierra.

Pero, ¿es que el pecado puede insolentarse sin que el castigo descienda? ¡Imposible! El pecado es la cosa abominable que Dios odia, y no puede progresar sin desencadenar la venganza divina.

La prueba es ésta: El santo y justo Dios proclama: "He decidido el fin de todo ser." ¿Podría alguien imaginar que la amenaza era vaga y que no daba una voz de alarma. definida? El juicio de Dios no saca su reluciente espada hasta que las trompetas han dado su claro sonido. Mira la siguiente nota temblorosa: "Y he aquí que Yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra." Para que todos supiesen que la tragedia se estaba formando. Para que todos escuchasen el tañer a muertos de una campana.

Dios es justo. No hiere sin causa ni aviso. No obstante, parece que aunque el anuncio fue claro, sólo lo emitieron los labios de un predicador. Pero, quién puede contar la multitud de mensajes que a través de las edades se han apiñado en torno a nuestro mundo, testificando que el día del juicio y de la perdición de los hombres inicuos se acerca?

Lector, tú has oído decir con frecuencia que el lecho del pecado es la hoguera eterna.

El castigo amenazador se movió con pasos lentos. La longanimidad de Dios soportó con paciencia. Los años se sucedieron y el sol continuaba brillando y los cielos aparecían despejados. Ciertamente, si el plazo del arrepentimiento hubiese creado el don de arrepentirse, el mundo se habría vestido con saco de arrepentimiento y penitencia. Pero debe haber algo mucho más potente que una mera oportunidad para que un alma sienta, confiese y abandone sus pecados. Si el hombre no es sujetado desde lo alto, se precipita en su culpabilidad. A veces una pausa prolongada no es sino una iniquidad prolongada.

Te ruego que tú mismo te apliques esto. No me es dado el conocer tus tiempos, tus avisos, o tus llamamientos. Pero tiempo ya tienes; y avisos ya has tenido; y cada momento constituye un llamamiento. Dime: ¿Te ha conducido la bondad de Dios al arrepentimiento? Que la conciencia conteste. Créeme, un alivio no es un perdón. Una ejecución aplazada no es una ejecución anulada. A Agag se le perdona hoy para que muera mañana de forma más señalada. Si aún estás alejado de Dios, derrama ahora tus lágrimas y tus oraciones antes de que vayas al lugar donde nunca se cesa de llorar y jamás se eleva una oración.

La construcción del arca progresa en medio de esta inundación inmensa del mal. Noé había oído bien el mandamiento: "Hazte un arca". Algo sorprendente. Tenía que proveer algo para protegerse de un castigo nuevo y desconocido. La razón podría inquirir el porqué. La experiencia, que no tenía parangón, arrojaría sombras de dudas; y- el prejuicio, con sus mil sofisterías, sugeriría que era hartamente improbable, si no imposible. Pero aquel hombre de Dios estaba persuadido y actuó; se preparó y fue salvado.

Podemos imaginar que el ridículo y la mofa amararían aquellos días de esperanzado trabajar, y que muchos se burlarían de su inquebrantable empeño. Ésta es la lucha constante de la fe. El hombre natural no entiende sus motivos, sus esperanzas, sus acciones; pero ella posee un oído sensible y un ojo rápido para ver la mano dirigente de Dios. Sabe bien en quién ha creído, y su certeza es más firme que todas las conclusiones de la razón o los testimonios de los sentidos. Por ello nada la conmueve. Arrolla toda dificultad, y abrazando la cruz gana la corona de la vida.

Al fin suena la hora postrera. La copa de iniquidad está ya hasta rebosar y ¿quién podrá parar la diestra del Señor? Las nubes se apretujan y derraman torrentes incesantes. ¿Dónde están ahora las chanzas, los vituperios, la incredulidad insolente? A veces la verdad de Dios se descubre demasiado tarde y sólo se cree en la destrucción cuando la víctima siente su zarpazo. Ya no queda refugio. El edificio más encumbrado, la cima de la roca más elevada, todo, es una tumba anegada. La tierra parece un remolino de desesperación, y luego, sólo queda el silencio de la vida ausente.

Estos son los hechos solemnes. Cuando no hay temor de la ira que ha sido anunciada, es imposible escapar de ella. Pero, ¡escucha! porque cada gota de aquel inmenso diluvio tiene una voz a vida de aquel mundo inicuo, y su muerte angustiosa. La palabra de Dios responde de igual modo: tan cierto como que los hombres andan sobre aquella misma tierra, así también estallará la llamada final. Pero, ¡si no esperamos tal momento! El dormitar desprevenido es señal de que está cerca. Pronto vendrá y pasará. Pronto recibiremos nuestra parte.

Lector, ¿te encontrará aquella hora en el Arca de la salvación, o retorciéndote en las olas de los condenados? Párate y reflexiona. Este mundo decrepito y cegado por el pecado avanza hacia el abismo de su ruina. ¿Estás, pues, seguro en el puerto protector, o estás desprotegido, como una barquilla en medio del océano rugiente?

¿Sabes por qué te pregunto esto? Porque quisiera que estuvieses a salvo, y fueras feliz, y tuvieras paz y bendición para siempre. Pero no hay abrigo, ni felicidad, ni paz, ni bendición, fuera del Arca del Evangelio, que es Cristo Jesús.

¡Contéplale! ¡Contéplale! Qué es el arca sino un emblema de Su completa redención? Jesús es la salvación de todo peligro, el refugio en las alturas, la roca protectora. Es el palacio duradero cuyo fundamento fue puesto en la eternidad; edificado en el cumplimiento de los tiempos sobre las llanuras de la tierra. Jesús es el resguardo elevado que, habiéndolo Dios decretado, nombrado y provisto, ha sido entregado a los hijos de los hombres. Es cobijo tan seguro que los rayos del juicio divino caen sin peligro alrededor suyo, y las rabiosas tormentas de venganza, y las olas furiosas de la ira no hacen más que consolidar su fortaleza. Y tiene que ser así, porque este lugar de reposo es el Dios poderoso. Nuestra salvación es el siervo de Jehová. Nuestro glorioso santuario es el glorioso Jesús.

El Arca está cerca de ti, a tus pies. Sus puertas están abiertas de par en par, y todo te invita, más aún, te ordena que entres. El dedo de Dios ha escrito sobre la puerta que el que entre está, para siempre, a salvo. No hay poderes en la tierra ni en el infierno que puedan dañar a los rescatados.

¿Vacilas? Lástima, porque hay demasiados rostros que proclaman con huellas de preocupación mundana la frivolidad, indiferencia, profanidad y pecado heredados de sus antepasados. Por qué quieres suicidarte? ¡Oh, si yo pudiera penetrar en lo hondo de tu corazón para detectar la duda fatal que destila allí su opio!

Con estos argumentos descubrirás los enemigos mortales que habitan en ti. La inquietud se calma, a veces, con la idea necia que asegura que somos como los demás. Si estamos en peligro, ¿quién no lo está? ¿Va a perecer esta inmensa multitud? Dios es misericordioso y no puede descargar ese castigo inconcebible. Tal pensamiento es engañoso. Los números no pueden cambiar la verdad divina o el carácter del pecado, ni pueden construir una barca para flotar en las olas de fuego.

La juventud, si llega a pensar, cree que los años venideros brindarán algún refugio. Sueño banal. ¿Acaso puede la fe surgir de la incredulidad envejecida? La humanidad, en su infancia, no fue suficiente para detener el diluvio. ¿Quién podría contar las cunas que devoró? Si eres joven, sé prudente y no rías por un poco de tiempo para luego gemir por una eternidad sin límite.

Otros se creen a salvo porque han aprendido las verdades del cristianismo. Hace tiempo que estudiaron el Arca y durante muchos días constituyó su visión y su tema principal. Pero esto no salva. Los que confían en un mero conocimiento mental hallarán que su memoria es como un filo agudo para el roer del gusano que no muere.

Tal vez te acerques mucho por medio de ritos, cultos y ordenanzas, tanto, que parezca que has puesto tus manos en la gracia salvadora. También muchos tocaron el arca, y eso fue todo. Cuando las aguas crecieron, quisieron asirse a ella con mano agónica. En vano. Estaban fuera, y ahí todo es muerte.

Algunos *esperan poder* orar y clamar antes de que sea demasiado tarde. Pero, ¡cuántos se hundieron gritando inútilmente en demanda de auxilio!

Quizá seas agraciado en dones, en talento, en posición, en diligencia, en amor propio o en aplauso ante los hombres. Pero del mismo modo que los picos que horadaban las nubes se

doblegaron ante el diluvio, así también las más altas pretensiones son como polvo ante el gran trono blanco.

¿Sigues manteniendo aún la esperanza de que en el último instante podrás componer algún medio de escape? Muchas cosas se inventaron cuando el diluvio empezó su obra devastadora, pero todo fue como una paja burlona.

Lector, no te dejes engañar, en el negocio de la vida de tu alma, por estos impostores disfrazados. Vuélvete a la verdad de Dios. Busca la única provisión real y sólida que la Biblia señala con brazo extendido. Sólo hay un nombre bajo los cielos, dado a los hombres, por el cual se puede ser salvo. Sólo hay un refugio. Sólo estamos a salvo encerrados y envueltos en Cristo. Sólo estarnos por encima del peligro cuando Él es nuestra morada, el Arca.

No descanses hasta que hayas traspasado el umbral del Arca descendida del cielo. "Ciertamente en la inundación de muchas aguas no llegarán estas a él". (Salmo 32:6).

10. EL ALTAR

"Y edificó Noé un altar a Jehová." GÉNESIS 8:20.

Para llegar a conocer el poder santificador de la gracia, debemos investigar su obra en hombres de piedad. Una máquina complicada parece un rompecabezas insoluble hasta que se entiende cómo trabaja cada una de sus piezas. Del mismo modo, con un estudio cuidadoso de buenos modelos, llegamos a comprender cómo se pueden levantar templos espirituales con los viles materiales de la tierra, y cómo pobres pecadores, como nosotros, pueden hacer proezas en el campo de las aflicciones.

La escena puede variar según las circunstancias, pero hay ciertas señales que no pueden oscurecerse. El hijo de Dios debe exhibir siempre una obediencia total a la voluntad del Padre celestial, una firme confianza en Su Palabra, una dulce sumisión a Su dirección y un constante aproximarse a Él por medio de la sangre reconciliadora, con el gozo de la oración y la alabanza. El verdadero árbol de la fe debe estar cargado de estos frutos. El alma nacida de nuevo debe probar su ascendencia con estas características, y un andar celestial debe ser a lo largo de este camino consagrado.

Esta verdad está claramente escrita en los anales de Noé. Dios le dijo: "Hazte un arca." Y aunque la obra era rara se empezó inmediatamente. Luego Dios ordenó: "Entra tú y toda tu casa en el arca." Noé entró con gran confianza sin ignorar que, si bien había peligros fuera, también podía haberlos dentro; pero siguiendo al Señor sin reservas se encontró a salvo y en paz. La misma voz tabla de nuevo: "Sal del arca." Y salió de su refugio para posarse sobre la tumba de un mundo enterrado. Una soledad silenciosa reinaba en aquella tierra que él conoció cuando era la guarida del mal. El epitafio del pecado estaba escrito sobre aquellas vastas ruinas.

Se puede creer, con razón, que su primer acto fue adorar, y el complejo momento en que se encontraba da más realce a su actitud. "Y edificó Noé un altar a Jehová." Muchos asuntos requerían su cuidado. No tenía casa; no habían corrales para el ganado, y él lo tenía que hacer todo. Tenía que pensar, planear, arreglar, esforzarse y trabajar. Si ha habido un hombre que podía haber excluido a Dios por causa de sus muchas ocupaciones, este hombre era Noé. Si ha existido un momento demasiado ajetreado para pensar en el cielo, aquél era el momento. Pero no; todo debe rendirse a Aquel que es sobre todo, lo primero debe ser para Aquel cuyo nombre es Primero. El primer edificio sobre aquella tierra fue un altar para su Hacedor, y la primera actitud del patriarca fue la de arrodillado sobre el suelo con sus manos alzadas al ciclo.

Si parece que franqueo los límites de mi tema es porque sé que Satán detiene a menudo la mano que se dispone a llamar a las puertas de la misericordia persuadiéndola de que aún no es hora, de que este rato debe dedicarse a la familia, al trabajo, al solaz. Pero no le escuches. No es desperdiciado el tiempo cuando se le da a Dios. No hay obra provechosa si no empieza, continúa y termina en Él. Dedícale tu primera y última hora. Nunca estará en deuda contigo.

El altar se edificó para sacrificar ofrendas sobre él. No se puede dudar que aquella víctima y su sangre derramada bosquejaban la muerte del Cordero de Dios. Es también cierto, aunque no sea tan evidente, que el altar también proclama a Aquel que es la suma y sustancia del milagro de la redención. Jesús constituye cada parte de la expiación del pecado. Del mismo

modo que es el verdadero Sacerdote y la verdadera Víctima, así también es el verdadero Altar. Se ofrece para morir sobre Sí mismo.

Por ello, creyente, ese sacrificio por ti es perfecto, por ser completamente divino. Tienes un Sacerdote, y sólo uno, que entró en los cielos y se sienta a la diestra de la Majestad en las alturas. Tienes un Cordero, y sólo uno, porque no se necesita más, que murió una vez, puesto que una vez fue absolutamente suficiente para pagar la culpa y salvar del pecado. Así también tienes un Altar, y sólo uno, que está ante el trono de Dios. Jesús es el Altar.

Esto no es un sueño fantástico, sino el pronunciamiento fiel de nuestro Dios. El mismo Espíritu nos lleva hasta el altar y nos hace leer en él esta lección evangélica, que los labios del Apóstol pronunciaron bajo Su dirección: "Tenemos un altar" (Hebreos 13:10). Por consiguiente, tenemos un altar entre nuestros tesoros. Pero, ¿dónde está? Tiene que estar donde está el Sacerdote, y donde está la sangre. No está aquí, sino tras el velo del cielo, y por ello sólo puede ser el Señor Jesús. Éste es el pozo de verdad que el Espíritu nos abre. Saquemos agua de él con gozo.

El altar tiene diversos usos, pero el principal es el de servir de lecho de muerte de la víctima. Por ello, cuando Jesús vino a morir, tuvo que poseer tal lecho. Vayamos con fe al Calvario, que es la cuna de nuestras esperanzas. Allí, en la plenitud de los tiempos, vemos a nuestro Sumo Sacerdote que lleva un manso Cordero, y el cordero es él mismo. Su carga no es corriente... "mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros." El peso de un solo pecado arrojaría un alma en las profundidades inmensas del abismo de condenación eterna. Pero, ¿quién podría contar los pecados bajo cuyo peso gime Jesús? Su número es infinito y su gravedad inconmensurable.

Así pues, ¿sobre qué altar se puede presentar este sobrecargado varón de dolores? Si los ángeles desplegasen toda su fortaleza para sostenerle, se quebrarían como cañas. Si los mundos se amontonasen quedarían como polvo. Ni el cielo mismo podía ayudar; todo eran tinieblas en lo alto cuando Jesús clamó: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?" La tierra toda había buido, y, al mirar, Cristo no vio a nadie.

Pero todo lo que necesitaba lo tenía en Sí mismo. Su divinidad es el altar de su humanidad expirante. Él es su propio socorro y ayuda, y no flaquea bajo el diluvio de la ira de Jehová. Con mano serena bebe hasta las heces 1 i. copa de la furia divina, y así paga por el pecado hasta que la misma justicia dice basta. Fuerte en su propio poder, satisface hasta que la satisfacción sobreabunda. Basado incommoviblemente en su divinidad, borra la iniquidad hasta que la iniquidad desaparece.

Lector, deseo exaltar a Jesús mostrándolo como el altar de la expiación para que entiendas que Él es el todo en el rescate de un alma de la muerte. Créeme, no es fácil ni común el ver esta verdad en su límpida gloria. Satán y todo el infierno se esfuerzan sin descanso para empañarla con nieblas. Nuestra pobre naturaleza está pronta a beber la poción que hace creer que con un poco de ayuda de Cristo todo irá bien. El yo, engañándose a sí mismo con sus propios actos, llega a creer que los méritos del hombre, recubiertos con los méritos de Cristo, son la llave del cielo. Pero esto no es sino construir un altar de basuras humanas con herramientas humanas, y luego colocar a Cristo sobre él.

Esta mentira, colocando a Cristo delante, se pasa por toda la tierra matando a miles. Esto es el árbol venenoso bajo cuya sombra descansan muchos soñando que han hecho de Cristo su única esperanza, cuando en realidad han puesto su confianza en sí mismos. Este es el espíritu que

se burla de los perdidos mostrándoles demasiado tarde que el Cristo exaltado de palabra no es necesariamente el Cristo que reina en el corazón. Este es el enemigo que tan a menudo hace del ministerio un campo estéril. Los hombres imaginan que oír de Cristo y alabar este nombre, equivale a la gracia que salva. Así pues, el yo, en alguna de sus formas, es el altar preferido de la tierra pecadora.

Éste es el gran engaño de la iglesia de Roma. Ésta es la red que el poder de las tinieblas ha extendido de forma tan ingeniosa. Esta herejía admite lo suficiente de Cristo para calmar la conciencia, pero retiene lo suficiente del yo para matar el alma. No niega que Jesús vivió y murió para salvar, pero tampoco admite que Jesús solo sea suficiente. Por ello levanta muchos altares altos y cautivadores de los sentidos y de la imaginación, haciendo de ellos la verdadera base de la esperanza del pecador. Luego los corona con Cristo y, como los hombres de Babel, cree que alcanzarán el cielo. En todo esto existe cierta semejanza de exaltación de Cristo. Pero es Cristo añadido a los ángeles, Cristo añadido a los santos, Cristo añadido a una lista interminable de mediadores e intercesores, Cristo añadido a la iglesia, a las penitencias, al purgatorio y, en fin, Cristo sirviendo de pináculo a la pirámide de las ideas humanas.

Este es el evangelio papal. Pero los pies de esta imagen son de barro y no se puede sostener; en su caída se deshará como el templo de Dagón.

Hay otros, que también adoran este ídolo, que aunque no son papistas de nombre lo son de corazón. Su altar consiste en ritos y cultos, abnegaciones y supersticiones. Edifican sobre unos fundamentos propios y luego ponen a Cristo para adornar la estructura. Dicen que, sin r 1; la balanza no puede pesar, y acceden a poner Sus méritos para equilibrar el defecto. Esta creencia parece conducir a la vida, pero es la senda del infierno, porque la Palabra dice: "De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído" (Gálatas 5:4).

Pero el verdadero altar tiene múltiples usos. Allí se recibían las ofrendas y primeros frutos del adorador. De él se sacaba la provisión de alimentos. Allí huía el culpable; su terreno era un santuario, sus cornijales un refugio. Jesús es todo esto.

Lector, el llamamiento que se te hace es que presentes tu alma, tu cuerpo, todo lo que eres, todo lo que tienes, todo lo que puedes hacer, en sacrificio a Dios. No puedes regatearle nada a Quien ha dado, para rescate, más de lo que el cielo es. Incrusta esta verdad en tu mente: Excepto en el Amado no hay persona ni servicio aceptable. Palabras y obras carecen de valor si no se ofrecen por fe, y por los méritos y en el nombre de Jesús. El fruto que no está santificado por Su sangre y dedicado para Su gloria, es sólo podredumbre. Es únicamente el rico incienso que se eleva de este altar lo que puede hacer de ti y de tu vida una ofrenda suave a Dios.

Lector, ora mucho. Esto es el respirar del alma, porque cada momento constituye una necesidad que debe crear un clamor que ascienda al cielo. Pero sólo hay un altar donde las peticiones adquieren el poder de la victoria. Los que suplican en el nombre de Cristo hallan contestación en el cielo. Pero la oración desligada de Cristo es como humo que se desvanece en el aire.

Que tu agradecimiento sea, también, abundante, porque el mandamiento es: "Dad gracias en todo". El río de sus misericordias fluye incesante, y ¿cómo puede extinguirse el arroyo de nuestro amor agradecido? Pero no hay alabanza aceptable si no se eleva de este altar.

El alma necesita alimentación regular, y sólo aquí la puede encontrar. ¡El Evangelio nos invita a un gran banquete! La palabra, las promesas, las ordenanzas y los símbolos están

preparados para este banquete abundante. Pero Cristo es la esencia del alimento y, sin Él, los medios de la gracia no son más que cáscaras secas.

El altar tenía, además, cornijales. El ofensor aferraba a ellos estaba salvo; la mano vengadora que se no podía tocarle. Así también, todo el que se refugia en Cristo puede despreocuparse de todo enemigo. Ni las amenazas de la ley, ni la, espada justiciera, ni el furor del perseguidor pueden dañarle.

¡Cuán feliz es el creyente que ha hecho de este altar su hogar seguro y deleitoso! Bajo su protección pensará con frecuencia: Aquí he descargado el peso de mis pecados; aquí viviré, con el poder del Espíritu, una vida entregada y de adoración. Aquel que es el Altar donde muero al pecado, será el Altar donde viviré para Dios. Cristo lo es todo para mi perdón y para mi santidad.

11. EL OLOR GRATO

"Y percibió Jehová olor grato." GÉNESIS 8:21.

Lector, ¿no desearías que tu alma fuese acepta ante el trono de la gracia? Quizá contestes: Tal bendición es inalcanzable. ¿Cómo puede alcanzar tal favor una criatura tan insignificante, un pecador tan vil?

¡Bendito sea Dios! Hay una puerta disponible. Acércate apoyado con fe en el brazo de Jesús; revestido, por fe, en su justicia; amparándote, por fe, en los méritos de su sangre, y entrarás envuelto en cantos de bienvenida. Los cielos se regocijarán por tu causa con alegría indescriptible.

La Biblia parece escrita con el objeto de guiarnos, por un camino eterno, al reposo que Dios ofrece. Por eso, en sus páginas, vemos cómo las doradas puertas se abren cuando manos como las nuestras las tocan. Abel se acerca con el cordero requerido y no hay hosquedad que le repela. "Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda." Noé fue con la misma llave y no encontró peros que le obstruyeran. Su culto consistió en aquel incienso de gratitud. "Y percibió Jehová olor grato."

Así fue y siempre será. Hay tan preciosa y potente virtud en la muerte de Jesús, que Dios no la puede resistir. Cuando un pobre pecador la presenta, resuena un nuevo coro en los himnos de lo alto: "Otra vez dijeron: ¡Aleluya!"

¡Cuán importante es que veamos esta verdad con toda claridad! De aquí que el Espíritu relate que cuando Noé vertió la sangre, que representaba a Cristo, Jehová percibió olor grato. Al ser inmolado el Cordero una fuerte fragancia inundó el cielo.

¡Oh, alma mía! Gratas nuevas son éstas, pues muestran el argumento irresistible con que podemos obtener el perdón y toda la gracia necesaria. Aún cuando hubiéramos tratado de explicar esta lección con gran profusión de pruebas y razonamientos, tan solo se hubiera conseguido elaborar un exiguo bosquejo. Pero el Espíritu simplemente afirma: "Y percibió Jehová olor grato".

Con una sola mirada lo comprendemos todo. Al alzarse la cruz, nubes de aroma de victoria traspasan el firmamento.

Esta imagen es una joya valiosa del tesoro bíblico porque habla en el lenguaje de todas las clases en todas las épocas y en todos los lugares. Fue ella como una luz para los piadosos peregrinos de los tiempos patriarcales. Después de muchos siglos continúa siendo una luz para nosotros mismos. Reavivó a nuestros hermanos de la antigüedad y reavivará al último santo. Desciende a la humildad de la más sencilla morada, pero se remonta también por encima del intelecto más elevado. "Y percibió Jehová olor grato." Todos leen y entienden por igual que Jehová halla su reposo en Jesús quedando su divinidad satisfecha.

Del mismo modo que toda la luz está en un orbe, así también todo el Evangelio de la reconciliación se encuentra en esa frase. Los hijos de Israel aprendieron, en la penumbra de sus ritos, la plenitud de la obra de Cristo. El derramamiento de sangre proclamaba un perdón

completo. Pero para darles una certeza más grande aún, se agitaba, sobre cada víctima, este ramo de olivo: "...y el sacerdote hará arder todo sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová" (Levítico 1:9).

Y cuando el gran apóstol ensalza la cruz, usa el mismo emblema para demostrar su poder: "...Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Efesios 5:2). Éste es el cristal de aumento con el que vemos que la muerte de Jesús es el jardín que emana los perfumes más suaves para Dios. Aquel solo sacrificio exhala una fragancia eterna e ilimitada.

Acerquémonos más y veamos el deleite infinito de Dios. Cuando contemplamos a Dios en su majestad, podemos ver sobre su cabeza las incontables coronas de su pura y santa excelencia. Todas ellas brillan armoniosamente con gloria infinita e inmutable. Son inseparables y no pueden existir solas. Están unidas con lazos que sólo Dios podía atar, y que Dios nunca deshará. Siendo así, se podría preguntar: ¿Cómo, entonces, pueden todas ellas contribuir para hacer que un pecador participe del trono del Eterno?

Que hable, primero, la justicia. Sus reclamaciones nos llenan de terror. Tiene derecho a exigir una obediencia ininterrumpida durante toda la vida. Cada pensamiento que se desvía del amor perfecto, incurre en una deuda infinita. En su mano lleva un rollo escrito, contra nosotros, por dentro y por fuera. Si se relajara equivaldría a tolerar el mal, y Dios cesaría de ser Dios. Por lo tanto, clama con insistencia: Paga lo que debes. Pero ¿cómo podrá pagar el que no posee nada sino su propio pecado? Contempla la cruz. Allí pagó Jesús con su muerte, y no hay lengua que pueda expresar su valor. La Justicia sostiene la balanza, que chirría con el peso de tanta iniquidad. Pero aquel sacrificio colma, con creces, la diferencia. La justicia se regocija ahora, porque ha sido infinitamente honrada, pues, aunque toda la raza humana hubiese sido precipitada en la celda del tormento y allí se hubiese retorcido eternamente pagando el castigo infernal, con todo la deuda no se hubiera cancelado. Pero muere Jesús y la justicia queda, de inmediato, coronada con satisfacción eterna.

Un ejemplo de la vida diaria, aunque sólo refleja la verdad en parte, pudiera ayudarnos a verlo más claro. Cierta persona tiene una deuda que asciende a miles. Sus medios sólo le permiten pagar un céntimo cada día. El acreedor manda arrestarlo y empieza a cobrar el débito diario. Pasan los años pero la cantidad apenas decrece, pues el quitar un grano de arena cada día nunca extinguirá las arenas del océano. Pero, hete aquí, un hombre rico viene y, con un solo pago, cancela la deuda. La acusación se retira; el prisionero sale libre; y el acreedor se regocija con el pago, que es una ganancia inesperada. Del mismo modo, la copa de expiación que la justicia recibe en la cruz está tan llena que no puede contener más. La justicia se goza con la dulzura de su sabor.

Considera las maravillas que así se obran: La Justicia descansa su espada vengadora y se envuelve en sonrisa de amor aprobatorio. Cesa de ser el adversario que exige la condena, y se transforma en abogado que, insistente, pide la absolución. El mismo principio que con tanta rigidez demanda la muerte por cada pecado, se niega, con igual rigidez, a recibir el pago dos veces. Aférrate, pues, a la cruz. La Justicia establece allí, con petición poderosa, tu derecho al cielo.

Veamos ahora el dulce sabor que desprende la Verdad de Dios. Si la justicia es inflexible, también lo es la Verdad. Su sí es sí; su no es no. Cuando habla, su palabra debe cumplirse. Los cielos y la tierra pasarán, pero ella no puede retroceder. Su voz ya se ha dejado oír anunciando la

ira eterna que cada pecado provoca. Por ello ha cerrado las puertas del cielo con barras de duro diamante. Lágrimas, penitencias y súplicas son en vano. La Verdad sería falsa si el pecado escapase impune. Pero Jesús viene a beber la copa de venganza; cada amenaza recae sobre Él. La Verdad no necesita más. Bate sus alas con gozo, y veloz vuela al cielo para anunciar que ni una palabra ha dejado de cumplirse.

Tomemos otro ejemplo imperfecto. Un rey proclama un edicto y declara bajo juramento que la desobediencia será seguida por la muerte.

Un súbdito se rebela y es hallado culpable. Se impone la ejecución. Si el rey vacilase ahora, ¿dónde pararían su fidelidad y la majestad de su imperio? Pero imaginemos que el hijo del rey se ofrece para sufrir la pena en lugar del ofensor. De este modo la ley sería honrada, el edicto no se violaría, y el orden se gozaría, a la par que el culpable seguiría viviendo. Así también, cuando Jesús sufre, la Verdad se reviste de honor y percibe el aroma suave de la satisfacción.

Gózate en la cruz, creyente. La misma ley que había forjado tan fuertes cadenas, halla que, sólo allí, puede acceder a hacer de tu vida su morada. Ahora demanda tu salvación porque no tiene nada contra ti sino, por el contrario, todo te lo ofrece con la promesa... "para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Debo añadir que Jesús es olor grato a la Santidad de Dios. Este atributo es la planta sensitiva del cielo que se retrae ante la presencia del pecado. No puede resistir la impureza y sólo acepta una rectitud inmaculada. Sólo respira donde todo es puro. Pues bien, en la cruz sucede algo maravilloso que hace vibrar de gozo cada fibra del corazón. Brota de ella una corriente que limpia toda culpa hasta hacerla desaparecer. Y esto no es todo. Cuando el pecador la contempla, su pasión por el pecado se marchita, y florece el amor de Dios. Por ello, la cruz presenta a la Santidad... "una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante."

¿Quisieras, lector, obtener un salvoconducto y aptitud para el cielo? Mora junto a la cruz. Allí adquirirás el derecho de heredar el cielo y la libertad de gozar.

¿Quisierais, ministros de Cristo, debilitar el poder de Satanás? Predicad la cruz. Sólo morirán al pecado los que mueran primero, en Cristo, a su castigo. La única fuerza santificante es la fe en Cristo.

También la Misericordia inhala dulce aroma. La Misericordia llora al contemplar la miseria humana. Se aflige ante la aflicción. Prueba la gota más amarga de la copa de dolor. Pero su triunfo es grande cuando se evita la angustia, cuando se perdona al culpable, cuando se rescata al que perece. ¡Cuán intenso es su gozo cuando ve la inmensa multitud que ha sido arrancada de la amarguísima agonía, y llevada a la gloria celestial! Su deleite se desborda al oír las voces de los que cantan las victorias del Cordero, y al entender que esta adoración resonará con melodía más potente a través de las edades sin fin. Pero sólo en la cruz puede la misericordia erguir la cabeza en triunfo.

Con dolor me doy cuenta de que muchos hijos del pecado tiene una vaga esperanza de hallar misericordia sin haber hallado a Cristo. ¡Oh, si pudiesen comprender a tiempo que la misericordia de Dios nunca se aleja del Calvario!

Confío, lector, que ahora podrás ver con claridad en qué forma todos estos atributos cantan, se gozan, dan gracias y gloria por ese Jesús que da satisfacción por todo. Su incienso asciende y el cielo se extasía con su perfume. Por eso el Padre presenta al Hijo diciendo feliz:

"He aquí... mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento". Y también: "Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".

Lector, ¿piensas igual? ¿Es el gozo del cielo tu propio gozo? ¿Es su frescor el frescor de tu corazón, y su perfume el perfume de tu espíritu? ¿Se recrean y reposan todas tus facultades en Jesús? ¿Es Él tu paraíso de las más bellas flores y fragantes especies?

Créeme, todo dulce aroma está en Él. Créeme, fuera de Él no existe aroma de dulzura. El mundo es un desierto impuro. El vapor de su maldad es corrupción y podredumbre. Apártate de sus espinos. Ven y pásate por las verdes alamedas del Evangelio, y participa de sus delicias abundantes. Los redimidos cantan por los caminos del Señor: "Su nombre es como óleo derramado." "Es la rosa de Sarón." "Mi amado es para mí un manojito de mirra." "Él es como un racimo de flores de alheña."

«Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos." Si, Él es el olor grato que nunca se desvanece.

¿Y quién puede oír esto y persistir en una vida sin Cristo? Te suplico, hijo del pecado, que hagas una pausa. Sin Cristo estás bajo maldición; tus méritos son trapos sucios; tu oración es abominación; tu alabanza un insulto; tu servicio una burla. Cada día te lleva un paso más lejos de Dios, y tu muerte será tu caída en el infierno. Dime, ¿no es mucho mejor ser olor grato de Cristo para Dios? ¡Piénsalo! Una vida con el perfume de Cristo será como una fragancia eterna en el reino de luz. Pero una vida que despidе el olor de las corrupciones terrenas se convierte por fin en el humo aborrecible del sepulcro de las tinieblas.

12. EL ARCO EN LAS NUBES

"Mi arco he puesto en las nubes..." GÉNESIS 9:13.

El arco iris posee una belleza que todo ojo puede percibir. La tierra se alegra cuando recibe su visita avivadora desde los oscuros ventanales de la tormenta, y sus suaves matices anuncian que las tinieblas han pasado. Llega hasta las nubes, como el hermoso heraldo de la claridad que retorna. Su forma noble, y la variedad y distinción de sus colores, sobrepasan toda alabanza. Con admiración debemos confesar que ensalza dignamente a su poderoso Hacedor.

Tales deleites nos hacen bien. Dios ha escrito el libro de la naturaleza, y cada línea debiera ser una lección santificante. El espíritu iluminado canta: "Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren."

Pero la luz brillante del arco iris va más allá de enseñar que Dios planea con sabiduría y actúa con gran potencia. Para comprender su significado especial debemos considerar su origen.

Retrocedamos, pues, y recordemos aquella primera ocasión en que despertó el agradecimiento de Noé.

Por fin podía poner los pies otra vez en tierra firme, pero el ruido de aquellos torrentes desbordados resonaba aún en sus oídos, y su vista seguía percibiendo la extensa desolación del paisaje. ¿Volvería a suceder de nuevo? Cada nube parecía amenazar al mundo con una catástrofe final. Cada gota podía abrir las compuertas de otro diluvio. Sí, su pecho albergaba tales temores, y el miedo atormenta.

Dejemos al meditado patriarca y fijémonos en nuestro Dios. Su ternura, piedad y compasión son gloriosos; guarda a Su pueblo con gran celo. Su misericordioso deseo es que éste repose con paz perfecta, y nos invita a que bebamos de las aguas tranquilas de un amor fiel. Su deseo es que cada soplo de la brisa nos traiga renovado gozo, y que cada sombra nos cubra con su ala protectora.

Pero, ¿cómo calmará el Señor la temblorosa ansiedad de Noé? Una palabra, una promesa del cielo, bastaría. Pero Dios multiplica, no sólo el perdón, sino también la seguridad. Cuando Su palabra brota, lo hace con un sello permanente y revelador. Por ello hace surgir una nueva maravilla de aquellas nubes llorosas- Es un chorro sonriente que asegura a la tierra que las aguas ya no tienen autoridad para destruir.

¿Qué es esta maravilla? Es un arco brillante y alegre que abraza el firmamento. En ese pergamino de luces multicolores se puede leer: Las tormentas descargarán adelante fertilidad. Se desencadenarán, no para herir, sino para bendecir.

¿Cómo se ha formado esta maravilla? Las obras de Jehová son sublimes por su simplicidad. EL sol observa desde atrás, y sus rayos entran en las gotas que descienden de las nubes. Luego llegan al ojo divididos en muchos colores que han dibujado un arco sobre un fondo iluminado. El cielo seca las lágrimas de la tierra, y su bóveda parece repetir el grato himno: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" Por lo tanto, el arco es mucho más que una evidencia del poder y habilidad de Dios. Es el sello

reluciente del brazo protector de Dios. Es la marca dorada con que ratifica el pacto: "... y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne."

Pero la fe mira más allá. Siempre procura percibir la imagen de su amado Señor porque ha aprendido la gran lección de que toda la naturaleza refleja la belleza y gloria de Jesús. También ha leído el testimonio que afirma que Él es la "luz verdadera", y "el verdadero pan", y "la vida verdadera". Por esta razón pregunta con prontitud: ¿No es Él, entonces, el "testigo fiel en el cielo?" Mientras la fe espera para oír la música evangélica del arco iris, resuenan claramente estas palabras: "Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor. Porque esto me será como en los días de Noé, cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reñiré. Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti" (Isaías 54:7-10).

Aquí está revelada la gran profundidad del amor de Dios. Del mismo modo que el diluvio cubrió los picos de las más altas colinas, así también esta certeza anega los pináculos de la vacilación y la duda. El pacto de Noé queda así contrastado con el pacto de Jesús. El Dios que promete detener las aguas representa al Dios que ha jurado salvación hasta el fin. La tierra a salvo de ser destruida por las aguas es la Iglesia libre de toda ira. Pero si la Seguridad de la primera estaba impresa en el firmamento, la de la segunda está en un sello de perpetuidad indeleble: Jesús exaltado en la gloria celestial. Y cuando la fe ve el arco en las nubes, adora al Salvador que está sentado a la diestra de Dios.

Pero esto no es todo. El mismo arco que brilla alegre en las primeras páginas de la Biblia, continúa con el mismo fulgor hasta el fin. En el Apocalipsis leemos que Juan catóba en el Espíritu. Vio ante él una puerta abierta en el cielo y, he aquí, había un trono establecido en él. ¿Y qué es lo que lo rodeaba? En Apocalipsis 4:3 leemos que era un arco iris. Al proseguir la visión, también vio descender del cielo a un ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza (Apocalipsis 10:1). Vemos así que en la plenitud del Evangelio se sigue eligiendo al arco iris como emblema de la gracia y la verdad que vinieron por Jesucristo.

¿Cómo podremos agradecer bastante esta perla añadida a nuestra ya repleta diadema de consolaciones? Ahora, podemos buscar nuestro arco iris en las tormentas amenazadoras. No siempre es visible en el mundo natural, pero siempre brilla en el mundo de la gracia. Cuando nubes negrísimas se ciernen sobre nosotros, el Sol de Justicia, que no está, oculto ni eclipsado, envía su sonrisa, convirtiendo las gotas en un arco iris de paz.

Ilustremos esto con algunos ejemplos de la vida diaria. En nuestro viajar por este desierto, el horizonte se obscurece, con frecuencia, con tempestades chales la acusación de la conciencia, ausencia de paz, dudas alarmantes, y dificultades y problemas aplastantes. Pero detrás de esta cortina tenebrosa el arco iris irradia con todo su poder.

¡Qué triste es el día en que la conciencia empieza a descargar sus golpes despiadados! Los espectros de los pecados cometidos se alzan ante nosotros. Una triste procesión de iniquidades pasadas salen de sus tumbas y nos aterrorizan con sus formas imprecisas, y anuncian que la muerte eterna es su salario. Tan grande es el temor que nos parece que la luz de la vida ya no existe. ¿Puede haber esperanza cuando los pecados han sido tantos, y tan hirientes, y cometidos con pleno conocimiento? ¿Puede haber esperanza después de tan tierno perdón y

curación tan misericordiosa? ¡Cómo aturde el rugido de esta tempestad! Pero en medio de ella la fe mira hacia arriba y ve a Jesús, con los brazos extendidos, ante el trono de Dios. Hay un arco iris sobre su cabeza, y sus brillantes colores parecen escribir: "Padre, perdónalos." "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." La oscuridad desaparece y el gozo retorna.

La ausencia de paz también es una nube cargada. El sendero del creyente está lleno de angustias espirituales. Si hoy descansa con gozo en las laderas soleadas del Evangelio, mañana se aterroriza ante los truenos del Sinaí. David se sienta hoy en el primer lugar del banquete real, pero mañana será un fugitivo en la cueva de Adullam. La iglesia se regocija ahora en la voz del Amado que llama diciendo: "Ábreme." Pero pronto se lamenta exclamando: "Búsquelo y no lo hallé." No puedo detenerme a investigar las causas de estas anomalías, pero, con toda certeza, la culpa está en nuestro corazón. La paz muge si se es indulgente con el pecado. La comunión celestial se interrumpe cuando se descuidan los medios santificantes.

Sin embargo, el arco iris de esperanza que corona la cabeza del Redentor aparece de repente en esas horas áridas, y con letras de luz de verdad proclama: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos." "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos. Nunca te dejaré ni te abandonaré." Una vez más las tinieblas se desvanecen y la claridad del gozo retorna. Los problemas se nos presentan, con frecuencia, como una masa de nubes. El peregrino quisiera subir al monte de Sión, pero a ambos lados se alzan rocas inescalables; el mar se extiende delante y los egipcios acosan por detrás. Como aquellos leprosos de Samaria, exclama: "Si tratáremos de entrar en la ciudad, por el hambre que hay en la ciudad moriremos en ella; y si nos quedamos aquí, también moriremos" (II Reyes 7:4). Cree encontrarse en la misma angustia de David, a quien el enemigo había dejado amargado y los amigos querían apedrear (I Samuel 30:6). Pero mira a Jesús, y el Arco resplandece. "El testigo fiel y verdadero" te anima a continuar, diciendo: "Éste es el camino, andad por él." "Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos."

También las cargas y las dificultades nos oprimen a menudo y el creyente parece hundirse bajo su peso. También Moisés senda esto cuando dijo: "¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?" Pero en esta nube había un arco que brilló con esta promesa: "Ve, porque yo estaré contigo." Y Moisés fue y triunfó. Las mujeres que fueron al sepulcro caminaban preocupadas diciendo entre sí: "Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?" Avanzando con una esperanza infundada vieron brillar el arco iris de aquella nube hallando que la piedra ya no estaba. Pablo tembló cuando tuvo que aparecer solo ante el tirano y su corte. Pero también allí había un arco que le fortaleció: "En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon... Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas... Así fui librado de la boca del león."

Creyente, ¿no te ha llamado Dios, como a Noé, para que entres en el arca de salvación? Si es así, como Noé, puedes también entrever el arco iris en todas tus pruebas y desalientos. Avanza sin desmayar, confiando en el pacto de gracia, porque nada puede separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús. Si crees que las aguas ya no pueden volver a destruir la tierra, debes creer también que ni Satán ni el pecado pueden arrastrarte a la perdición. Tu "vida está escondida con Cristo en Dios". El Dios eterno es el bastión que te protege, y Cristo te rodea con sus brazos. En tanto que Dios sea Dios, y más poderoso que Satán, estás a salvo. En tanto que Cristo sea el Cristo todo suficiente para redimir, estás a salvo. Satán no puede arrancar el arco de las nubes; no puede tocar el trono de Jesús.

¿Acaso no alaban la belleza del arco iris los que no se han refugiado en el arca protectora? Por desgracia, para tales, el arco iris no es un heraldo de paz. Es cierto que anuncia que Dios es amor y verdad, pero un amor rechazado no es buen amigo, y una verdad despreciada es un enemigo despiadado. Cuando el cielo se oscurezca que se echen a temblar, porque la Verdad dice: "Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador..." Que tiemblen cuando el arco brille dulcemente, porque anuncia que Dios lo ha colocado como prueba de que su palabra es inquebrantable.

Estas líneas, creyente, son para guiarte a mirar hacia arriba, y también hacia adelante. Aquí en la tierra no hay arco iris sin nubes o tempestades. Aquí sólo vemos a Jesús con los ojos de la fe, con símbolos, fuentes escritos y los medios de la gracia. Pero muy pronto veremos, el resplandor sereno del arco iris de su gloria. Y mientras lo contemplamos, brillaremos como brilla, y seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es (I de Juan 3:2).

13. LA BENDICION

"Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra." GÉNESIS 12:3.

Nuestro Padre celestial es amor, y la prueba es el don de su Hijo, porque Jesús es amor. La prueba es que Él se ha dado a sí mismo. El Espíritu es amor, y la demostración está en que hace que Jesús entre en el corazón de fe.

De aquí que las Escrituras aparezcan modeladas por una mano de amor, y vienen a ser como un gran mapa que muestra las glorias del Señor a los hijos de los hombres. Cada página añade un nuevo matiz a esa imagen esplendorosa. Cada personaje parece un heraldo que precede a Jesús con una nota que aumenta en claridad. Por eso, cuando Abraham aparece de las sombras de la idolatría, se le anuncia el Evangelio instantáneamente y las buenas nuevas resuenan potentes: "En ti serán benditas todas las naciones" (Gálatas 3:8). La fe ve en Jesús el cumplimiento de esta profecía, porque ¿quién sino Él es la bendición del mundo?

Cuando el patriarca percibió la verdad desde esta altura, pudo contemplar masas incontables de seres inmortales que habían recibido esta bendición a través de las edades sin fin. "Abraham vuestro padre se gozó de que habla de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (Juan 8:56).

¿Quisieras, lector, contemplar maravillas semejantes, y participar del mismo gozo? ¿Desearías ser bendecido en esta vida, y en la muerte, y por toda la eternidad? ¿Te gustaría vivir cada día con la sonrisa favorable de Dios, -reposar cada noche al amparo de sus alas, y descender al sepulcro apoyándote en su brazo, para pasar las después de la muerte y entrar en la nueva Jerusalén? Pues, toda esta bendición se halla en Cristo.

En todo momento de tu vida puedes alzar un corazón tranquilo y decir: El gran Creador es mi Padre; Jesús es mi redentor; el Espíritu es el Maestro, el Santificador: el Consolador que mora en mí; los santos en luz son Mis hermanos; los ángeles son mis fieles guardianes; mi hogar es el cielo; mi asiento es un trono de gloria, y la gloria será mi corona. Sí, toda esta bendición se halla en Cristo.

Pero sin Él no hay bendición. La mano que bendice permanecería inerte, y muda la voz que promete, a no ser por Él. Tales son los hechos como aparecen en las raíces del Evangelio de verdad.

Se podría preguntar que porqué no puede descender la bendición sobre la tierra si no es por medio de Jesús el pecado es el obstáculo que intercepta el camino. La bendición no puede entrar en el canal hasta que una fuerza superior limpie el cauce.

Pero el pecado no se limita a obstaculizar. La maldición es esta tierra en que nacemos, y, por ello, en este desierto vacío no llueve más que dolor. Hemos de ser trasladados al Edén de la Gracia para disfrutar el favor de Dios en abundancia.

Hay muchos que se pasean por esta vida sin darse cuenta de que están en el país de la miseria. Si das un valor a tu alma, examina conmigo este caso solemne. Dejemos a un lado los preceptos del mundo. Que se oculten los conceptos infantiles de nuestra endeble razón y que hable la Palabra desde su trono infalible y elevado, pues su sentencia es clara e inequívoca. Nada

puede oscurecerla. He aquí la decisión del Señor: "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gálatas 3:10). ¡Qué voz más terrible! Te incluye a ti, porque habla de "todo aquel". Esta red envuelve a toda la humanidad. Ni las riquezas del rico ni la pobreza del pobre; ni la edad del anciano ni la juventud del adolescente; ni la cultura del sabio ni la ignorancia del iletrado serán puertas de escape. Ninguna, condición, cualidad o logro puede excusar. Todo ser nacido de mujer, en toda latitud y época, está apisionado por esta terrible sentencia.

No obstante, esta ley sólo proclama un mandamiento: amor. Sólo requiere esto. Pero su amplitud cubre todo pensamiento, y su longanimidad abarca todo el tiempo. Ama a Dios, dice, ama al hombre con toda la intensidad de tu mente, en todo momento de tu existencia. Ama a Dios y ama al hombre de una forma perfecta, sin decaer ni detenerte.

¿Qué ocurriría si se fracasara en el empeño? Entonces el castigo es éste: "Maldito seas tú". No queda lugar para excusas, ni lágrimas, ni penitencia, ni promesas de reforma. La desobediencia significa maldición.

No le vuelvas la espalda a este asunto. Considera en qué forma te afecta. ¿Estoy, acaso, añadiendo a la Escritura? Ciertamente no. ¿Estoy, entonces, exagerando? No. ¿Cómo podría hacer más horroroso lo que ya es infinitamente terrible? Si miras alrededor de tu celda verás que sus muros son altos y no están resquebrajados. No los puedes escalar. Parece que hacen resonar el terrible trueno: "Maldito seas tú".

Pero, ¿en qué consiste la maldición? Es la acumulación eterna de toda la angustia que los recursos de Dios pueden aportar, y su poder infligir. Es el torrente ardiente que nace en el lago de fuego. Es dolor y angustia extremos. Es la eternidad en la suma del tormento. Es el infierno. Éste es el estado, lector, de los que no han huido de los horrores del Sinaí, y mueren sin recibir la bendición de la gracia salvadora que brota de Sión. Pero, ¿por qué te he traído a este valle tétrico? Es porque quiero que veas a Jesús "saltando sobre los montes, brincando sobre los collados" de bendición. Si bien es verdad que la ley desencadena una maldición despiadada, no es menos cierto que la bendición que en Cristo se encuentra es tan extensa y eterna como la primera. Jesús se corona con espinas para poder dar a su pueblo una corona de gloria.

Esta obra maravillosa de transacción se llevó a cabo en el huerto y en la cruz. Y para ello no negó las acusaciones, ni deseó una mitigación, ni arguyó debilidad, ni pidió clemencia. No, sino al contrario, honró y dio sublimidad a la ley en grado sumo. Con ello glorificó al mandamiento como justo, recto y bueno. Así queda demostrado, también, que la maldición es completamente merecida y debe ser sobrellevada.

Jesús clama que todo el castigo descienda, pero no sobre el pobre pecador, sino sobre Sí mismo. Se ofrece, como un sustituto, para soportarlo todo, y todo cae sobre Él. Fue hecho maldición por nosotros. La espada vengadora se hunde en su pecho; el último sorbo de la copa de ira es apurado por Él, y ni una gota queda para aquellos a quienes Él representa. Así, pues, Jesús quita toda la maldición de las manos de Dios, y se presenta como la Bendición del mundo.

Te invitaría gustosamente a que adorasess conmigo a esta Bendición suprema. Pero ante tal maravilla, todo pensamiento y palabra no son más que sombras de una sombra. ¿Sería la libertad una bendición para un prisionero en cadenas; o el perdón de un rey para un traidor convicto; o los encantos de un país para el que retorna del exilio? ¿No es el alivio una bendición rara el atormentado por el dolor; o la voz de la salud para el que se debate en su enfermedad; o la vista para el ciego? ¿No es el consuelo una bendición para el desconsolado; el descanso para el

agotado; el hogar para el vagabundo; el pan para el hambriento; o la paz pisa el temeroso? Pues bien, todo esto no es más que un bosquejo superficial de las bendiciones que abundan en Jesús.

Sería un placer rebuscar en las Escrituras para encontrar las repeticiones incesantes de estas gratas nuevas. Pero un breve ejemplo nos bastará: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Efesios 1:3). En estas palabras no queda nada por decir.

Examina las riquezas de la tesorería de la Gracia. El creyente puede decir que esta herencia es suya. Es imposible medir esa cadena de oro que se extiende desde una mano de Dios en el pasado hasta la otra en 1a eternidad venidera. Y, además, cada eslabón es una bendición.

Contempla el cielo estrellado. Esos orbes esplendentes sobrepasan toda belleza, y su número es incontable. El firmamento de Cristo es así. Está tachonado de bendiciones, y millones de mundos serían de menos valor que la menor de ellas. Los ojos de la fe las ven relucir; son como una constelación de perdón. "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. ." También euros el brillo de nuestra adopción en la familia de Dios: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Luego está la vía ladea de la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy...", y el lucero del pecado destruido: "Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad". La justicia divina destella a su vez: "...y se le llamará: Jehová justicia nuestra". La luz de la vida anuncia: "...y yo les doy vida eterna". En ese firmamento se encierra toda la gloria: "La gloria que me diste yo les he dado". Tenemos, también, la posesión de todo el bien presente y futuro: "Porque todo es vuestro... sea lo presente, sea lo por venir". Y por último se nos da la certeza de que nada nos dañará: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados".

Tal es la gran procesión de bendiciones que el creyente contempla con calma. Pero, ¿son tuyas? Lo son si has encontrado refugio en esos brazos de Jesús que imparten bendición. Si no, ten cuidado, porque tu destino será la noche sin estrellas de la horrenda maldición.

Tal vez me esté dirigiendo a algún ministro del Señor. En ese caso debo decir que, como Jesús, estás para tropiezo y recuperación de muchos. Si quieres hacer de tu obra un ministerio de felicidad, habla a tu rebaño de Cristo. Predica a Cristo con claridad, con plenitud, sólo a Él, a tiempo y fuera de tiempo. Guíales desde el desierto maldito a los únicos pastos donde se pueden encontrar las verdaderas bendiciones.

Quizá esté hablando a un padre. Tú amas a tus hijos. Más de una vez has pedido con ojos húmedos y corazón ansioso que el Señor los bendiga. Pues bien, enséñales a Cristo. Si omites esto, cualquier otra instrucción no hará más que añadir dolor a la maldición, y preparar el camino del infierno.

Lector, tú tienes amigos que estimas como tu propia vida, y cualquier trabajo te parece ligero si con ello contribuyes a su bienestar. Recuerda que el que no es amigo del alma, es en realidad un enemigo. Para tener amistad con un alma hay que guiarla a Cristo.

Tal vez ocupes un cargo de responsabilidad y, sea en la familia o en el trabajo, hay quien depende de ti. Como es natural, tú te preocupas por su bienestar y se lo proporcionas. A su vez ellos esperan tu ayuda y tú se la brindas. Hasta aquí todo está bien. Si este mundo lo fuera todo, serías una bendición para ellos. Pero el mundo que realmente importa es el que está más allá del

sepulcro. Por ello, para ser una verdadera bendición, debes atraerlos al conocimiento, fe, amor y servicio de Jesús.

Supongamos que perteneces a un nivel más humilde. En ese caso piensa que muchos de los mejores siervos del Señor eran pobres, y no obstante hicieron ricos a muchos. Posees una lengua que emite muchas palabras cada día, y cada palabra llega a algún oído y quizá a algún corazón. Debes creer que tus humildes palabras pueden ministrar gracia y bendición al servir de canales que transporten la salvación de Jesús.

Sea quien fueres no deseches estas grandes verdades, -el Espíritu dará testimonio a tu espíritu de que la Bendición de todos los pueblos de la tierra es, también, la bendición de tu corazón. Permanece en El, y la Bendición de Abraham, el amigo de Dios, será tuya: "Te bendeciré y engrandeceré tu nombre".

Pero no podremos imaginar en qué consiste esa bendición hasta que oigamos Su bienvenida: "Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

14. MELQUISEDEC

“Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino...”

GÉNESIS 14:18.

Había concluido la primera guerra que ensombrece las páginas de la Historia. Abraham regresa coronado por el éxito y cargado de botín. Súbitamente, aparece ante nuestros ojos una escena tan maravillosa por lo que revela como por lo que oculta. En las páginas de las Escrituras se alza un personaje que viene envuelto en gran misterio, y ya su mismo nombre atrae nuestra atención pues lleva mensaje de Evangelio. En cuanto a dignidad terrenal, su posición es alta, ya que es rey de Salem. Por sus oficios sagrados también ocupa lugar prominente, pues es sacerdote del Dios Altísimo. Si investigásemos su linaje tropezaríamos con un velo imposible de traspasar. Sobre su vida el sol nunca sale ni se oculta. Cuando aparece, lo hace con todo su vigor, luciendo como el sol de mediodía. Tan oscuro es en su sublimidad y tan sublime en su oscuridad, que debemos preguntarnos: ¿Estamos sólo ante un hombre? Al aparecer no trae sus manos vacías, ni sus labios guardan silencio. Reconforta al patriarca con provisiones para el camino, y a esto añade el aliento de la bendición en el nombre de Dios. El derecho a la reverencia y al homenaje pertenece a Abraham, y, no obstante, éste le entrega el diezmo de todo.

Éste es el relato que nos ha llegado. Pero las Escrituras no se detienen aquí, sino que nos enseñan que todas estas líneas son pistas que nos conducen a Jesús. En este importante personaje vemos con gran claridad las glorias del oficio de nuestro Señor. Con una frase concisa las Escrituras nos dicen que Melquisedec es "hecho semejante al Hijo de Dios" (Hebreos 7:3). Con frecuencia se anuncia que Jesús es "sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec." Por eso la fe, que sólo subsiste mirando a Jesús, se sienta a Sus pies con gozo santo, al calor de los rayos del Evangelio.

¡Contempla a Melquisedec Sus antepasados están ocultos, con sabio propósito, a nuestra vista. También los primeros orígenes de Jesús están envueltos en nubes y oscuridad. Por generación eterna es el Hijo coeterno del Padre. Pero, ¿quién puede entender tal misterio? Es decir, que el que engendra no precede al engendrado, y el engendrado no es posterior al que actúa de padre. Esta verdad es como un océano sin límites. Quedémonos a sus orillas con mansedumbre y admirémosla. Pero no nos apuremos porque no podemos sondear lo que es insondable. El pináculo de esta verdad se oculta en lo profundo de los cielos, y nosotros, pobres gusanos terrenos, debemos permanecer con reverencia en torno a su base. Para conocer la esencia de Dios debemos poseer, primero, la mente de Dios. Para verle como es, debemos ser como Él es. Para medir las dimensiones de su naturaleza, debemos poseer su infinitud, y sentarnos en su trono como amigos.

Leemos, y sabemos que Jesús es, por generación eterna, Dios de Dios, y Dios verdadero del Dios verdadero. Si bien es verdad que no podemos sumergirnos hasta lo profundo, podemos, al menos, refrescar nuestras almas en las aguas de la superficie. Porque todo esto significa que Cristo es suficiente para pactar con Dios, y para satisfacerle, salvando así a su pueblo hasta el fin. No podemos ver la cuna de Melquisedec, es cierto; pero le vemos sobre la tierra hecho ya hombre. Los testigos oculares que oyeron y tocaron a Jesús, dan testimonio de que también Él anduvo en este tabernáculo de barro, pudiendo así derramar su sangre para nuestro rescate.

En cuanto a Melquisedec, no podemos hallar ni su principio ni su fin. La investigación no nos revelará cuándo empezó o cesó de existir. Así es Jesús. Su Piedad es como un día imperecedero que se extiende de una eternidad a otra. Su ser fluye como una corriente continua. Antes de que el tiempo existiera su nombre era "Yo soy el que soy." Cuando el tiempo concluya su nombre seguirá siendo "Yo soy el que soy."

¿Te causa, lector, tal grandeza temblores de espanto? Tal vez te preguntes si puedes acercarte y echarte en sus brazos. No lo dudes. Mira a Jesús. Su amor es tan eterno como su ser. No ha vivido, ni nunca vivirá sin dejar de tener a su pueblo grabado en su corazón: "Con amor eterno te he amado; por tanto te prolongué mi misericordia." Los muros de Sión se yerguen perpetuamente ante Él. Tan gran inmensidad da aliento, porque es la inmensidad de una gracia tierna.

Melquisedec. ¡Cuán grande es este nombre! Quién lo pronuncia está en realidad diciendo: Rey de justicia. Pero, ¿quién sino Jesús puede reclamar tal título en todo su significado? Porque, ¿qué es su obra, y qué su persona sino la gloria de la justicia? Desde que Adán cayó, la tierra no ha visto justicia excepto en Él. Su reino es primero justicia y luego paz (Romanos 14:17). Existe allí un trono, justamente erigido, que administra la justicia. Todos sus estatutos, preceptos y órdenes; cada decreto, cada recompensa o castigo es como un rayo de justicia. Cada súbdito aparece esplendente con los ropajes reales de la pureza, y ciñendo una corona de justicia (11 Timoteo 4:8). Cada uno se deleita en su nueva naturaleza de justicia.

Lector, ¿no anhelas ser justo como Él también es justo? Sólo existe un camino: aférrate a Jesús. Su Espíritu matará en ti el amor al pecado, y te dará las simientes vivas de la justicia.

Melquisedec era un monarca local. Su ciudad estaba adornada con el nombre de Salem, que significa Paz. La guerra que había azotado el país no afectó a sus pacíficos ciudadanos. Y aquí tenemos de nuevo un dulce símbolo del bienaventurado reino de Jesús. Sus dominios están envueltos en una atmósfera de paz, son como un abrigo de calma imperturbable.

El cielo ha firmado la paz con los habitantes de este reino. El pecado se rebeló, y despertó la ira divina tiñendo de cólera cada atributo de Dios. Se desenvainó la espada de la venganza, y las flechas destructoras apuntaron hacia este mundo de iniquidad. Pero he aquí que viene Jesús y limpia a su rebaño de toda mancha de maldad. Él es "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo". El ojo examinador de Dios no puede hallar causa alguna de enemistad, y su sonrisa desciende sobre ese reino lavado con sangre.

También sus ciudadanos tienen paz con el cielo, porque aunque el pecado les había llenado de odio a la santidad de Dios, de temor a su brazo vengador, y aversión a su presencia, Jesús, por medio de su Espíritu, arranca ese corazón de piedra e implanta otro lleno de amor filial. Y ahora sólo se encuentra deleite en acercarse a Dios, andar a su lado, escuchar su voz y cantar sus alabanzas.

Los habitantes del reino tienen paz interior. Al ver la cruz se aquieta toda tormenta de la conciencia, y la voz acusadora de Satán se apaga. Pueden ver a un Redentor divino que apaga con su sangre las llamas del infierno, y construye con sus méritos el palacio celestial.

No existe la paz, lector, fuera de este Salem. Pero dentro de sus muros se oye un canto de paz perfecta. Sus puertas aún están abiertas. El Príncipe de Paz está llamando. ¡Bienaventurados son los que le oyen y se apresuran para recibir el reposo que Él da!

Melquisedec ejercía las funciones más santas. Era sacerdote consagrado del Dios Altísimo. Por ser rey ocupa un lugar sobre los demás hombres; y siendo sacerdote está ante Dios continuamente. Este mismo santo oficio es el que Jesús posee, y no desdeña obra alguna que pueda servir a la Iglesia. La entrada del pecado requiere una expiación porque no hay pecador que pueda aproximarse, sin una causa que borre la culpa, a un Dios que odia el pecado. Y esta expiación sólo se puede realizar mediante la muerte de una víctima propiciatoria, y esta víctima sólo puede morir a manos de un sacrificador. Por esta razón necesitamos un sacerdote que celebre este rito sangriento, y en Jesús hallamos todo lo necesario. Por lo tanto, creyente, exclama con gozo que Cristo es tu todo.

Hay un altar; ese altar es Cristo. Ningún otro sería suficiente. Sólo Él puede sostener la víctima que ha' de llevar los pecados del pueblo. Traen un cordero, y ese cordero es Cristo. Ningún otro posee en su sangre un mérito equiparable a la culpa del hombre. Y por ello Jesús, Dios en esencia y hombre en persona, se extiende sobre el madero maldito. Pero, ¿qué sacerdote se atreverá a acercarse a este altar sobrenatural? ¿Qué mano se alzará contra esa víctima divina? Su sola vista haría temblar a un hombre hasta consumirlo. Jesús, pues, tiene que ser el Sacerdote.

Pero, ¿puede sacrificarse a Sí mismo? Lector, la voluntad de Dios viene determinada por su naturaleza. Su corazón está lleno de amor por su pueblo. Cristo mira a Dios, y mira a su Iglesia, y da su sangre con gozo. Creyente, abre bien los ojos de la fe y contempla la obra gloriosa de tu glorioso Sumo Sacerdote. Cristo no se perdona a sí mismo para que todos aquellos que se refugien en Él puedan ser perdonados para siempre.

Pero hay que hacer notar que el Cordero ha muerto una vez para siempre. La obra del Sacerdote en la tierra ha sido concluida para siempre. Las tinieblas se han disipado. El Sacerdote ha entrado con su propia sangre en el lugar santísimo, obteniendo así eterna redención. ¿Hay aún quien se atreva a hablar de sacerdotes, altares y sacrificios en la tierra? Que teman cuidado y lo consideren. Es algo grave jugar con el lenguaje del Espíritu y con los nombres de Jesús. Lo que empieza por la ignorancia puede terminar en la muerte. En la obra del Sacerdote aquí abajo hay esta gloriosa inscripción: "Consumado es". Y en su obra allá arriba está escrito: "Nunca cesa". Jesús vive, y por ello su oficio vive también. Mírale, creyente, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas. Aparece con vestiduras sacerdotales, y sobre sus hombros están los nombres del verdadero Israel, que es una prueba de que mientras su corazón palpita lo hace por ellos. La voz de Su intercesión siempre se oye y siempre triunfa. Padre, perdónalos; y son perdonados. Padre, ten misericordia de ellos; y las misericordias descienden rápidas. El incienso de Su intercesión asciende continuamente. Padre, bendícelos; y son bendecidos. Con su mano extendida recoge todas sus ofrendas de oración, alabanza y servicio. Luego las perfuma con la rica fragancia de Sus méritos. Todo lo dignifica con Su dignidad, y así nuestra pobreza se convierte en gran bienestar.

Melquisedec sale al encuentro de Abraham con pan y vino. El agotado guerrero se halla débil y muy cansado, pero esta provisión le reconforta. El Señor cuida con ternura las necesidades de Su pueblo. La maldición sobre los amonitas es terrible por no haber dado pan y agua a Israel cuando iban de camino después de salir de Egipto (Deuteronomio 23:4). Aquí tenemos otra imagen de nuestro gran Sumo Sacerdote. Con divina generosidad Cristo da todo lo que una fortaleza desgastada, un espíritu decaído o un corazón desmayado necesita. La batalla de la fe es dura; el sendero de la vida nos parece, con frecuencia, largo; pero a cada paso nos encontramos con salas de banquete abiertas con toda clase de deleites preparados. Tenemos el manjar sólido de la Palabra; las copas rebosantes de promesas; las fuentes abundantes de las

ordenanzas; los símbolos, que son como el maná de la mano de Dios; y tenemos también el aliento espiritual del cuerpo que Él entregó, y la sangre que derramó. Nuestro verdadero Melquisedec nos invita para que nos acerquemos. Y mientras nos regalamos con fe vivificante, aquella voz amorosa se deja oír diciendo: "Bendito seas del Dios Altísimo".

El patriarca, con reverencia agradecida, ofrenda el diezmo de todo. ¡Oh alma mía! ¿Qué darás tú al gran sumo Sacerdote? Dile con lenguaje de adoración: Señor, yo soy tuyo; Tú me has comprado con tu sangre; Tú me has ganado con la ternura de tu gracia; Tú me has llamado con tu voz irresistible; Tú me has subyugado con tu Espíritu. Soy tuyo. Mi alma es tuya para adorarte; mi corazón es tuyo para amarte, y mi cuerpo para servirte. Con mi lengua te alabaré, y mi vida es tuya para glorificarte. Mi eternidad es tuya para contemplarte, para seguirte, para cantar tu nombre. Pero la Eternidad -la Eternidad- es demasiado corta para que un alma redimida glorifique a Jesús, el Redentor.

15. EL ESCUDO

“No temas, Abram; yo soy tu escudo...” GÉNESIS 15:1.

Ya había Abraham oído el estruendo terrible de la guerra, y se había visto en los peligros de la batalla. Por eso sabía bien que sin la protección de un escudo el guerrero se precipita a una derrota y a una muerte ciertas.

Apenas ha enfundado la espada, cuando el Señor, obrando con misericordia, visita a su fiel siervo. Sus palabras de aliento llegan a tiempo: "No temas, Abram; yo soy tu escudo". Dios rodeaba al patriarca completamente, y su seguridad consistía en saber que todo enemigo no era más que paja.

Cada soldado de Jesús puede verse reflejado en ese Abraham luchando y escuchando. El servicio del Señor, aunque esté suavizado con la paz del cielo, es una tormenta de embates terrenos e infernales. El reposo de la fe no elimina la lucha de la fe. El descanso en la turbación no significa descanso sin turbaciones. Necesariamente hemos de encontrarnos con bandas hostiles en este territorio hostil. Satán aún tiene poder y está lleno de ira. La carne aún es la carne y codicia contra el espíritu. El mundo es aún el mundo, y, aunque está desgastado por tantos siglos de pecado, todavía tiene vigor para odiar, aptitud para herir, poder y fuerza para encadenar. Por eso se están librando batallas sin cesar. Pero todo es en vano, porque Jesús vive y ama siempre, y sigue animando a cada creyente diciéndole: "No temas, yo soy tu escudo".

Pero, ¿qué es un escudo? Es simplemente un arma diseñada para la defensa, que el combatiente lleva en el brazo y que, con movimientos rápidos, detiene las acometidas del enemigo. Sea cual sea el ataque, su ancha superficie se interpone, y todo lo que está detrás queda salvo. Del mismo modo, en el cruento campo de batalla de la fe, Jesús es una cubierta protectora, y los dardos del enemigo son como cañas inofensivas.

Esto es un ejemplo santo, lector. ¡Ojalá le enseñe lecciones santas al alma! Lo hará si, por la gracia vivificante del Espíritu, la fe ve a Jesús más claramente, y el corazón le, ama más. Tomemos, pues, nuestro puesto de oración en el terreno de la verdad, y percatémonos de los peligros que nos amenazan, y del modo como Jesús los aleja.

¡Cuán pocos sopesan debidamente los tremendos peligros a que el pecado los conduce! Pero, ¿se menospreciarla o se trataría superficialmente a este monstruo si se conocieran verdaderamente su naturaleza y sus consecuencias? ¿Vivirían los hombres en su abrazo fatal si supieran que es lo que les hace enemigos de Dios? Dios se reviste de justa ira, y los rayos de su furia arden contra el pecado. El brazo del disgusto omnipotente siempre está alzado para destruirlo.

Vista es la terrible realidad. ¿Cómo podrán resistir el polvo y las cenizas ante la infinita magnitud de Su venganza, y la multitud de Sus recursos? Es imposible huir, pues Dios está por doquier. Resistir es inútil porque Dios es todopoderoso. Confiar en si mismo es la ruina, pues el "yo" es el pecado; y el pecado es la única causa de la ira divina.

Cristo Jesús está entre la majestad ofendida de Dios y el ofensor condenado, presentándose para recibir cada golpe. Caen éstos, y vuelven a caer, porque la verdad y la santidad así lo requieren. La terrible descarga de la indignación de Dios le azota horriblemente. "Agradó al Padre herirlo.» Pero Jesús todo lo soporta. La divinidad defiende lo que la divinidad ataca. Dios blande su espada contra Si mismo. Todas las armas del arsenal de Dios caen sin causar daño porque todas desahogan su furia en el pecho del Hijo coeterno y poderoso de Dios. Así es como el creyente se encuentra con la ira de Dios, y continúa viviendo.

Lector, ¿has hallado refugio en Jesús? Sólo mereces calamidades, y tienen que venir. Jactarse de nuestra indefensa naturaleza es la perdición segura. No existe sombra. de cobijo si, no es bajo Sus alas protectoras. ¿Te has refugiado, por fe, en este abrigo? La fe, y sólo la fe, da acceso a este fuerte impenetrable. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro señor Jesucristo".

Pero el odio que Dios tiene al pecado no es nuestro único adversario. Está ese ser maligno, teñido con la sangre de millares de nuestros semejantes, que sólo puede odiar porque su corazón es el mismo odio. No tiene compasión sino que, por el contrario, se alegra de la miseria del hombre. No perdona, porque él vive cuando nosotros morimos. Desde los primeros días de nuestra peregrinación está tramando sus trampas y su guerra despiadada. Prepara una emboscada en cada revuelta, y' unas veces es una lluvia de dardos, o el peso de una descarga incesante, o una flecha que repentinamente se dispara en la oscuridad. Y caemos en un instante, antes de que sospechemos el peligro. Este enemigo nunca duerme ni está cansado. Nunca se aplaca ni pierde la esperanza. Sus golpes van dirigidos tanto a la debilidad infantil como a la inexperiencia de la juventud; a la fortaleza viril o a la vacilante vejez. Las sombras de la noche no le alejan. Se encuentra en todas partes, y en todo momento, por medio de sus legiones. Entra en palacios, chozas y fortalezas. Llena cada habitación de cada hogar; está en los bancos de cada santuario. Se atarea con el atareado; va de un lado para otro con el activo; se sienta junto al lecho del enfermo y susurra a nidos del moribundo. En ese momento en que el espíritu abandona su morada de barro, el maligno tensa su arco con rabia despiadada.

Tal es nuestra lucha perenne y aterradora- ¿Cómo es, entonces, que no recibimos una herida mortal a cada momento? Seríamos derribados si no tuviéramos en torno un escudo más resistente que nuestros propios esfuerzos o propósitos. Y, ¿quién sino Jesús puede dar tal protección?

Cristo interpone el poder de su intercesión: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte..." Sus oraciones son nuestra victoria porque obtiene la ayuda divina y nos sostienen con el poder del cielo.

De este modo resistimos al diablo, y éste huye de nosotros.

Jesús nos protege, también, dándonos el escudo de la fe. El es autor y consumidor de este don. Los dardos incendiarios del maligno no tienen poder contra esto. En cuanto lo tocan se apagan.

Su sangre derramada es otra protección inviolable. Satán tiembla al verla. Es una malla que él no puede atravesar. La experiencia de la Iglesia de los redimidos es está: A pesar de estar gravemente oprimidos son más que vencedores porque triunfan por la sangre del Cordero. Por esto ese ser maligno no puede tocar a los que Jesús escuda.

Pero hay otros enemigos acechando en cada escondrijo del campo de batalla. Tenemos que luchar con nuestra propia personalidad, que nos rodia con su abrazo destructivo. La carne, con sus terribles concupiscencias, no da cuartel. David se enfrentó con ella sin su Escudo, y murió llevando las cicatrices que le dejó. También José fue atacado y, aunque el plan del enemigo era ingenioso, amplio y fuerte, el Señor protegió su corazón y la tentación no triunfó. "¿Cómo, pues", dijo, "¿haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?" El asalto fracasó y José quedó a salvo.

También los placeres, los lujos y los grandes honores derriban un número incontable de víctimas. Nadie puede resistir estas cosas con la escasa fortaleza humana. Pero ninguno que tenga al Señor por escudo puede ser derrotado. Moisés fue tentado con seductoras posibilidades. Podía haberse sentado junto al rey con categoría regia. Pero "se sostuvo como viendo al Invisible." Y aun después de muerto nos dice cómo podemos hacer retroceder a ese astuto ejército de fascinaciones.

El temor al hombre y la amenaza de la persecución producen, también, heridas mortales. Esta angustia asaltó a Daniel y a sus jóvenes amigos en la cautividad. La ira del tirano, el horno ardiente y el foso de rugientes fieras se alzaban amenazadores ante ellos. Pero se refugiaron en el Señor, y Él fue el Escudo que protegió sus cuerpos espíritus.

Y además, el sendero que conduce a Sión discurre ante las bocas de los cañones que sirven legiones de preocupaciones y ansiedades para vomitar sus venenosos proyectiles. ¡Con qué rapidez aúnan sus esfuerzos para atormentarnos! Hoy estoy bien, por gracia. Pero, ¿qué traerá el mañana? Los amigos pueden abandonarme; la enfermedad y la flaqueza pueden arruinar mi cuerpo. Y estos pensamientos nos acosan con tesón. Sólo el Señor nos puede proteger. Sólo Él puede aniquilar su aguijón. Para hacerlo, despliega ante nuestros ojos su amor eterno, su presencia constante, su cuidado providencial, sus promesas siempre vivas. No hay temores que puedan matar o apagar la vida del alma cuando la voz de Jesús musita: "No temas, porque yo estoy contigo." "Todo es vuestro." "Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte." Ciertamente, el alma está rodeada de paz cuando se encuentra en los brazos de Jesús.

¿Eres, lector, un verdadero discípulo de este Señor? Si es así, dime cuál es tu tentación, tu enemigo, tu peligro, tu necesidad, y te mostraré a ese Jesús todopoderoso, inmutable y cuidadoso que te guardará de todo mal. "Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo y será levantado."

¿Estoy, quizá, conversando en estas páginas con alguien que se encuentra alejado de Cristo? ¿Podría hablarte de la seguridad, oh pobre hijo del hombre? Sí, debo avisarte de que te encuentras entre ruinas e indefenso por todos lados. ¿Con qué te protegerás de la ira de Dios? ¿Y con qué de la rabia de Satán; y de tus propias heridas; y de ese mundo que asesina el alma? No tienes nada. ¡Oh, piénsalo! Todavía no es demasiado tarde. Aún vives, y aunque tus heridas son muchas pueden ser curadas; tus numerosos enemigos desaparecerán ante ti como humo que se desvanezca. Estas palabras que sigues con los ojos, te dirigen al único refugio. ¡Ve a Jesús! Siempre lo tienes cerca, y siempre es suficiente para ser tu Escudo contra todo.

Creyente, ¿vas a dudar en adherirte a esta verdad? ¿Es que no has hallado en Él una ayuda poderosa? ¿Acaso no puedes decir con David: "Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios. Mas Tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí."? Clama tú también: "Bienaventurado tú, oh Israel, ¿quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y

espada de tu triunfo?" Di con alegría: "Oh Israel, confía en Jehová; Él es tu ayuda y tu escudo. Casa de Aarón, confiad en Jehová; Él es vuestra ayuda y vuestro escudo. Los que teméis a Jehová, confiad en Jehová; Él es vuestra ayuda y vuestro escudo."

¡Qué aliento tan especial halla aquí el fiel ministro de Cristo! ¡Qué bastión tan potente para los humildes obreros del campo evangélico! Parece que no hacen más que sembrar con temblor la simiente de unas pocas palabras llenas de debilidad. Pero esta simiente echa raíces, y brota una graciosa planta que exhala la fragancia de un nuevo Edén, y produce frutos para el granero del Rey de reyes; prospera a pesar de estar en un clima adverso, requemada por un sol ardiente, y golpeada por la lluvia y la tempestad. El jabalí de los bosques no la puede estropear, ni las bestias pueden devorarla. ¿Y por qué es esto así? Porque todo lo glorioso tiene una defensa. Porque no hay arma dirigida contra ella que pueda triunfar. La Palabra del Señor es verdad: "Yo soy tu escudo."

Por consiguiente, siervos del Dios vivo, bendecid su santo nombre. Él hace que siempre triunfemos en Cristo. Avanzad con el escudo de la fe, y bajo la protección del Señor. El conflicto terminará pronto, y en el reino de la salvación cantaréis las glorias del Escudo que nos ha salvado.

16. EL GRAN GALARDON

"Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande." GÉNESIS 15:1.

Una de nuestras grandes verdades es que el bienestar y la paz moran continuamente juntos en el pecho del creyente. Y tiene que ser así, porque donde hay fe allí está Cristo, y Él es el autor y dador de todo gozo.

Retírate, lector, unos momentos, y medita las sencillas palabras que tratan de confirmar este principio. Si el Espíritu revelador de Cristo descorre el velo, podrás ver el mismo manantial de la felicidad. Y al beber de esta corriente pura podrás continuar tu camino poseyendo mucha bendición celestial, y con la perspectiva del mismo cielo ante ti.

Nos trasladamos ahora a los inspiradores anales de Abraham. Hallándose éste en su país natal, en su hogar, y rodeado de sus amigos íntimos, oyó una voz que le sacudió de su letargo: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre..." Muchos hubieran dicho que aquello era demasiado duro. Pero el elegido de Dios no. Por fe "obedeció... y salió sin saber a dónde iba." No perdió nada. Abraham recibió mucho más en este tiempo presente, y la vida eterna en el mundo venidero.

Después de haber derrotado a varios reyes para rescatar a Lot, Abraham tuvo tesoros principescos a su alcance. Montones de oro y plata relucían a sus pies. "Toma para ti los bienes", fue la tentadora oferta; pero con santa indiferencia les volvió la espalda. Y no perdió nada, porque después recibía una certeza más rica que todos los tesoros de la tierra: "No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande."

Este relato nos viene de un maestro infalible, y nos enseña que el verdadero cristiano está llamado a renunciar a muchas cosas, a ser abnegado y pisotear constantemente los cebos dorados de este mundo. Pero también nos enseña que todo renunciamiento es riqueza, y toda pérdida es ganancia. El que lo deja todo por Cristo, recibe más en Él.

Unos pocos ejemplos bastarán para afirmar esta verdad. Hay una inscripción sobre la entrada del sendero que conduce al cielo que dice: "Estrecha es la puerta y angosto el camino." Por lo tanto, el que desee entrar debe despojarse de esos ropajes fastuosos que los hombres ostentan en las amplias avenidas terrenales. Hay que arrancar toda auto justificación porque esto es lo que realmente debilita al alma. La confianza en méritos imaginarios se adhiere a nosotros como la misma piel. Pero hay que renunciar a todo. Las formas más queridas de nuestra propia personalidad deben ser despreciadas y odiadas como algo abominable. Nuestras cualidades más apreciadas, nuestras presunciones predilectas y las causas de nuestra superioridad deben ser rechazadas como un trapo sucio. Es muy duro arrojar todas estas cosas e ir desnudo a Jesús para que Él nos vista, pero si de algún modo queremos ser salvos, hay que hacerlo.

Se debe, también, pulverizar y echar al viento toda esperanza que fije su salvación en los ritos y cultos externos, o en los símbolos de la gracia. Los canales de la gracia no son la gracia misma. Los medios no son el fin.

La puerta no es la mansión. Es éste un acto que requiere el espíritu de un mártir y algo más que el mero discernimiento humano. Satán es muy hábil para cubrir nuestras buenas obras, e incluso nuestros lugares santos, con una capa de eficiencia salvadora. Ese ser maligno insinúa, también, que si no creemos en todas esas cosas le quitamos su valor a la religión. Pero no lo dudemos: si no confiamos en un Cristo único y sin añadiduras nuestra confianza no sirve de nada.

Apenas necesito decir que esos pecados placenteros que por largo tiempo han sido acariciados en los rincones secretos del corazón, se deben sacar a la luz, y allí sacrificarlos. Esto es, con frecuencia, como arrancarse el ojo derecho. Pero no debe haber compasión, porque Cristo es luz y el pecado tinieblas. ¿Cómo pueden estar unidos?

El pecado que se ama, que se excusa y que se retiene, ata el alma alas ruedas del carruaje en que Cristo no se puede sentar.

Y el amor al mundo, con sus locas vanidades, sus exhibiciones vacías, sus consejos impíos, sus placeres sucios, sus falsos principios, sus libros profanos, y toda su adoración idolátrica del talento, el ingenio y la mal llamada gloria, debe ser, también, clavado a la cruz. Hay que rechazar esa conformidad como si fuera veneno o el contacto de una víbora. El trono del corazón debe ser sólo para Cristo. El centro de todo goce estar en Él; toda flor de aliento se debe recoger en Él. Este andar en Cristo es un apartarse del país de lo humano, del parentesco del pecado, del hogar del diablo. Es una marcha hacia la tierra que Cristo nos dará; y requiere muchos esfuerzos, muchas batallas y conflictos, de modo que necesitamos tomar el cayado y las sandalias cristianas, y desdeñar todo lo que nuestra naturaleza tanto ama.

Pero, después de todo, ¿qué es lo que se rechaza? Nada sino sombras y vanidades; nada sino humillación, tristeza y miseria; nada sino la carga opresiva de sombras burlescas, de una preocupación roedora, de esa carrera interminable tras el vacío y el temor del balance futuro. Pero lo que se gana en Cristo es la sustancia de todo el bien y la perfección de toda excelencia. Jesús nos recibe en las cámaras íntimas de su amor y nos abre su corazón. Todo pecador que a Él va oye una voz que le dice: Te entregas a Mí porque Yo me entregué primero a u, y ahora me entrego a ti. No temas, Yo soy "tu recompensa sobremanera grande".

¡Oh, alma mía! ¿Es tuyo este tesoro de plenitud? La escoria se transforma en oro, las nubes en cielo brillante, el suspiro en canto, la tierra en la antesala del cielo. Fíjate en la inmensa certeza que ese Yo soy "tu recompensa sobremanera grande" da. Hubiese sido un favor maravilloso si la promesa fuese: Te daré una recompensa. Pero el decir: "Yo soy tu recompensa" es algo mucho mas grande que un favor. La perspectiva de una gloria futura hubiese sido un aliciente agradable, pero el conceder este don como privilegio presente es una merced sobre todas las mercedes. "Yo soy tu recompensa." Si Dios le hubiese prometido que no perdería nada en su servicio, ya hubiese sido algo maravilloso; pero lo que le dice es: Yo soy "tu recompensa sobremanera grande". Así, pues, ésta es nuestra inmensa seguridad. Cristo mismo es la recompensa, la actual, la grande, la sobremanera grande recompensa que llena todo corazón creyente. Todo lo que él es y tiene, nos pertenece. Nuestro es su amor, que no tiene principio; nuestro por su gracia sin limites; nuestro por su promesa inmutable; nuestro por su don irrevocable. Sí, es nuestro porque Él se deleita en bendecirnos, y se regocija en nuestro gozo.

Gustosamente hablaría de la recompensa que Cristo da al entregarse a Sí mismo. Pero las lenguas de hombres y ángeles fracasan en este intento. Cristo es Dios. Su divinidad es un tesoro, por ello dice a su pueblo: Abrid las manos, mi deidad es vuestra. Puesto que es Dios, su poder es

ilimitado, y lo usa para bien de los suyos, para protegerlos de la furia del mundo y del infierno. Su poder es como una Arán barrera que los separa cada momento de la destrucción. Vence a Satán haciéndole retroceder. Persuade al Padre atrayéndole más cerca. La sabiduría de Cristo es inescrutable. No obstante, toda ella es para su pueblo. Todo lo planea y dispone para que, tanto la ruina de un imperio como la caída de un pájaro, sea para bien de ellos. Su Espíritu les pertenece, y ha sido enviado para despertar, para revelar la salvación, para llevar a la cruz, para animar, santificar y conducir a los pastos de verdad y santidad.

Cristo es Dios-hombre. Como tal murió, sufrió grandes agonías y sobrellevó la maldición, introduciendo así la justicia y adquiriendo un corazón afín al nuestro para comprendernos. Pues bien, todo es nuestro. Su muerte es nuestra para que nunca muramos. Sus agonías son nuestras para expiar nuestro pecado. Su maldición nos pertenece para redimirnos. Nos ha dado su sangre para hacernos más blancos que la nieve pura. Su justicia es nuestra para adornarnos con la hermosura que nos hará dignos de la mirada admirativa del Padre. Tenemos su compasión para que sienta nuestras debilidades y se compadezca, como un hermano, de nuestros dolores. También su vida presente es nuestra, para que vivamos. Su intercesión nos pertenece, y de aquí brota un río de bendiciones continuas. Su defensa es nuestra, y por eso el perdón nunca cesa. El rostro de Dios se ilumina con una sonrisa.

Un poco más, y Jesús volverá otra vez. Su regreso nos es dado para recibimos con cuerpos glorificados. Tenemos el cielo como hogar, y su trono para reinar. Sus ángeles son nuestros ministros guardianes. Su Providencia se mueve para nuestro bien. Sus ministros nos llaman, alimentan y edifican. En sus Escrituras vemos, como en un espejo, su obra y aprendemos sus caminos. Vivimos, pues, para recibir de Él la gracia. Morimos para alcanzar la gloria; y resucitamos para ver toda la perfección de Jehová y gozarnos en su presencia.

Procura, lector, ampliar estos pocos indicios, pues tienden a mostrar la maravilla de esa "recompensa sobremanera grande" en Cristo. ¿Desearías participar de ese estado feliz? Ven, entonces, ríndelo todo ante Cristo. Hazle tuyo por fe. Alza las puertas de tu corazón y el Rey de Gloria entrará. Permanece en Él, y Él permanecerá en ti. Dale tu confianza y Él te dará esta incalculable recompensa. ¿Acaso crees que sus bendiciones no son tan ricas ahora como lo eran antiguamente? ¿Acaso sus recompensas han perdido algo de su inconmensurable grandeza? Imposible. Ejerce la fe de Abraham, y oírás y hallarás, como él oyó y halló: Yo soy tu "galardón sobremanera grande". Como el agradecido Jacob testificarás diciendo: "Dios me ha hecho merced, y todo lo que hay aquí es mío". Como Moisés experimentarás que el vituperio de Cristo es mayor que los tesoros de los reinos. Entonces pulsarás la cuerda del arpa de David cantando: "Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa"- Tu corazón rebosante de gozo testificará que apenas te había dicho la mitad.

Pero no necesitamos ir a las primeras fuentes de la fe para mostrar que Cristo es este "galardón sobremanera grande". Es, simplemente, la experiencia de todos sus siervos. Hay hogares donde, a pesar de la penuria, el piadoso padre sonríe conformado y entona el canto celestial sobre su escasa provisión. Muchos son los oprimidos y ofendidos en cuya boca no se halla ni un reproche ni una queja sino una mansa expresión de alabanza. Hay muchos que se consumen de dolor y, sin embargo, sus gemidos son verdaderas melodías de gratitud. Hay muchos lechos de moribundos donde la muerte queda abolida y la paz triunfa. Sólo la fe puede explicar todo esto, porque conoce a Aquel que con su presencia, hace ligera toda carga y transforma toda tristeza en gozo. Sí, es el Señor que está allí por la fe. Él es el "galardón sobremanera grande".

La fe, con sus alas, atraviesa los cielos y llega a entrar en el mismo hogar de los redimidos, contemplando una escena maravillosa: Multitudes inmensas con vestiduras blancas, con coronas de justicia, con palmas de victoria e himnos de interminable alabanza, siguen al Cordero a dondequiera que éste vaya. Ésta es la recompensa que Cristo da. Él lo compró todo, lo preparó todo, y nos lo dio todo. Luego nos preparó a todos para gozarla.

¿No es Jesús, pues, el "galardón sobremanera grande"? ¿Se puede, ahora, escoger el mundo y dejarle a Él? Mira, lee, piensa de nuevo. ¡Oh, Espíritu Santo, no permitas que nadie deje estas páginas hasta que, por tu poder, Cristo quede establecido en el corazón como el "galardón sobremanera grande"!

17. EL PACTO

"Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo..." GÉNESIS 17:7.

Quisiera preguntarte, lector, si tu conciencia atestigua que eres un verdadero discípulo de Cristo; si has echado tu pobre alma en sus brazos, y si has enterrado toda tu culpa y tus temores en el hoyo de sus heridas. ¿Has experimentado que, por muerte al pecado, estás crucificado con Él? ¿Manifiestas, viviendo para justicia, el poder de tu resurrección con Él? Si es así, ¡cuántas razones tienes para alabar al Dios que ha infundido el aliento de vida a tu cuerpo, y el Espíritu de vida a tu alma! Tus privilegios son grandes; tu parte es muy rica. Tu futuro es brillante; tu herencia es muy segura. Toda tu bendición se puede resumir diciendo que el mismo Dios es un Padre que pacta contigo.

Escudriña la Biblia. Estudia el contrato de tu libertad celestial. Lee las escrituras que te confieren posición tan alta. En este mundo de miseria hay quienes recuentan su oro, sus joyas y sus posesiones. ¡Cuánto más debe hacerlo el que es heredero de dos mundos, para conocer su riqueza imperecedera!

Hay un conjunto de bendiciones en jeremías 31:33-34, que se deben aplicar especialmente al corazón. Son éstas: santificación del espíritu; adopción en la familia de Dios; luz divina y perdón eterno. El creyente puede reclamar las todas ellas a causa de la promesa del pacto. "Pero éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado".

Pocos son los ojos que no se deslumbrarían al contemplar los tesoros que brillan como campos de luz. Un pensamiento inquieto puede preguntar cómo puede el Dios alto y santo, cuyo ser es perfecto y cuya morada es la eternidad, pactar con el hombre bajo, vil y aborrecible, producto del polvo, e insecto que revolotea sólo un momento. Ningún monarca se aliaría con el abyecto rebelde que tiene en el calabozo. ¿Cómo, entonces, ha podido el alto cielo descender hasta esta miseria, corrupción y suciedad?.

Cuando se mira ese hoyo donde la naturaleza humana se debate, parece que es imposible. Pero, a pesar de esto, la realidad es que Dios ha hecho un pacto con cada uno de los que están bajo la gracia. Abraham es el primer testigo que acude a nuestra llamada; era nacido en pecado, inclinado al mal, hijo de ira y cargado de iniquidad, tal como nosotros somos. Pero si el testimonio afirma que Dios comunicó con él: "He aquí mi pacto es contigo...". "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti..."

A continuación aparece David, que, por ascendencia natural, era como nosotros. Pero con verdadera gratitud proclama: «Él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado..."

Hasta aquí todo está claro: Dios pacta con el hombre. Pero quizá algún creyente se pregunte, dudando, que si después de todo, ese pacto no sería sólo para aquellos favorecidos patriarcas del pueblo elegido. Pero la misericordia de Dios nos trae una respuesta rápida diciéndonos que el pacto ha sido establecido con Abraham y con su descendencia después de él. "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa." (Gálatas 3: 29). Esta verdad, lector, brilla ahora como el sol, y no se puede negar que, si eres de Cristo, eres hijo de Dios por su pacto.

Ahora estamos en posición de analizar la naturaleza del pacto de Dios con sus condiciones y su confirmación. Lo primero que hay que grabar bien en la mente es que este pacto no es un pacto de obras. Desde luego hubo un momento en que se propuso semejarte arreglo. "Haz esto y vivirás" eran la condición y la recompensa. Pero apenas vio la luz cuando ya había muerto, porque el hombre no lo puso en su corazón sino que lo pisoteó. Lo esparció todo a los cuatro vientos, e inmediatamente perdió sus privilegios. Aquella voz que empezó con promesas concluyó con juicios de ira. La hermosa columna de la inocencia se derrumbó para nunca más levantarse. Aquella página sublime fue despedazada y ya no volvería a escribirse.

Temo que hayan muchos que, en la noche oscura de su pecado, sueñen vanamente que este pacto todavía es válido, y que por él hallarán la vida. Pero una caña que brada no es un buen apoyo, ni la blanda arena sirve de fundamento. Un tratado violado no es un buen argumento. Sería ridículo hacer reclamaciones cuando no hay nada que reclamar. Es como si el hijo pródigo hubiera pedido que se le recibiese basándose en su desobediencia; como si un rebelde dijera: Perdonadme porque soy un traidor; o un criminal demandase: Absolvedme porque soy culpable.

Estos son los vanos pensamientos de los que confían en un pacto que ha desaparecido; que empezó y terminó en Adán. La inocencia no tenía suficiente poder para mantenerlo; y ¿cómo van a recobrarlo aquellos que están debilitados por el pecado? Pero el pacto que protege al creyente es muy diferente. Está escrito con letras imborrables de amor eterno. Se basa en la roca de propósitos inmutables. Y esto es así porque Dios "para siempre ha ordenado su pacto."

Pero, ¿dónde hay que encontrar su origen, su vigor y su frescor inalterable? Lo cierto es que si existe, si es fuerte, y si es eterno, se debe a que Jesús lo ha hecho. Es Él quien se presenta ante Dios como un segundo Adán; como cabeza de una familia nacida del Espíritu. Las promesas y condiciones que Dios le da para nosotros se cumplen en Él. Lo que Dios estipula, Cristo lo lleva a cabo.

Veamos las condiciones: Dios requiere que estemos limpios de todo pecado, vestidos de rectitud, renovados en toda facultad de nuestro espíritu y alma. Cristo es el encargado de realizar esta ingente tarea. Dios promete que Cristo será nuestro Dios; y Cristo promete que nosotros seremos su pueblo. Éste es el nuevo pacto: hecho y ratificado en Cristo.

Por medio de la fe podemos recoger frutos muy preciosos del árbol de las Escrituras. En Isaías 42:6 y 49:8, por ejemplo, tenemos provisión abundante. En estos pasajes Jehová dialoga con su Hijo. Entramos ahora en la cámara del consejo de la eternidad, y Dios, en su majestad, dice: "Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo..." y también: "...te guardaré, y te daré por pacto al pueblo." Aquí vemos que Jesús mismo constituye el pacto, porque, en efecto, éste no tendría existencia, ni continuidad, ni poder, si no fuera en Él. Cristo es su realidad, su esencia, su plenitud, su todo; y sobre Él se funda, se erige y se concluye. Sin Cristo no hay pacto. Pero si se le recibe, ese pacto pasa a ser

nuestro con toda su verdad y su riqueza. El que le rechaza perecerá, porque carece de la más leve excusa.

El mismo Jesús es el pacto, ya que, como compañero de Jehová, lo planea, lo desea, lo ordena, lo compone y lo acepta. Él es el pacto porque, siendo Dios-hombre, se hace cargo de él y cumple sus condiciones. La evidencia de Malaquías 3:1 es digna de tenerse en cuenta: "...y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros." Cristo aparece aquí como el ángel o mensajero de este pacto. La misión de un mensajero es la de llevar noticias de una a otra persona; y del mismo modo Jesús viene con la grandeza de su poder, transportado por su amor y con la presteza que el celo de su corazón le da, para anunciar que se ha hecho un pacto, y para informar de lo que éste contiene. Por medio de su Palabra, de sus ministros y de los símbolos, nos lee línea a línea las concesiones del contrato. Como si fuera un glorioso espejo, Jesús nos va mostrando a un Dios reconciliado, la paz establecida, toda la gracia obtenida, y las puertas abiertas del cielo. ¡Oh, alma mía! ¿Ha hecho Jesús que las dulces notas de este mensaje sean la música que te deleita?

Cuando el mensajero regresa a la mansión en las alturas, declara al Padre celestial que aquellos pobres pecadores han oído del pacto de gracia; que han hundido su rostro en el polvo con vergüenza y arrepentimiento; que han sido los testimonios escritos con la mano firme de una fe adoradora; que todas las cosas son nuevas: han pasado de tinieblas a ser luz; del odio a ser amor; de extraños a ser hijos. Alma mía, ¿te lleva esto a entrar en el ámbito de ese pacto?

Examinemos, ahora, las buenas nuevas de Hebreos 7:22. "Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto." Así, pues, Cristo aparece aquí como fiador de este pacto. La misión del fiador es la de comprometerse a que las dos partes cumplan el contrato. En el pacto de obras no había ningún fiador, y por eso fracasó tan rápidamente. Pero ahora el Dios-hombre, Jesús, es el fiador tanto del Padre como de su pueblo. No es necesario que repita la bendición ilimitada que el Padre ha prometido. Pues bien, todo nos será dado; no se retendrá ni una sola gota, y nuestra copa rebosará. Tiene que ser así, porque Jesús es el fiador. Las condiciones de los creyentes se cumplirán con la misma seguridad: Se arrodillarán en penitencia; vivirán por la fe; se asirán a su refugio, y serán fructíferos árboles de justicia. A su tiempo, Jesús los llamará y obrará en ellos tanto el querer como el hacer, y, por último, los presentará limpios, lavados, hermoseados y santificados, como una iglesia gloriosa sin mancha ni arruga ni cosa semejante. La verdad, el amor y el poder de este fiador, conseguirá todo esto.

¡Qué deleites fluyen, también, de Hebreos 12:24!"...Jesús el Mediador del nuevo pacto." Cristo está como mediador entre Dios y el hombre. Es uno con Dios y uno con el hombre; y pone Su mano en ambos de forma que en Él, los dos vienen a ser uno; la separación desaparece y se efectúa la unión. Por eso las bendiciones del pacto nunca dejarán de descender del cielo.

La verdad que contiene Hebreos 9:15 proporciona un gran banquete: "Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna." Antiguamente los pactos adquirían validez con la sangre de una víctima. Cuando Dios le mostró a Abraham lo que era el pacto de gracia, hizo pasar un horno humeante y una antorcha encendida entre los despojos de los animales sacrificados. Esto era para indicar que el pacto eterno tenía que ser sellado con sangre. Al morir aquella víctima expiatoria y reconciliadora, que no era otro que el mismo Mediador, el Padre quedó complacido y exclamó: "No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios." La respuesta del creyente está llena de alabanza

porque sabe que Dios es su Padre para siempre por medio del pacto. La obra del Espíritu hace que este pacto sea seguro e inviolable.

Me pregunto, lector, si tu corazón habla con el mismo lenguaje de agradecimiento. Hay muchos, por desgracia, que prefieren aliarse con el mundo. Todo lo que éste pide es que se adopten sus costumbres y sus principios; que se olvide la Biblia, y que la adoración se reduzca a un mero rito. A cambio ofrece una copa rebosante de gozo animal e imaginario. Las víctimas engañadas firman, y cuando van a beber la dorada copa, no bailan más que las heces del sufrimiento y la vergüenza.

Luego viene el fin. La eternidad en la condenación viene a confirmar esa gran verdad de que la amistad con el mundo es enemistad con Dios.

Huye de esa trampa engañosa. Sal fuera. Mantente aparte. Sepárate. Los que se pierden descubren demasiado tarde que su alianza con el mundo los lleva atados al infierno.

18. JEHOVA-JIREH

"Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá." GÉNESIS 22:14.

La fe es la estrella más brillante en el firmamento de la gracia. Su origen es muy alto, pues ha nacido en el cielo. Su hogar, no obstante, es muy humilde, pues habita en la tierra, en los corazones de los redimidos. Las obras de la fe son poderosas porque convence a Dios, y derrota al pecado y a Satán. La fe derriba aparentes dificultades; sobrepasa toda clase de obstáculos; cruza rápidamente mares de problemas; equipa al guerrero cristiano para el combate, dándole un escudo para defenderse y una espada para atacar. La fe puede leer la mente de Dios. La fe hace que Jesús sea el rey de nuestro hombre interior. La fe enciende y alimenta la llama del amor, y abre los labios en oración y alabanza. La fe vivirá hasta que los portales de luz se abran a su contacto, y morirá cuando vea al Señor cara a cara.

Siendo así, ¿no deberíamos ansiar este don precioso? ¿No deberíamos usarlo para nuestro bien? ¿No deberíamos buscarlo como si fuese el mejor tesoro?

Si tienes este deseo, ven conmigo y examinemos el poder de la fe en uno de los pasajes más nobles de la edificante vida de Abraham; y que el Espíritu Santo nos acompañe con sus amorosas enseñanzas para que lleguemos a ser herederos de la fe y bendición de aquel gran siervo de Cristo. Dios reparó en Abraham cuando éste estaba hundido en el pecado. Hizo que se apartara de adorar a ídolos de piedra y madera, para que viese la luz de la vida. Después, el Señor le habló con frecuencia en dulce comunión. Ante sus ojos desplegó las inescrutables riquezas de la redención. También le prometió que el Salvador que había de venir adquiriría naturaleza humana a través de su familia. Sin embargo, las esperanzas de tener descendencia eran nulas. Pero el Señor habló Isaac vino al mundo.

Después de tales milagros, y tan maravillosas promesas, cumplidas de manera no menos maravillosa, "probó Dios a Abraham." Dios mandó una dificultad para probar la realidad y fortaleza de su fe.

Una fe sin poner a prueba y sin sondear, es una fe incierta. Sabemos la calidad de un metal por lo que puede hacer y resistir. El valor del soldado se pone de manifiesto en el campo de batalla. La roca que no se mueve a causa del oleaje manifiesta estar firme. Los fundamentos de una casa son buenos si el edificio no se conmueve con las vibraciones.

Pero las pruebas hacen algo más que investigar la profundidad de la fe. Su otro objetivo es consolidarla e inyectarle vigor. Un tendón sometido a un frecuente esfuerzo se hace más fuerte; y el corredor que se prepara mucho es el que gana la carrera.

Si eres, lector, un participante de este bendito don, no te extrañes si tienes que enfrentarte a la corriente de olas contrarias. Es algo necesario, justo y bueno. El resultado será una cosecha más rica, si cabe, de certeza y bienestar, y "tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas."

La prueba que la fe de Abraham tuvo que resistir fue realmente dura. Tenía un hijo que era su alegría, y señal del favor de Dios. Pero, de repente, aquella voz que otras veces había

hecho arder su corazón, le llena de un frío hondo: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré." ¿Le engañaban sus oídos? Sus mejores esperanzas quedaban arruinadas. Aquella promesa, más preciosa que la vida, se marchitaba como una planta enferma. El conducto de corriente redentora había quedado obstruido. Pero Dios ha hablado y esto es suficiente. El mandamiento tiene del cielo de forma positiva y clara. No puede estar equivocado. Isaac puede morir, pero la fe no. La fe sabe que Dios posee todo el poder, la sabiduría y la verdad; y que en Él "no hay mudanza ni sombra de variación." Cuando la vida se ve envuelta en nubes y tinieblas, surge, como una aurora de verano, una palabra de amor y un propósito bienhechor. Por consiguiente, Abraham se levantó temprano, y se apresuró a cumplir Su voluntad.

Este ejemplo nos enseña que la obediencia inmediata; la mejor sabiduría. Dios te habla claramente en la Biblia, mostrándote el único camino de la vida. Dios te llama para que, por fe, le ofrezcas el sacrificio de un Cordero sobre un altar. Levántate pronto y obedece, porque el retraso es la red más sutil que Satán pueda tender. Habrá muchos en el infierno que llorarán por la vacilación que les llevó a su triste situación. Ellos esperaron, pero la muerte no esperó. Los mandamientos que se desoyen se convierten en el camino más rápido hacia el infierno.

Abraham viajó tres días camino de la montaña indicada. Este largo espacio de tiempo era oportunidad sobrada para que la incredulidad intentara disuadirle. Era mucho tiempo para que el corazón de aquel padre pudiera resistirlo. Al mirar a su hijo se sentía invadido por la angustia, pero al volver su mirada a Dios una paz infinita le embargaba.

La fe, lector, es un don que persevera y no titubea nunca. Su firme asidero es la Palabra. No obstante, hasta la fibra más honda del sentimiento se debe sentir tocada por la sencilla pregunta del confiado Isaac: "Padre mío... he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Es imposible explicar la amustia de aquel momento. "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío." Aquí vemos la fe en su forma de simple confianza y actuando, según su único propósito. No se tambaleaba. Su posición es como la de un gigante sobre la tierra cuya cabeza traspasara los cielos y contemplase a Dios. La fe deja el tiempo, el lugar, los medios, el método, todo, en las manos de Dios. Y así va avanzando, sabiendo que los caminos de Dios llevan a la gloria de Dios.

Todo sucedió rápidamente: Isaac quedó atado y se le colocó sobre el altar. La mano se alargó para coger el cuchillo. El último momento había llegado. Pero el último momento es el momento adecuado para recompensar la fe con paz y victoria. La voz que antes ordenó, ahora prohíbe. El que había dicho: "Toma ahora tu hijo", detiene la tragedia diciendo: "No extiendas tu mano sobre el muchacho."

Éstos son los caminos maravillosos de Dios. Su palabra se cumple. La fe triunfa. Las pruebas no hacen sino confirmarla y agrandarla.

El patriarca empieza ahora una vida de gozo celestial. Porque la alegría del nacimiento de Isaac no es nada comparada con la de su resurrección. El amor de Dios se manifiesta más en esta restauración que en su primer don. Pero esto no es todo: aquel lugar quedó como un monumento para alentar a los fieles de otras generaciones. Abraham llamó aquel sitio Jehová-Jireh (Jehová proveerá), por tanto se dice hasta hoy: "En el monte de Jehová será provisto."

Este recuerdo, creyente, proclama la provisión completa que Jesús presenta a su pueblo. Él los ama, los cuida y los enriquece. Estas páginas se escriben con el objeto de que hagas de aquel lugar tu rincón predilecto cada día. Puedes estar seguro de que aquí hay plena abundancia

vara este tiempo y para la eternidad; abundancia para Cuerpo y espíritu en todo momento imaginable.

Sé muy bien que tu pobreza es profunda, y que estás en muchos peligros, y que tus fuerzas son muy escasas. Pero, a pesar de todo, eres rico y estás a salvo, y eres fuerte, porque Jesús cambia tus cisternas rotas y vacías con fuentes desbordantes.

Cuando sientas que el peso de tus pecados es intolerable, y que te hunde hasta lo profundo del abismo, ve a Jehová-Jireh. Jesús proporciona allí el alivio necesario. Su brazo es el brazo del Omnipotente. Con su mano poderosa coloca toda su culpa sobre Sí mismo, y la lleva lesos, donde no puede ser hallada.

Cuando quieras estar seguro de que tu deuda está pagada y de que todo el castigo se ha cumplido, ve a Jehová-Jireh. Jesús se ha hecho carne y ha venido a ser tu mejor sustituto, para que con tu naturaleza, y en tu lugar, lo pague y lo sufra todo.

Cuando tu alma tiemble y se estremezca, como una paloma entre halcones crueles, ve a Jehová-Jireh. Jesús da ayuda en cada dificultad, poder en cada quehacer, protección en cada tormenta. Su voz declara con seguridad: "Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe." Del mismo modo que el sol está lleno de luz y el océano de agua, así también Jesús tiene abundancia de todo don necesario. Es como un árbol cargado de fruto en toda época del año. Siempre que nos acercamos tiene fruta madura al alcance de la mano, que es la fe. La gracia que Él da se aplica a cada necesidad. En el momento del trabajo su gracia se adapta a éste, y así lo hace con nuestras luchas, con la oración, con el sufrimiento y con la misma muerte. Hay gracia para la prosperidad y para la adversidad; gracia para la vida pública y privada; gracia para los que gobiernan y para los que obedecen; gracia para la infancia, para la madurez y para la senectud; gracia para la salud, y para la enfermedad y el dolor. Cuando el Padre dio a Jehová-Jireh a la Iglesia, dio un don que lo contenía todo: "El que no escatimó ni su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?"

Lector, quisiera preguntarte solemnemente si has buscado a Jehová-Jireh. ¿Es Jesús el rey y dueño de tu corazón? Si es así, haz lo posible por conocer tu gran posesión; gózate y vive en ella. No malgastes tu dinero en lo que no satisface. Come del manjar que está ante ti para que tu alma se deleite en abundancia. No te quedes en una choza sufriendo penurias, cuando su rico palacio te invita a entrar. No te apoyes en un bastón roto, teniendo tan cerca la Roca eterna para sostenerte.

Pudiera ser que algún pobre pecador oyera de esta gran abundancia y exclamase: ¡Oh, si pudiera participar de esos benditos manjares. Mientras que otros se deleitan, yo muero de hambre. Amigo, ¿y por qué es eso? ¿Por qué no puedes disfrutar de ese fértil valle? Es porque estás muy lejos de Jehová-Jireh, y porque hay muchas barreras que te impiden el paso. Pero las Escrituras proclaman que todavía hay lugar; y el mismo Jesús se acerca a la puerta de tu corazón y llama. En estas líneas que tienes ante ti, te pido que le abras. ¿Vas a tardar o a rehusar? ¿Por qué prefieres ser pobre y miserable ahora y por la eternidad, si Jehová-Jireh te invita a participar de la plenitud de la gracia en esta vida, y de la gloria en la futura?

19. LA ESCALA

"Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo..." GÉNESIS 28:12

La voz que nunca yerra dice: "Sabed que vuestro pecado os alcanzará." Por lo tanto, la miseria sigue los pasos del trasgresor en cumplimiento de esta ley eterna. Cuando los pies se apartan del sendero del Evangelio, sólo hallan surcos sembrados de dolor. La piedad es un remanso de paz; pero el que se aparta de ella se encuentra en un mar de dificultades.

El caso de Jacob confirma, dolorosamente, esta verdad. Como un paria vagabundo marcha por un camino hosco y solitario. El viaje que tiene ante él es largo y peligroso. Recuerda con añoranza todo lo que ha dejado atrás. Le sobrecoge un temblor al prever los males del mañana. Pero su angustia más profunda proviene de una conciencia turbada: si abandona su casa es porque primero ha abandonado a Dios.

Alma, sopórtalo todo y sufre mucho, si es necesario, pero nunca te aventures, inducido por tretas malignas, a andar delante de la columna de fuego y la nube. El pecado del hombre no puede acelerar los propósitos predeterminados de Dios. Por el contrario, detiene la mano dispuesta a bendecir y la arma con el azote disciplinario.

Posiblemente nunca se ha puesto el sol estando una persona tan sombría como lo estaba Jacob cuando se detuvo en Luz. Su techo era el firmamento, su lecho la tierra desnuda, y una piedra rugosa le bastó para apoyar cabeza.

Pero Jacob era, desde la eternidad, heredero de una herencia imperecedera, que no se puede perder. Por eso tenía él un amigo que se dolía con él, y cuidaba sus pasos con solicitud. Era el Señor, cuyo amor es sabiduría, y que guía a sus hijos a pasos difíciles para su bien, no abandonándolos en la adversidad. Esto es lo que ocurrió con Jacob y lo que seguirá ocurriendo mientras los santos tengan necesidad de ser humillados para que después se levanten con seguridad.

Por fin el sueño vence sus ojos cansados. Pero en las velas de la noche el ojo de la fe percibe, con gozo, maravillosas enseñanzas. "Y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo." Ésta era una señal muy clara de Aquel que nos reconforta revelándose a Sí mismo. La simiente de la mujer, la bendición de la tierra y el pacto con Su pueblo, quedan revelados en este significativo símbolo. El Redentor se presenta en su persona, su obra y su gracia maravillosa. El patriarca descubrió que el estar lejos del hombre es estar cerca de Dios. Levantándose exclamó: "Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía."

Esta imagen, tan llena de verdad evangélica, no se desvaneció cuando llegó la aurora. Su poder alcanza para enseñar por todas las edades, y para hacer de todo lugar solitario un nuevo Bet-el para un corazón peregrino.

Considera bien esta escalera. Jamás ha habido una semejante en la tierra. Su extensión es tal que llega a unir el mundo de la divinidad y el de los hombres. Nuestra morada envilecida por el

pecado queda conectada a la mansión del Eterno. Apoyándose en el mismo suelo que nuestros pies manchan, se alza, atraviesa los cielos y llega al mismo trono de Dios.

Por lo tanto es un símbolo del Señor, que a la vez que es el Altísimo, es también el más humilde; y que no estimó como cosa a que aferrarse el ser semejante a Jehová, antes tuvo por sumo gozo contarse entre los miembros de la gran familia humana. Este símbolo muestra a Jesús en el milagro de su persona: hombre sin cesar de ser Dios; Dios sin rehusar ser hombre.

¡Buenas nuevas son éstas! Debemos asirlas como ancla de nuestra esperanza y luz de nuestra salvación. El Jesús en quien creemos es el Dios Todopoderoso. Todo lo que la Divinidad posee de poder, sabiduría, amor y dominio ha sido suyo, y lo será por todas las edades. Nació en la eternidad. Su hogar es el cielo. Su potencia es infinita. Su voluntad siempre se cumple. Se corona de gloria, y el brillo de su diadema es la redención de las almas. Ni aun forzando el pensamiento podemos llegar a comprender su inmensidad. Al final de esta escalera está Jesús reinando como Dios viviente.

Hay que hacer observar, también, que un Salvador inferior a éste no podría haber salvado un alma manchada de pecado. Porque ¿qué es el pecado? El pecado es un mal infinito, porque ultraja todos los atributos infinitos de Dios. Por esta razón va siempre unido a un castigo infinito. Sus consecuencias son incalculables. Sube hasta el cielo y despierta la ira divina. Desciende al infierno y enciende las llamas inextinguibles. Es de consecuencias eternas. Se hace en un momento, pero no se puede deshacer por todas las edades ¿Y quién puede quitarlo? Si el hombre lo roca se vuelve más pecaminoso. Los esfuerzos de los ángeles son inútiles. Pero viene Jesús, y al derramar su sangre desaparece el pecado. La causa es ésta: Jesús es Dios. Si los cielos fueran el púlpito, el trueno rugiente la voz, y todo el universo la audiencia, no habría frase más digna de decirse que ésta: La sangre de Jesús limpia de pecado, porque la sangre de Jesús es la sangre de Dios.

De aquí proviene el deleite que Jesús da al corazón redimido. Consciente de sus iniquidades, halla en los méritos del Dios Salvador un sepulcro donde enterrarlo todo. Ahora podemos comprender por qué hay muchos que tienen en poco esta gran salvación, y se contentan con un pobre refugio que ellos mismos fabrican. Es porque no saben lo que es el pecado. Pero cuando el Espíritu toca la conciencia, dejando el pecado al descubierto, ya no puede haber paz sino en el refugio divino. Cristo, y Cristo sólo, es ese refugio.

Temo que para muchos todo esto sea una verdad oculta. Los hombres se atreven a jugar con los elementos de la naturaleza, pero si pudieran ver esta verdad no se atreverían a pisotear al Dios salvador.

Este símbolo también anuncia que Jesús se ha revestido con nuestra naturaleza. La escalera apoyada en la tierra representa a Jesús siendo tan verdadero hombre como nuestro hermano para redimirnos. El hombre debe morir. Jesús, como hombre, cuelga de la cruz para representarnos; y, como Dios, está allí para sustituirnos. Su divinidad da poder al acto y su humanidad lo confirma. La una representa su absoluta suficiencia, y la otra su perfecta idoneidad. De este modo Cristo cancela la deuda y sufre todo el castigo. La maldición a desaparecido ya es verdadero Dios. Sí, nuestro Creador se ha hecho cambio ha creado una maravillosa justicia. Su esposa, la Iglesia, sube con esplendor inmaculado hasta el trono de Su gloria.

Los usos comunes de la escalera ~ nos pueden enseñar mucho en el divino arte de acudir a Jesús para obtener su ayuda. Con una escalera nos despeamos del suelo y nos elevamos a las cosas que están arriba. Así también, por medio de Jesús, nuestras almas hallan el paso franco

para elevarse de su bajo estado a las hermosas alturas de Sión. El pecado, además de dejarnos postrados y sin medios para remontarnos, abrió un abismo que el hombre, por sí solo, no podía salvar. Pero cuando Jesús se interpone, la distancia desaparece.

Sé que el deseo de tu corazón es que tus oraciones y alabanzas lleguen hasta Dios. Pues bien: confíalas a Jesús y nada podrá detener su ascenso. Ansias que tus lágrimas de penitencia y tus suspiros de dolor se oigan en aquel lugar donde reina la misericordia. Entonces, gime unido a Jesús y tocarás el corazón del Padre. Si te estás esforzando para que tus palabras y tus obras glorifiquen su nombre, hazlo todo en la presencia de Jesús y nada será en vano. ¡Qué hermoso es ver aparecer todas las esperanzas y acciones de la fe ante el trono de Dios! Sabes, también, que pronto has de morir. Encomienda tu espíritu al cuidado de Jesús, y, cuando quede libre de esta prisión de barro, se remontará, como con alas de águila, y no se detendrá hasta transponer las puertas del día eterno.

Pero la misma escalera también sirve para descender. ¿Cómo podríamos recibir las provisiones que necesitamos de arriba? Sólo Jesús ofrece un camino abierto. A través de Él el Espíritu es derramado. La luz que disipa nuestras tinieblas, las visiones de su amor redentor, la fortaleza para empezar y proseguir la carrera celestial, y el gozo que nos reaviva, descienden por esta línea de unión. Cuando el creyente se sitúa en esta escalinata, puede oír voces que le aseguran que su iniquidad ha sido perdonada, y su alma salvada. Éste es el camino por donde las promesas llegan hasta su mano, y las contestaciones le demuestran que sus oraciones han sido escuchadas. ¿Cómo podremos bendecir bastante a ese Jesús que une a un pueblo bendito con un Dios bendecidor?

Lector, este tema es personal y práctico. Dime si has hallado, si aprecias debidamente y si utilizas a diario esos escalones venidos del cielo. El solemne significado de esa pregunta es éste: ¿Estás unido, por fe, a Jesús? La fe es el ojo que ve esa escalera, la mano que la toca y los pies que nos hacen subir. Para saber si el Espíritu te ha revelado lo que para Jacob fue nueva vida, hay una prueba sencilla: ¿Eres capaz de pisotear el mundo con sus pasiones, sus costumbres, sus máximas y principios? Los pies que están en la escalera ya no descansan en la tierra. El hombre que está en Cristo se encuentra muy por encima del mundo. "...No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo."

Aún hay otra prueba: ¿Vives una vida ascendente? El creyente va subiendo, paso a paso, de bendición en bendición. No puede haber crecimiento en tanto que nuestros afectos nos aten al fango. Hay que ser completamente de Cristo o no se puede ser en absoluto.

Ese ascenso requiere un esfuerzo. Los cristianos tienen Cada nervio en tensión. Corren, inagotables, una larga carrera. Luchan en oración. Su celo fluye como la marea del océano. No se cansan de buscar en la mina de la Verdad, y de esparcir las riquezas que encuentran. Es como si invadiesen el cielo con santa violencia. Lector, si eres un haragán o un perezoso soñoliento, temo por ti. Cristo trabajó en la tierra, y Cristo trabaja en los cielos. Como es la cabeza así han de ser los miembros. Tal como es el Señor así han de ser los siervos.

Ten cuidado, también, de las escaleras falsas. Satanás ha preparado muchas. Tienen una forma agradable, parecen alcanzar el cielo. Pero, en realidad, su extremo apunta al infierno. Sus escalones están podridos y se quiebran con facilidad. Sólo hay una escalera de salvación: Cristo Jesús.

Creyente: has profesado estar en esa escalera. Está firme. Vigila y ora. Han habido quienes parecían subir bien y cayeron estrepitosamente. El resbalón más peligroso es el que se da

cuando casi se ha llegado arriba. Si sabes que has caído, levántate y adora a Dios para que tu vida prosiga. Levántate y suplica misericordia para volver a ascender.

Pecador: tú no sabes nada de este camino a Dios. En este momento te encuentras alejado. ¿Cómo podrás resistir el estar alejado para siempre? Escucha; y que el Espíritu bendiga esta última palabra. Hay una Escalera para apartarse de cada pecado y de cada dolor terreno. Pero no hay escalera para escapar de la paga del pecado. No había escalones para que el rico hombre se acercara al seno de Abraham. No hay salida por donde judas pueda huir de su prisión.

20. PENIEL

"Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel." GÉNESIS 32:30.

El corazón más feliz del mundo es aquel en que la fe y la oración reinan sin estorbos. La verdad de esta afirmación se deriva del hecho de que la fe tiene la llave del cielo; y la oración llega a oídos de Dios. ¿Y quién es tan feliz como el hombre que sabe que siempre puede entrar hasta detrás del velo, y tener allí dulce comunión?

Lector, posiblemente te gustaría ser feliz, como lo son otros. Pídele al Espíritu, pues, que avive esos dones hasta convertirlos en brillante llama. Vayamos a Peniel con este deseo, y esperemos allí hasta que el fuego santo se encienda.

Los días de servidumbre de Jacob han tocado a su fin. El hoyar le espera con sus muchos encantos. Pero al llegar a los límites de su país natal lo encuentra erizado de peligros. Esaú, con su furia terrible y sus fuerzas poderosas, ha salido a interceptarle y destruirle. Aquel vagabundo, que había salido huyendo de la muerte, se encuentra con ella al regresar.

Pero el terror no apaga la fe. Impulsado por ella, Jacob va directamente al trono de la misericordia, y allí se humilla reconociéndose indigno de las migajas de la gracia. La fe se despoja de todo para que toda la gloria sea de Dios. Sus peticiones se basan en que está en el sendero de la obediencia. Con mansedumbre reclama las promesas; porque las promesas de misericordia son los derechos de la esperanza.

La fe, que tan ocupada está en el cielo, no está ociosa sobre la tierra. Con cuidado y diligencia va sembrando la simiente de donde ha de brotar el éxito. Triunfa porque trabaja con la vista fija en lo alto. Pero la incredulidad fracasa porque mira hacia adentro, o hacia abajo.

Por fin los planes de Jacob quedan bien definidos. Las tinieblas cubren la tierra, pero no traen descanso para su cuerpo. Allí está, solo, a orillas del Jaboc. Aquí veremos de nuevo cómo la gracia aumenta su llama espiritual.

Puedes tener por seguro, lector, que no será un creyente constante y capaz el que no guste de estar a solas con Dios. Ni las ceremonias públicas, ni el culto de la congregación, ni la comunión cristiana, ni el intercambio de buenos pensamientos pueden sustituir al contacto placentero con Él. La sonrisa de Jesús es más dulce, y su voz más clara, cuando las demás cosas han desaparecido. Es entonces cuando la Palabra revela sus tesoros y las promesas aparecen rebosantes de vida.

Hay muchos que se lamentan de su espíritu sin vida y su trabajo estéril. La causa de esta sequedad es que se frecuentan demasiado los lugares bulliciosos, mientras que la cámara secreta se visita raramente.

Pero, ¿dura mucho la soledad de Jacob? ¡Oh, no! Un extraño se acerca repentinamente, y trabando de él forcejea con gran poder para detenerle, y derribarle a tierra. ¿Y quién es este que lucha en la calma de aquella noche solemne? La forma es humana, pero la persona es divina. En cierto lugar leemos: "Como un príncipe tú tienes poder con Dios"; por lo tanto el luchador es Dios; y Jacob confirma este hecho: "Vi a Dios cara a cara..." Y así, tras el velo de una aparente

mortalidad, entrevemos al anunciador del pacto eterno, nuestro Emmanuel, Dios manifestado en la carne. Con Adán habló en el jardín en forma humana; como hombre, también, anduvo al lado de Abraham; y como hombre lucha aquí con el errante patriarca. Es, verdaderamente, una gran manifestación de la gracia que Jesús descendiera, en la semejanza de hombre pecador, a este suelo de pecado. Pero es todavía mayor gracia que, en el cumplimiento de los tiempos, Cristo incorporase nuestra humanidad a su divinidad, y la llevase a la cruz, luego al sepulcro, y por último ascendiese con ella al cielo, como su vestidura triunfal para siempre.

¿Cuál es la causa de esta lucha? Cada acción de Jesús viene a ser como un gran volumen repleto de enseñanzas doradas. Por esta razón, tanto Jacob como los peregrinos que le habían de seguir, descubren que la tierra prometida sólo se puede ganar luchando con fuerzas opuestas. Ejércitos de pruebas, tristezas, temores y problemas se alinean contra nosotros. Con toda su potencia

se proponen detener nuestro avance. Pensemos en José: no le fue tarea fácil escapar de aquellos enemigos tentadores. Pensemos en Job, y en David, en Pablo y los Apóstoles, y en los demás santos que brillan en las páginas de las Escrituras. ¡Cuántas luchas y peligros mortales les atormentaron! Pero lucharon con valor hasta derramar su sangre.

Lector, si has experimentado poco de este conflicto espiritual, tal vez se deba a que no estés en las huestes de Cristo. Examínate. ¿Estás verdaderamente en la fe? Si lo estás, recuerda que ante la cruz desenvainaste una espada que ya no tiene funda sobre la tierra, y que pocas veces halla un momento de reposo. Los que ganan la corona tienen que pelear la buena batalla. "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan."

No creamos que la lucha, aunque dura, fue corta. Duró "hasta que rayaba el alba". La tierra es un valle de tinieblas y tristezas; pero dentro de poco las sombras se disiparán, y aparecerá el resplandor de una eternidad sin nubes. El fatigado peregrino entrará en la ciudad que "no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera". Entonces, en aquel lugar perfecto, habrá descanso perfecto.

Algo que también nos llena de asombro, es la intrepidez de Jacob. Aunque no es más que un pobre gusano, no se deja aplastar. Se enfrenta con poder al poder; con fuerza a la fuerza; con pericia a la pericia. No quiere, ni puede, rendirse. Una y otra vez saca nuevas energías, y emplea todo el vigor de sus músculos. No es más que carne y sangre, como nosotros, pero no se le domina fácilmente.

Es de suma importancia que entendamos bien cuál es la causa del indómito heroísmo de Jacob. Sin sombra de duda alguna se debe decir que era la fe. Jacob había seguido al Señor de cerca. Sabía que la voz que le habla llamado significaba la victoria. Por eso estaba convencido de que era más fácil escalar los cielos y ponerlos en desorden, que frustrar su seguro triunfo. La fe es una roca cuando se apoya en la roca de una promesa. No es algo terreno y, por lo tanto, es imperecedera. Su energía es divina, porque viene del cielo. Sobrepasa todas las dificultades porque mira a Jesús, y, por apoyarse en Él, es tan firme como Dios mismo.

Pero la lucha de Jacob no se libró sólo con fe, sino también con lágrimas y súplicas. Así lo relata el profeta en Oseas 12:4; y hemos de tener en cuenta que la pluma de Oseas estaba en la mano de Dios. De aquí deducimos que la fe siempre es diligente, y por ello ora; y que siempre es humilde, y por eso llora.

Aquí podemos ver, otra vez, la puerta del cielo abierta, y a Jehová vencido por un santo en oración. La verdadera oración no usa cumplidos. Se acerca a Dios y se une a Él, sin darle reposo hasta que una sonrisa aprobatoria confirma que la petición ha sido concedida. Dios no puede, ni quiere, desentenderse de sus intensos esfuerzos, porque en el cielo se ha declarado que la oración triunfará. No quiere desentenderse porque la oración es el movimiento de su Espíritu en el corazón, y la voz de su Espíritu en los labios. Negar la oración sería negarse a Sí mismo. Contestarla con el silencio significaría que Él mismo no se contestaba. "...si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho."

Alma, examina bien la descripción que las Escrituras hacen de la oración. Según Isaías 64:7 es "apoyarse" en Él. En Isaías 62:7 se dice que es un no darle tregua. Aprende, pues, estas verdades en todo su poder. Haz de ellas algo habitual y sabrás lo que es bienestar y paz en el alma.

El corazón experimentado en la fe y la oración, pierde su dureza natural. Se vuelve blando, como el amor de Jesús; y tierno, como el susurro de su misericordia. La mirada encendida de Jacob proclamaba su amor por el Señor, que tan firmemente aferraba, y el profundo sentido de la gravedad de su pecado.

Recuerda, lector, que si no tienes fe, oración y quebrantamiento de corazón, no hay en ti señales de vida. Pruébate, yendo a Peniel. No te marches de allí hasta que oigas estas palabras: "...grande es tu fe; hágase contigo como quieres." Y también: "...ésta ha regado mis pies con lágrimas... Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho".

Pero somos de tal manera que la grandeza espiritual puede sernos una trampa. Puede exaltarnos indebidamente, o llevarnos a exaltar a otros. Esto sería una victoria destructiva que dejaría al vencedor con las cadenas de la soberbia. Nuestro buen Señor sabía esto, y como es mejor prevenir que curar, "tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob". Aquí tenemos un espejo que refleja el modo en que el Señor guía a sus hijos. Al triunfar quedan impedidos, para que no perezcan por causa del triunfo. La mucha gracia se ve moderada por la carne débil, para que ésta no escale a las peligrosas alturas del orgullo. Nuestras propias flaquezas nos convencen de que, aunque el Señor cede, tiene poder suficiente para derribarnos. Así se aprende que el triunfo es un don suyo, y no el resultado de nuestro poder. Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer.

Contemplemos una vez más los triunfos que esa fe perseverante obtiene. El ángel concede la victoria y pide quedar libre de los brazos que le atenazan. Jacob, con el muslo desencajado, pero con la fe fortalecida, no pide otra cosa sino un aumento del favor celestial; y con santa confianza exclama: "No te dejaré, si no me bendices". No se preocupa por la curación de su cuerpo, ni por su prosperidad material, sino, solamente, por más señales del amor de Dios, y por más salud interior. Su oración es: "Bendíceme". El Señor se deleita en tan nobles aspiraciones. Las honra porque le honran a Él. Las premia con todo lo que el mismo Dios puede dar. ¡Cuenta, si puedes, el botín que Jacob obtuvo cuando el Señor le bendijo!

Un nuevo nombre, además, vendrá a dar fama perpetua a su hazaña. Siempre que se lee o predica la Palabra de Dios, el nombre de Israel nos habla del poder principesco que Jacob tenía para con Dios y los hombres. Por un lado luchó con Dios para que le bendijese, y por otro fue capaz de conquistar el corazón de Esaú, haciendo de él un vasallo.

Lector, si fueses un verdadero israelita, el cielo y la tierra serían tuyos. El cielo sería tuyo para bendecirte. y la tierra sería tuya para servirte.

Jacob, pues, recibe un nombre, pero, a su vez, él también da un nombre, y llama aquel lugar, Peniel "porque dije: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma". Sé un verdadero israelita y cada sitio será un nuevo Peniel. En todas las situaciones podrás ver a Dios de cerca. Tanto en la vida como en la muerte, podrás ver a Dios sin ser deslumbrado. El lugar secreto de oración será un Peniel donde, al arrodillarte, Dios descenderá y te confortará. El culto familiar será otro Peniel donde verás cómo Dios extiende sus brazos de misericordia sobre ti y los tuyos. Cada página de la Biblia vendrá a ser un Peniel que lucirá con el esplendor de Aquel que es la luz de la Vida, y el Sol de justicia. Incluso el lugar de trabajo será como Peniel, porque allí está el Señor. Los templos que Dios tiene en la tierra pueden ser como Peniel, y en las oraciones, alabanzas y proclamación de la verdad, el Señor se manifestará como no lo hace con el mundo. El momento de la muerte será un Peniel porque Jesús vendrá para llevarte al hogar del Padre. Y, por último, la eternidad será el más glorioso Peniel, pues allí tendremos una visión perfecta de Dios, cara a cara.

¡Oh, Señor Dios de Israel, tu poder y tu amor son infinitos. Utiliza, si es tu voluntad, estas líneas para hacer que algún alma se acerque a Peniel!

21. CONTADO CON LOS PECADORES

"...y estuvo allí en la cárcel." GÉNESIS 39:20.

La prisión es un lugar humillante y vergonzoso. Los que se encuentran en ella están acusados de algún crimen o esperando el cumplimiento de la severa ley. Su solo nombre nos recuerda la infamia y la muerte. Los reclusos son malhechores conocidos, o sospechosos de algún crimen, a quienes la sociedad rechaza. Su nombre está manchado. Son como hierbas malas que hay que arrancar, o como una plaga de la que hay que huir.

Pero, ¿quién es el prisionero que hallamos en la celda que citamos en el encabezamiento? Esas paredes indignas encierran a un hombre inocente. Es el irreprochable José, que sin haber ofendido, es considerado como ofensor, y, sin haber transgredido, es tenido por trasgresor.

El deleite que proporcionan las Escrituras, y su aliento santificador, provienen de que la voz de Jesús se deja oír en cada página, y su imagen se percibe a cada instante. Un ejemplo bien claro lo tenemos en esta escena en la prisión. Ese José vigilado, acusado de un pecado que no había cometido, prefigura a Jesús, que sin tener pecado fue hecho pecado por nosotros. El mismo cielo no es trono bastante digno para Él, y, sin embargo, le vemos con los harapos de la prisión, y sufriendo la vergüenza de ese lugar inicuo. Por eso el Espíritu dice: "Por cárcel y por juicio fue quitado".

A1 considerar esta verdad debemos hacernos una asombrosa pregunta: ¿Por quién estaba Jesús en la prisión? La respuesta es tan extraordinaria que hay que meditarla con frecuencia: Jesús estaba en la prisión por la justicia de Dios. Pero, por qué? ¿Acaso tenía alguna mancha en su vida? Pensar esto sería blasfemar horriblemente. Debemos rechazar esto. La esencia de su ser es la santidad. Su nacimiento fue santo. Su vida fue santa. Su muerte fue santa. Resucitó como un santo conquistador, y ascendió en la santidad de su triunfo. El cetro de su eterno reino es la santidad.

¿Cómo, entonces, pudo la Justicia hacerla su prisionero? La cansa fue que, aunque no había sombra de pecado en Él, tuvo que sobrellevar infinidad de pecados. Aunque estaba completamente apartado de ofender a Dios, no obstante tuvo que comparecer ante Él cargado con las transgresiones de una multitud innumerable. Ésta es la divina gracia de Dios: consentir en quitar la culpa del culpable y transferirla al inocente. Los pecados de los transgresores pasan a su Hijo, que no tiene pecado. Esto es maravilloso y cierto al mismo tiempo: "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros". Por consiguiente Jesús es la garantía de que nuestro pecado fue perdonado. A causa de esta substitución Cristo aparece cubierto, manchado y desfigurado por la inmensidad de nuestra culpa. De hecho, es tratado y considerado como el autor de cada acción maligna, o palabras y pensamientos inicuos que ensuciarían a los redimidos. Por ello podemos comprender bien la agonía de estas palabras: "Me han alcanzado mis maldades... se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza". Jesús carga sobre si mismo esta odiosa carga, y al hallarle la justicia con ella le reclama como su prisionero.

¿Has participado, por fe, alma mía, de Cristo? Si es así, puedes descansar sin temor. Jesús rompe las cadenas que te ataban al infierno; se hunde en las aguas sudas de tu pecado para que

quedes limpio de toda mancha, y se convierte en tu iniquidad para que tú seas justicia de Dios en Él.

Si no se ve en Jesús nuestro único sustituto y garantía, la Biblia será un libro cerrado; la historia de la cruz algo incomprensible, y la paz una delicia inalcanzable. ¡Cómo cambia todo cuando recibimos esta revelación! Es entonces cuando la justicia brilla con toda su gloria, y la gracia con todo su esplendor. Es entonces cuando la misericordia muestra su triunfo, y la salvación sus grandes riquezas. El Evangelio resuena, entonces, como una clara trompeta: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

Sin embargo, en aquella prisión egipcia no vemos sólo un ejemplo del inocente Jesús cargado con nuestra culpa. En aquel lugar se lleva a cabo un intercambio que nos ayuda a comprender mejor las riquezas de la gracia. Habían allí junto con José, dos malhechores de poca importancia.. Desde un punto de vista humano no se puede establecer ninguna diferencia entre los dos: su posición social es parecida; ambos han incurrido en el desagrado de su señor, y tanto el uno como el otro esperan recibir el mismo fin. No obstante, sus caminos pronto se separan, y mientras que uno asciende por la senda del favor y la honra, el otro queda encadenado, esperando la muerte.

En esta historia vemos unos ejemplos que predice las aún lejanas maravillas de la cruz. Cuando la soberbia del hombre y la astucia de Satán parece que van a triunfar, Jesús es llevado como un cordero al matadero, sucede algo que viene a colmar la copa del insulto dos delincuentes famosos le son asignados, como compañeros ideales, en su última hora. Sin embargo, esta estudiada maniobra para degradarle con tanta infamia, no hace sino confirmar que Él es la Verdad. Las Escrituras habían profetizado: "...fue contado con los pecadores", y esto era su cumplimiento. Cristo queda crucificado entre dos ladrones. ¿Cuándo comprenderán los hombres que su ira contra Dios no hace sino obrar para el cumplimiento de Sus propósitos?

Examinemos más de cerca los rasgos paralelos de aquellos dos acontecimientos. Primero nos detenemos en el Calvario, y allí vemos tres cruces maldecida, levantadas en alto. Jesús está en el medio. Quisiera suplicarte, lector, que vinieras con frecuencia a este lugar bendito. La cruz es el precio pagado por la redención de un número incalculable de cimas. Es la gloria de Dios en las alturas. La remisión de los pecados es imposible de obtener sin protegerse en este sacrificio. La vida eterna es inalcanzable sin haberse lavado antes en esta fuente regeneradora. Ésta es la única manera de entrar en el cielo. El sufrimiento de Jesús tiene por objeto arrebatar el cetro de las manos de Satán, destruir el imperio de las tinieblas, y hacer que cada atributo de Jehová sea una garantía de nuestra salvación. Debemos anunciar por todo el mundo que cualquier religión que no se gloríe en la sangre del Cordero no es más que una superstición debida a la ignorancia y al engreimiento. La única esperanza que puede subsistir es aquella que se funda en la sangre derramada.

Fijémonos, ahora, en los que se retuercen atormentados a ambos lados de Cristo. Parece que en su muerte continúan tan endurecidos como los clavos que les atraviesan. Pero, repentinamente, se produce un cambio tan profundo en uno de ellos, que de las tinieblas pasa a la luz, del odio al amor y de muerte a vida. En su profunda transformación llega a aborrecer el pecado que antes acariciara. Ahora confiesa su enorme iniquidad y profesa temer al Dios que antes ridiculizaba. Pero, ¿do, dónde procede este cambio tan radical de sus sentimientos? Ciertamente no es fruto de las circunstancias externas, porque éstas son iguales para los dos malhechores. La realidad es que sólo uno de ellos recibe la luz y la instrucción. Este

reblandecimiento sólo lo puede producir un poder invisible que, penetrando en lo hondo de su corazón, aplaste todo espíritu maligno. Únicamente el Espíritu del Altísimo puede hacer esto. Sólo él puede redargüir de pecado. Sin Él, los actos externos de pruebas, aflicción, dolor, sufrimiento o avisos, no podrían abrir los ojos ciegos ni hacer volver los pies errantes. Cuando una conciencia llega a clamar: Señor, soy vil, me aborrezco; es porque el Omnipotente ha hecho que ese ser rebelde doble sus rodillas ante Él.

Pero todavía hay más. Un hombre contempla a Jesús con confianza. Para aquella turba burlona Cristo parecía "gusano, y no hombre". Y sin embargo, a través de aquellos harapos y pobreza humana, a través de aquel disfraz sangriento e infame, la fe puede ver al Rey de reyes, al Conquistador de Satán y al divino Libertador. La afrentosa cruz se ve entonces como el trono glorioso de la deidad hecha carne. Esto es otro ejemplo de la poderosa obra del Espíritu. Sólo él puede revelar a Jesús en un alma. Cuando él habla, Aquel que antes era despreciado y desechado entre los hombres, pasa a ser adorado y amado, señalado entre diez mil, codiciable y dispensador de las mercedes de la salvación.

Sin embargo esto no es todo, porque aunque un hombre confiese su pecado, puede perderse igualmente. Tal fue el caso de Judas. Una persona puede jactarse de conocer a Dios intelectualmente, y a pesar de ello no llegar nunca a obtener la vida eterna. Los demonios se encuentran en esta situación. Para disfrutar de los beneficios que manan de Cristo hay que poseer una unión personal con Él. Cuando el alma se da cuenta de su inmensa necesidad, y ve que sólo Cristo puede remediarla, nada puede impedirle que vaya a Él. El poder que recibe le hace romper cadenas, salvar océanos, escalar grandes obstáculos y no descansar hasta hallarse en Sus protectores brazos. Aquel ladrón moribundo pasó por esta misma experiencia y por eso clamó: "Acuérdate de mí..." Sí, voy a morir pero Tú puedes salvarme; las llamas del infierno casi me rodean ya, pero Tú puedes rescatarme. Señor, "acuérdate de mí".

¿Crees, lector, que tu necesidad espiritual es, por ventura, menor? No. En realidad es más graneada de lo que imaginas. Las cosas infinitas no se pueden comparar. ¿Acaso piensas que la felicidad que has perdido no es tan preciosa como la de aquel hombre? ¿Es que tu eternidad es menos eterna que la suya? Esto es imposible. Por lo tanto, debo preguntarte si tú has clamado con igual intensidad, "acuérdate de mí". ¿Qué feliz será el alma que busca así al Señor! El cielo será su infinita recompensa, y el gozo será suyo para siempre. Así fue para el ladrón, y así será siempre. Cristo le amó y su palabra surgió pronta: "...hoy estarás conmigo en el paraíso". La promesa no deja lugar a dudas ni demoras. Cuando un pecador dime, Cristo se compadece. Cuando un pecador ora, Cristo le contesta. La petición fue: "Acuérdate..." y la respuesta vino rápida: "Estarás conmigo..." ¡Bendito dolor! ¡Bendita fe! ¡Bendita oración! ¡Bendita gracia! ¡Bendito Salvador! Señor, Tú eres digno de llamarte Jesús, y (le reinar en mi corazón. Tú eres digno de ser anunciado en todo el orbe, y de ser el himno de eterna alabanza.

Pudiera ser que me esté leyendo alguien que, durante muchos años de pecado e incredulidad, se ha tambaleado al borde del precipicio de la perdición. Pero todavía vives; y Cristo también vive; y el Espíritu sigue lleno de la misma ternura y poder para salvar. Por lo tanto, aún hay esperanza. La puerta no se ha cerrado del todo. Aquel ladrón se apresuró y, en el último momento, halló gracia. Tuvo una oportunidad única, supo aprovecharla, y ahora está con Cristo. ¿Qué vas a hacer tú? ¿Prefieres permanecer inmóvil y perecer así?

Pero pudiera ocurrir que Satán, el padre de mentira, haga la sugerencia de que a la hora de la muerte habrá tiempo para arrepentirse, para creer e implorar misericordia. No lo creas.

Tenemos el ejemplo del otro ladrón. Su terrible agonía le endureció aún más. El infierno estaba cerca, es cierto, pero ni lo podía ver, ni lo temía, ni lo podía evitar. Y ahora, desde aquel lago de fuego, nos avisa que la muerte, que se acerca con piso seguro y mano firme, no puede cambiar el corazón ni engendrar fe.

Sin embargo, prefiero pensar que ya has bebido en la copa de la vida, y, si es así, eres completamente diferente de lo que eras antes y de la masa que te rodea. Con agradecimiento deberás reconocer que esa diferencia proviene de aquel Amor soberano que te miró tiernamente y por su gracia te conquistó. Por el poder del pecado eras lo que eras, pero por la gracia de Dios eres lo que eres. El pecado hacía que te contases entre los pecadores. Pero los propósitos y el amor eterno de Dios proveyeron la salvación por medio de Uno que es todopoderoso. Jesús fue contado con los pecadores para que tú fueses contado con sus santos en la gloria eterna.

22. LOS GRANEROS ABIERTOS

"Entonces abrió José todo granero..." GÉNESIS 41:56.

Es imposible leer la historia de José sin sentir un deleite inmenso. La variedad de incidentes, la rapidez de la acción y sus fuertes caracteres humanos, la hacen lectura predilecta de mayores y pequeños, sabios e iletrados. La pluma sagrada, dirigida desde el cielo, nos hace vivir todos los sentimientos del corazón humano. Lloramos con aquel padre desconsolado; sentimos su profundo dolor; revivimos cuando vuelve a ver, gozoso, a su hijo. El temblor de aquel muchacho en la cisterna vacía llega a invadirnos; y su tristeza en el exilio nos hace suspirar. Pero cuando le vemos triunfar en la tentación nos sentimos llenos de valor. En la prisión participamos de su desconsuelo. Finalmente, cuando su causa es reivindicada y llega a ser señor de un gran país, triunfamos junto con él.

No obstante, el inmenso valor de esta historia no radica en su estilo ni en sus intensos sentimientos, ni en los extraordinarios sucesos, ni en su arreglo providencial o su final feliz. Si esto fuera todo, su provecho sería fugaz. El verdadero provecho es la bendición del alma, porque el alma es el hombre real. Todo lo demás es terreno y transitorio. Cualquier libro, pasatiempo o amigo que no contribuya a llenar el granero espiritual es, en realidad, un enemigo, un veneno o una venda que nos ciega.

Este relato bíblico es precioso porque cada vez *que* vemos a José pensamos en Jesús. ¿Quién, si no, es el envidiado, odiado y rechazado por sus hermanos? Quién fue vendido por unas monedas de plata; llevado a Egipto; contado con los pecadores; culpable, en apariencia, entre dos malhechores, de los cuales el uno se salva y el otro perece? ¿Quién sale de la prisión para ser elevado a la diestra de la majestad? ¿No nos hablan estos indicios de Jesús? Todo el poder está en sus manos. Es él, quien libra a su familia de una muerte cierta. Cuando aún no le conocían, él les amaba. Los hambrientos acudían a él. Las llaves de los almacenes están en su poder. Su nombre es José, pero la verdadera persona es Jesús.

Sin embargo, la cita bíblica de este capítulo hace que nos limitemos a un solo aspecto de este amplísimo tema. Acerquémonos, pues, para examinar de cerca este gran tesoro, y que el Espíritu Santo nos abra los ojos y las manos para verlo y tomarlo.

El relato nos revela una situación de miseria total. Aquel mundo postrado se hallaba en una terrible aflicción. El hambre lo había invadido todo. Pálidas mejillas y voces débiles anunciaban una muerte cercana. Pero dentro de aquella tragedia había una esperanza: los graneros estaban llenos de trigo, y José había sido nombrado ministro para distribuir los socorros.

Pronto se extendió la noticia por el país, y ante aquellas puertas salvadoras se apiñaba, un día y otro, una gran multitud. Sus rostros reflejaban: el ansia que la necesidad había engendrado. Era inútil permanecer en casa o seguir trabajando, porque sólo había uno que podía dar el alivio. Retrasarse significaba morir, pero acudir a José era volver a disfrutar de la abundancia.

Esto es un ejemplo de un pecador que va a refugiarse en Jesús. El hombre, durante muchos años de su vida, vive sin darse cuenta de su necesidad, y contentándose con su propia

miseria. Pero cuando la luz de lo alto le revela su pobre estado, un verdadero terremoto derriba sus falsas ilusiones. Entonces descubre que el pecado es como una plaga de hambre que va absorbiendo la vida. Pero cuando, suena la hora de la misericordia puede oír una voz que le dice: Puedes seguir viviendo; hay pan abundante en Jesús. ¿Qué podrá detenerle ahora? Es imposible hacer esperar a un pecador que tiene los ojos abiertos y que ansía unas migajas de misericordia de la mesa de Jesús.

Si por ventura estuviera hablando a alguno que todavía no ha acudido para recibir auxilio, debo pedirle que despierte antes de que se halle durmiendo el sueño de la muerte. ¿No sabes que tu tierra está atormentada por el hambre? Sí, el pecado, como una plaga devastadora, ha arruinado los campos que daban pastos para el alma, y ricos frutos de vida. Ahora sólo queda un desierto de cardos y espinos. Hay que obtener el maná celestial, o la muerte es segura. Sólo las manos de Jesús pueden distribuirlo. ¡Levántate y busca al Señor!

Hay otros que se dan cuenta del peligro y se esfuerzan para escapar, pero se cansan y desfallecen. Salen en busca de alimento, pero las falsas direcciones de Satán les hacen errar el camino y van a los graneros que la mentira ha erigido. Allí se alimentan de las burbujas vacías de ritos y fórmulas que tal vez satisfagan los sentidos y la imaginación, pero no el alma.

Hay quienes avanzan más, pero sin llegar a los cofres donde se encuentra el tesoro. Se detienen, y examinan la palabra de Dios que, ciertamente, es una guía divina. Cada palabra de sus versículos es una voz del cielo.

Sin embargo, el conocer la senda no es hallar la salvación, porque el conocimiento del remedio no alimenta el alma. ¡Qué terrible sería caer en el infierno con las Escrituras en los labios!

Muchos creen que la Iglesia es suficiente ayuda. Verdaderamente Dios la ha levantado. Es columna y baluarte de la verdad. Avisa y enseña, pero no puede dar ni quitar la vida eterna. ¡Qué terrible sería caer al infierno desde el mismo umbral de la salvación!

Otros pretenden alimentarse con los símbolos o sacramentos. Dios los ha instituido como signos y sellos de la gracia. Pero una señal no es la sustancia, ni el sello se debe confundir con el acta. ¡Qué terrible sería entrar en el infierno con estos símbolos en la mano!

Otros se contentan con el solaz que los fieles ministros de Cristo les proporcionan; y aunque éstos son heraldos de Su gracia y pastores de Su rebaño, no tienen en su poder el verdadero alimento del alma. También hay quienes se deleitan obrando en el nombre de Cristo. Naturalmente las obras son la evidencia de la fe, pero la evidencia no es el motivo; los brotes no son la raíz. ¡Qué terrible sería ir al infierno habiendo pasado por la escuela del cielo, y yacer allí envuelto en una aparente bondad!

Créeme, lector, para obtener ayuda y gracia y vida, debemos ir directamente a Jesús. Sólo sus manos pueden distribuir el remedio.

Pudiera ser que alguno se preguntara, con temblor, si a él le recibiría bien. La respuesta la tienen los millares que han buscado a Cristo y le han encontrado. Jamás ha despedido a los suplicantes. Éste es el decreto: "...al que a mí viene no le echo fuera." Su carácter no cambia: "A los hambrientos colmó de bienes..." Y una vez más se deja oír su llamada amorosa en estas palabras: "Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados."

¿Preguntas que cuáles son las provisiones de estos graneros? Sería más fácil contar las arenas de los océanos que describir la abundancia que allí hay. "Escuchad, cielos, y hablaré; y oiga la tierra los dichos de mi boca." El Señor da su propio cuerpo y su propia sangre como alimento. "Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida." Por medio de la fe todos pueden participar de este banquete. Pero ¿cómo? No se puede hacer materialmente con la boca. Esto es una herejía. La razón lo ridiculiza. La Escritura lo niega. La experiencia lo rechaza como una fantasía lastimosa e inútil. No. La fe participa de este festín con la santa fruición del corazón. El maná oculto es la maravillosa verdad de que el cuerpo y la sangre de Cristo fueron entre-, para la remisión de los pecados. Cuando se recibe esta verdad espiritualmente, entonces se halla un nuevo vigor y fortaleza, pero no para el cuerpo, sino para el alma eterna y nacida de nuevo. Con este alimento el hombre interior lucha, con la fuerza de un gigante, en la batalla de la fe.

En esos graneros también encontramos el alimento completo de las grandes promesas y verdades bíblicas. Cuando la mano del Señor las administra, cada palabra aparece llena de espíritu y vida. El pobre, el triste, el cansado, viene con la carga de sus aflicciones y tentaciones para obtener ayuda, y la descubre en esas promesas y pruebas de amor eterno. Como Jonatan al comer la miel, sus ojos se iluminan y cobran nuevo ánimo.

Todo el sostenimiento que la vida cristiana necesita está en Cristo. Las palabras que citamos a continuación son grandiosas: "...por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud", y esa plenitud no es para Sí mismo, por cuanto posee la misma gloria de Dios, sino para colmar al fatigado peregrino. Del mismo modo que el sol es la luz y da luz, así también Jesús es gracia y difunde la gracia. La experiencia común de todos los que a Él acuden es ésta: "Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia." Los que vienen vacíos regresan llenos; los pobres, con grandes riquezas; los débiles, con nuevas fuerzas.

Hubieron muchos que hicieron un largo viaje para llegar a aquellos graneros egipcios. Pero el vuelo rápido de la fe nos traslada en un momento al centro de la gracia. Posiblemente José sólo distribuía el trigo a ciertas horas, pero las puertas de la salvación están abiertas día y noche. Jesús siempre está dispuesto a escuchar.

Los graneros de Egipto, aunque estaban repletos, podían agotarse. Sin embargo, nuestra provisión no está en sacos, sino que es una corriente incesante de infinita profundidad y anchura, como Dios es. Por otra parte, los egipcios tenían que comprar la mercancía, pero nosotros lo recibimos todo sin dinero y sin precio. El comercio del Evangelio tiene este lema: "Pedid, y se os dará."

¿Pereces por falta del pan de vida? Si estás falto de alimento y muriendo de hambre es porque no quieres tomar y alimentarte.

¿Eres como una planta raquítica y con poco fruto? Esto es porque buscas poco al Joz del Evangelio. Piensa esto otra vez: "Pero él da mayor gracia." Cristo ha venido para que tengas vida, y para que la tengas en abundancia, Hijo de Dios: un día te acercaste y, a tu clamor, las puertas se abrieron prontas. El perdón que anhelabas te fue dado, y el gozo y la paz que buscabas inundaron tu corazón. Cuando confesaste tu necesidad de luz y dirección, recibiste un rayo que iluminó tu senda. Ansiabas ver alguna muestra del amor del Salvador, y Él te mostró su corazón sangrando, con tu nombre grabado en él.

Pues bien, ahora ve y demuestra tu gratitud acudiendo continuamente a la puerta de nuestro granero. Jesús siempre está allí para abrirte. ¿No deseas ir y llamar? Cristo vive para dar. Tú debes vivir para tomar y volver a dar.

23. SILOH

"Hasta que venga Siloh." GÉNESIS 49:10.

Los labios de un moribundo fueron los primeros en pronunciar esta palabra.

¡Qué fácilmente se cierran los ojos en esta vida y se vuelven a abrir en la expansión de la eternidad! En esa hora se debe tener la esperanza de que Siloh, que es Cristo, será el apoyo firme y la presencia que con su luz alumbrará ese valle oscuro.

La escena que nos introduce a esta palabra es muy solemne, pues la muerte y la alegría aparecer- juntas. El anciano patriarca estaba al final de su azaroso y difícil viaje por la vida. No obstante, ante él se abría el tan esperado reposo. También nosotros nos vemos acosados por grandes tempestades, pero luchemos con confianza, porque esas aguas turbulentas llevan al creyente, en rápida corriente, a la calma del descanso eterno.

Siloh fue casi la última palabra de aquel padre que se moría. ¡Qué hermoso es dejar un legado de bendiciones reconfortantes a los que nos rodean! ¡Qué hermoso es dirigir los pensamientos de los entristecidos hacia Aquel que ha abolido la muerte y reunirá a todos sus hijos en un hogar de perfecta unión!

Siloh. Este nombre es dulce, y a la vez potente. Dulce porque es de Uno cuyo nombre es como perfume derramado. Potente porque es de Aquel cuyo nombre es sobre todo nombre. Es como un mensaje con el que Dios ilumina la mente humana. El Señor se deleita en revelar a su pueblo las riquezas de su bondad y gloria. Por eso, aunque los más altos ángeles deben cubrir su rostro para adorar ante su trono, Dios acerca al pecador a su lado y le invita a leer el relato de su misericordia. Por medio de sus nombres y títulos, Dios nos da nuevos conocimientos y aumenta nuestra emoción. Cada nombre parece revelar un atributo, pero Siloh es un verdadero chorro de luz. ¡Haga el Espíritu Santo que recibamos su significado!

Siloh significa Enviado. "Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado)" (Juan 9:7). Parece como si aquí Jesús nos presentara sus credenciales. Lo que nos quiere hacer notar es que no viene sin autoridad, sino que, por el contrario, viene como representante de una corte real. Sí, verdaderamente Cristo viene para traer un mensaje de un reino lejano; para declarar la voluntad del gran Soberano.

¿Quién, pues, le ha enviado? Escuchemos una de las muchas respuestas que las Escrituras dan en sus páginas: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (I Juan 4:9-10). Así pues, el Padre eterno envía al Hijo eterno. Adoremos a Jesús por el amor que le hizo venir a esta tierra. Adoremos al Espíritu por su amor al hacernos ver su obra, y oír su voz. Adoremos, con todo nuestro corazón, al Padre que envió a su amado Hijo.

El manantial de la redención está en lo profundo del corazón del Padre. El primer eslabón de la cadena dorada de la salvación está en las manos de Dios. Fue Dios quien decidió enviar un

Salvador. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito..." "Mas Dios muestra su amor para, con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros." Esforcémonos en medir la grandeza de ese amor por la grandeza del Enviado. Las Escrituras dicen: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo..." Si Dios hubiese ordenado que los ejércitos celestiales descendieran con gran gloria, la embalada habría sido, ciertamente, muy brillante. Pero comparada con Jesús hubiera parecido escoria. Cristo es tan superior a las multitudes de ángeles, como el Creador lo es a la cosa creada. Cuando aquellos no existían, Él vivía desde la eternidad. ¡Cuánto más precioso es que los ángeles!

Pero, ¿no hubiera podido otro enviado cumplir la misión? Imposible, porque la obra a realizar era la redención del pecador. Una justicia infinita tenía que cubrir al injusto. Por eso necesitamos a Jesús. Por eso Jesús es enviado al mundo. Nuestros pecados, infinitos en número y en gravedad, tenían que ser expiados, y, por consiguiente, Jesús vino al mundo. Sólo Jesús puede expiar y propiciar.

Creyente, en Siloh puedes ver la ternura y misericordia del Padre. Ha enviado tanto para salvarte, que no podía enviar más. Lee en las Escrituras acerca del valor inmenso de tu alma. Sólo los méritos de Siloh pueden comprarla. Lee del sufrimiento indescriptible de los que se pierden. Sólo Siloh fue capaz de soportarlo en tu lugar. Lee las glorias inconcebibles que esperan a los redimirlos. El cielo tiene que ser maravilloso porque ha sido adquirido con la sangre divina del Enviado.

Siloh. Esta palabra también significa "El que lo tiene todo reservado"; "El que es poseedor del reino"; "El que es heredero de todas las cosas". Por lo tanto Jesús se nos revela como sentado en el trono glorioso de la redención. Esta verdad resuena con potencia en las Escrituras: "Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido." Éste es el propósito, y la promesa, que proporcionan tan gran confianza a nuestra fe. ¿De qué ha de servir la loca rebelión del mundo contra Siloh? ¿De qué ha de servir que unos pies impíos pisoteen las proas verdades de Jesús? ¿De qué ha de servir que el pecado parezca enseñorearse del mundo? Siloh se burla, riéndose, de sus enemigos. En su estandarte triunfal está escrito: Mío es el reino, y el cetro y el poder. "Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santa monte." "Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies." Un poco más, y Jesús vendrá para tomar su reino y su poderío, y los inicuos guardarán silencio en las tinieblas.

Creyente, no estés triste porque no veas aún todas las cosas bajo su dominio. Siloh vencerá. Recuerda cuántas maravillas se sucedieron a la predicación de su Nombre. Mira y deléitate con la vista de los campos preparados para la siega. El que sigue a Cristo va en pos de un Conquistador que avanza de triunfo en triunfo. Muy pronto todos sus enemigos, Satán, la muerte y el infierno, se debatirán presos en las cadenas del cautiverio. Este reino está reservado para Siloh. Seguramente muchas veces habrás orado: "Venga tu reino." Pues bien, ya está muy cerca. ¿En que estado te encontrará? ¿Te dice la fe que has de heredar ese reino? ¿O te hace temblar tu conciencia porque, tal vez, la gloria de Cristo será tu vergüenza eterna? Prepárate para ir a su encuentro. El reino de Siloh está a las puertas.

Siloh aun contiene otro mensaje; significa: Su Hijo. Pero, ¿hijo de quién?, preguntamos. La fe, tomando la visión más amplia, contesta que Hijo de Dios, puesto que los pensamientos de

Jacob estaban fijos en Dios; y también Hijo del Hombre, porque Jacob estaba hablar]do de Judá. Por lo tanto este nombre anuncia la deidad y la humanidad de Cristo.

Jesús es el Hijo de Jehová, y esto constituye la llave del arca de la salvación. Cristo es uno con el Padre. Uno en naturaleza; uno en esencia; uno en atributos. Es, en todos los sentidos, coeterno con el Padre, y de su mismo rango. Es, de eternidad a eternidad, el Dios Todopoderoso. Antes de que los mundos existiesen, era Dios; y seguirá siéndolo por los siglos. Los que no conocen a Dios, en Cristo, no tienen esperanza de salvación. Hubiera sido una burla decir: "Mirad a mí, y sed salvos... si el que hablaba no hubiese sido divino. La iniquidad de un alma manchada por el pecado no se puede borrar con algo menor. No nos cansamos de repetir que cada pecado es un mal infinito, y, por lo tanto, requiere una expiación de mérito infinito. Lo maravilloso es que, en Siloh, se encuentra toda la infinitud. Cristo tiene todo el poder para quitar los innumerables pecados de la gran multitud de los redimidos. Cristo puede cubrirlos con la justicia requerida para entrar en el cielo. Cristo los presentará gloriosos ante el trono de Dios y los rodeará de gloria para siempre. Todo esto lo puede hacer porque es Siloh, el Hijo de Dios.

Por otra parte, Siloh, Su Hijo, también puede significar Hijo de Judá. Siendo así, nos encontramos aquí con otra señal de la profetizada "simiente de la mujer". Cristo será el León de la tribu de Judá, es decir, que a través de una de las hijas de Judá se revestirá de nuestra pobre carne y nacerá en una ciudad de Judá. Ésta es la gran maravilla de cielos, tierra e infierno por todas las edades. Esto debe llenarnos de adoración y alabanza, porque aquí vemos la más preciosa prueba de su amor, y la demostración de su poder para redimir.

Este hecho hay que sospesarlo bien. Si Cristo no fuese verdadero hombre, entonces su muerte no hubiese propiciado la ira de Dios, ni su sangre hubiera expiado el pecado, ni seríamos justificados por su justicia, ni habría un camino para ir a Dios. Él está infinitamente alejado del hombre, y éste se halla muy por debajo de Dios. Pero Siloh ha venido para hacer de los dos uno.

Siloh también significa, Pacificador. ¡Qué nombre más dulce para un pobre pecador! Bien sabe éste que el pecado crea una terrible enemistad. El corazón de Dios se llena de ira y sus manos se arman para destruir. Pero al venir Siloh a la tierra, la ira se aparta y el amor y la paz vuelven a reinar, porque hace desaparecer la causa de la ruptura. El pecado queda hundido en el océano de su sangre. Cuando Dios ve al pecador unido a Cristo, le ama, le bendice, le honra y le glorifica, porque Siloh es nuestra paz con Dios.

Y, por último, Siloh hace que las aguas tranquilas de una paz perfecta discurran sobre el turbado fondo de un alma despierta. Cuando el Espíritu hace que la conciencia se dé cuenta de lo que en realidad somos y merecemos, ¡cuánta angustia nos invade! No puede haber felicidad ni esperanza hasta que Siloh nos lleva a su cruz; pero cuando vemos que todo el castigo desciende sobre Él, entonces sentimos que nuestros temores se calman. Todo el problema de la vida, con sus amenazas de pobreza, sufrimiento e inquietud, deja de inquietarnos. El que tiene a Cristo en su corazón no tiene espacio para nada más que la paz; la única voz que oye es la del Príncipe de Paz que le dice: "La paz os dejo, mi paz os doy." Así pues, éste es el Siloh -el Enviado- que aquel patriarca moribundo prometió. Y, en efecto, en su día vino y cumplido su misión.

Lector, no apartes este frágil testimonio hasta que puedas decir que conoces a Cristo, que le amas y que gozas de la unión con Él.

24. SALVACION

"Tu salvación esperé, OH Jehová." GÉNESIS 49:18.

¡Salvación! Bendito sea Dios, que ha hecho que esta palabra resuene en la tierra. El infierno la desconoce. La gracia de Dios la ha hecho llegar a nuestros oídos. Hay grandes multitudes que son completamente ajenas a ella, pero para nosotros es la mosaica más dulce que jamás podamos oír, y que nos llena de alabanza a Dios.

¡Salvación! Las mansiones del reino celestial están pobladas con seres que llevan este nombre. Significa el gozo, la paz y la gloria de los redimidos. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

¡Salvación! Las mansiones del reino celestial están pobladas con seres que llevan este nombre. Significa el gozo, la paz y la gloria de los redimidos. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

¡Salvación! La pluma de Jehová ha escrito este nombre. Es el decreto que ha resultado de las deliberaciones divinas. Es el fruto de la omnisciencia de Dios, y la manifestación de su omnipotencia. Todos los atributos de Dios han contribuido para crear este inmenso plan que la misericordia, la sabiduría y la gracia del Señor han llevado a cabo. Es como un templo edificado sobre el alma, sin defecto ni imperfección, que brillará con creciente esplendor por todas las edades. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

¡Salvación! Para realizar esta obra, Jesús nació en Belén, vivió sobre la tierra, murió en el Calvario, descendió al sepulcro, y, después de vencer a la muerte, ascendió al cielo para sentarse a la diestra del Padre. Jesús tuvo que rebajarse y sufrir la vergüenza y el dolor. Jesús tuvo que beber la copa de la ira y el tormento. Jesús tuvo que luchar con las potestades de las tinieblas; y todo ello para obtener nuestra salvación. Pero ahora reina en las alturas e intercede por nosotros.

El Espíritu Santo ha venido al mundo y llama al corazón del pecador para que se beneficie de esta obra; y para ello asalta la fortaleza del amor propio, revela la gravedad del pecado, y lucha con la ignorancia y las excusas pueriles. El Espíritu no cesa hasta que los brazos rebeldes del pecador se rinden, y su alma acude contrita a la cruz para recibir el perdón de Jesús. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

¡Salvación! Éste es el primer mensaje que la misericordia de Dios anunció a un mundo en ruinas. Éste es el cumplimiento de toda profecía, el propósito de todo mandamiento y la belleza de cada promesa. En la salvación hallamos el significado de los ritos y los sacrificios. Es también la consumación de la fe, y la luz de nuestra esperanza. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

¡Salvación! Los que no gozan de esta bendición se encuentran en la presión del infierno, atormentados por el fuego que nunca se apaga, encadenados por toda la eternidad, sufriendo al gusano que nunca muere, llenos de amargura y desesperación. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

La pregunta que ahora debemos hacernos es la siguiente: ¿Dónde se halla este tesoro incomparable? La respuesta es: En Jesucristo. Jesús es la salvación completa, perfecta y eterna.

La voz del cielo nos dice: "...llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados." Y también unos labios inspirados afirman: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo..." El Espíritu Santo testifica: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores..." Ésta es la verdad divina e infalible, tan alta como los mismos cielos y tan clara como la luz. Ni la sofística ni la mentira pueden negarla: La salvación es el mismo Jesucristo.

Uno puede vestirse de púrpura y lino fino, y dar suntuosas fiestas cada día, como Divas lo hacía, y sin embargo no ser salvo. Uno puede regir grandes naciones y mandar potentes ejércitos, como Faraón y Nabucodonosor, y sin embargo no ser salvo. Uno puede ser hermoso y agradable, como Absalón, y sin embargo no ser salvo. Uno puede pertenecer a una iglesia pura, sencilla y apostólica, como Ananías y Safira, y sin embargo no ser salvo. Se puede vivir con las mejores enseñanzas bíblicas, como Judas; e incluso se puede anunciar el Evangelio como él lo hizo, y no ser salvo. Se pueden tener las inmensas oportunidades de Corazín, Capernaum y Betsaida, y no ser salvo. Se puede tener el más agudo intelecto, como Ahitofel, y no ser salvo. Pero el que cree en el Señor Jesucristo no puede perder la salvación, porque esta promesa permanece para siempre: "...para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Si el rico cree, será salvo. Si el pobre cree, será igualmente salvo. Jóvenes y ancianos, sabios e ignorantes, todos los que creen están a salvo. Cristo es suyo, y Cristo es la salvación.

Expliquemos más en qué consiste esta salvación: Es un rescate feliz que cambia el llanto en una incesante alabanza, y la espantosa prisión de los perdidos por el palacio de Jehová. Es una obra gloriosa que transforma el odio en amor, las pasiones malsanas en paz santa y que lleva, al pobre pecador, de ser compañero de los diablos a participar de la comunión de los santos en luz.

Para comprender mejor cómo se realiza esta salvación debemos darnos cuenta de que Jesús salva rescatando del infierno, dando derecho al cielo y haciendo apto al pecador para heredar el mismo.

En primer lugar Jesús nos rescata del infierno. Viste es el hogar y la paga del pecado. Los pasos del pecado conducen hacia ese lugar, y todo el sufrimiento del pecado no hace más que ganarse esa retribución. Pero si se quita el pecado, el infierno no tiene poder sobre el pecador. Pues bien: Jesús quita el pecado. De su costado y sus manos, de la cruz en que murió, brota un río de sangre purificadora que lava las manchas y suciedades de nuestra iniquidad. Todos los pecados de todos los pecadores desaparecen cuando se echan a ese inmenso mar de expiación. El pecador más viciado queda, al sumergirse en esta sangre, tan blanco y puro que Dios no puede ver ninguna falta en él. Satán no puede acusarle de nada. El pecador más viciado queda, al sumergirse en esta sangre, tan blanco y puro que Dios no puede ver ninguna falta en él. Satán no puede acusarle de nada. El pecador justificado no puede ir a su prisión porque ya no tiene ninguna deuda, ni la señal de la perdición está sobre su frente. Todo, absolutamente todo, ha quedado borrado. La paga del pecado ha sido pagada por Jesús. Por lo tanto Jesús salva a su pueblo porque rompe la única cadena que pudo sujetar al pecador: el pecado.

Jesús salva, en segundo lugar, dándonos derecho al cielo. Su misión no fue sólo la de expiar nuestros pecados en la cruz, sino que, además, por medio de su vida perfecta y piadosa, tejió un manto de justicia divina que cubre completamente a los que están con Él. Esto significa que por el cumplimiento de la ley que Cristo ha realizado, el pecador queda ante Dios como si él mismo la hubiese cumplido. Vestidos, de este modo, con los ropajes celestiales, los pecadores tienen derecho a entrar en el cielo, y a ser sus ciudadanos. Pueden disfrutar del privilegio de

acercarse al trono de Dios. Todos los honores son pocos para los que llevan las vestiduras de la salvación.

Pero, en tercer lugar, el creyente necesita algo más que entrar por las puertas abiertas del cielo. Aparte de sus adornos exteriores necesita una adaptación interna, ya que si no su gozo no sería posible. La naturaleza del pecador debe ser similar a la naturaleza de su nuevo hogar. Allí todo es santidad y amor perfecto. Para un hombre inicuo, un lugar así sería de una tremenda soledad.

Todo lo que viese le baria estremecer; cualquier sonido le parecería algo discordante. La presencia de los justos se le baria insoportable, y el canto, "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" le llenarla de vergüenza e intranquilidad. Pero la salvación de Jesús nos prepara para esa gloria maravillosa. Por medio de su Espíritu arranca de nosotros el amor al pecado y hace que nos deleitemos en Dios. Cristo nos es santificación, además de redención. Las vestiduras limpias que Él da sólo las pueden llevar aquellos que tienen una nueva naturaleza. "Toda gloriosa es la hija de: rey en su morada", y luego añade: "De brocado de oro es su vestido." Todos los que se amparan en la justicia de Cristo poseen su semejanza y anhelan hallarse en su presencia. Ésta es, pues, la gran salvación. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

Decimos que es una gran salvación porque la ha planeado, provisto y aceptado un gran Dios: el Padre. Es grande porque la ha realizado y terminado un gran Dios: Jesucristo, el Hijo. Es grande porque la concede un gran Dios: el Espíritu Santo. Es grande porque evita una gran desgracia, derrama gracia sobreabundante y bendice a una gran multitud.

Felices seremos si podemos decir con Pablo: "...nos salvó y llamó con llamamiento santo." La oración es maravillosa cuando, por el Espíritu, se puede decir este amén: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." La perfecta alabanza es aquella que la fe tributa diciendo: "...mi fortaleza y mi canción es Jah Jehová, quien ha sido salvación para mí." La muerte es placentera cuando, como Jacob, podemos exclamar: "Tu salvación esperé, oh Jehová." Y, por último, la eternidad será gloriosa cuando se cante con adoración: "La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero." Alma, ¿estás segura de tu salvación?

Pero atiende; el Espíritu Santo avisa: "...¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?"

HENRY LAW



El Evangelio en Génesis

Su bien merecida reputación de cristiano sincero, hombre humilde y fervoroso por las almas perdidas, hizo que su consejo y opinión se tuviera en cuenta, en asuntos tan importantes como la elección de ciertos candidatos al episcopado, y que, invariablemente, su punto de vista fuese aceptado.

Nació en Kelshall (Hertfordshire, Inglaterra). Estudió en Eton y Cambridge (1816-20). Ordenado al ministerio de la Iglesia Anglicana fue Canónigo de Wells (1828), Pastor de Weston-super-Mare (1834) y Dean de Gloucester (1862).

Fue uno de los líderes más significativos de la rama evangélica dentro de la comunión anglicana. Laborioso en la tarea de escribir y predicar rechazó más de una vez el obispado que se le ofrecía, para continuar sin distracciones sus labores evangelísticas. Influenciado por los autores puritanos influenció a su vez en la iglesia de su época.

Para él todo consistía en vivir para Cristo. "Vivir no es ganancia si no es en Cristo. Aparte de él Dios es un adversario, la Escritura resuena a condenación y Satanás aguarda su víctima." "Sin Cristo la religión es un firmamento sin sol."

